

# **DIEZ HISTORIAS PARA TODA LA FAMILIA**

Cuentos y novelas cortas del género  
*'Realismo Positivo'*

Aptas para adolescentes y adultos

Autora: Margarita María Niño Torres

Dibujante: Elisa Ariza Barreto

Año 2023

# CONTENIDO

## PRIMERA PARTE

1. La buena suerte de Casimiro	7
2. La historia de dos hermanos	49
3. El pastor de Navidad	55
4. Nacimiento y adopción de Tarzán	65
5. Historia de tres sabios	77
6. El beisbolista	99

## SEGUNDA PARTE

7. La familia Sanisidro	125
8. Los lobos del desierto	159
9. Evocando a Troya	185
10. El arruinado	209

# DIEZ HISTORIAS PARA TODA LA FAMILIA

## PRIMERA PARTE

### ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	5
1. LA BUENA SUERTE DE CASIMIRO.....	7
Adela y su hijo	8
Un viaje inolvidable	9
Un regalo caído del cielo	10
Cuidados de Casimiro	12
Tres años de trabajo	13
El amuleto abandonado	15
El esfuerzo y su fruto	21
El trato	22
La casa	26
Conversación con la abuela	28
El plan familiar	32
Explicaciones y tranquilidad	38
Trastear... ¡todo un trabajo!	40
Hablando de 'Buena Suerte'	43
Mirando al futuro	46
Epílogo	48
2. LA HISTORIA DE DOS HERMANOS.....	49
3. EL PASTOR DE NAVIDAD.....	55

4. NACIMIENTO Y ADOPCIÓN DE TARZÁN....	65
Los Clayton	66
El nacimiento	69
La adopción	71
5. HISTORIA DE TRES SABIOS.....	77
Gaspar	78
Melchor	81
Baltasar	84
Viaje a Babilonia	87
Encuentro de tres	89
En Ur de Caldea	92
Enseñanzas y aprendizajes	93
El momento esperado	95
6. EL BEISBOLISTA.....	99
La familia de Jairo	100
Convenciendo a la madre	101
El viaje	102
El primer juego	105
Una fama difícil	110
Panorama sombrío	112
Persecución en el mercado	112
Cuando menos lo esperaba	114
Miembro del Findlay	116
Mittie-Marú	117
La casa familiar	119
Mirar de nuevo los planes	120

## ***INTRODUCCIÓN***

### **"LEER ES LA CLAVE"**

Imaginar un mundo a través de los signos escritos es crear ese mundo para nosotros mismos.

Leer historias es tomar lecciones para nuestra propia vida:

Historias de cosas y de hechos importantes y valiosos de nuestros héroes nos ayudarán, siguiendo el ejemplo de los protagonistas, a reconocer nuestros propios errores y problemas y a encontrar las soluciones. Nos enseñarán, de paso, a construir los planes para el futuro y a buscar la forma de llevarlos a cabo.

Historias de acciones equivocadas, de errores tremendos de los personajes, enseñarán a nuestra mente, allá en el fondo de nuestra vida secreta, lo que debemos evitar para lograr un futuro feliz.

Los padres leen cuentos a sus pequeños que no saben leer. Los hijos que van creciendo y aprendiendo, pueden leer historias a sus padres, a sus abuelos y también a vecinos y amigos que inviten o a quienes ellos visiten para compartir una lectura.

La transmisión de historias ha sido la clave de los grandes adelantos de la humanidad, y la escritura, el mejor medio para conservarlas.

Continuemos impulsando el avance de fondo de nuestro mundo, despertando y compartiendo en la familia y en la escuela la inmensa y educadora "ALEGRÍA DE LEER".

\*\*\*\*\*



## LA BUENA SUERTE DE CASIMIRO



Novela sobre el esfuerzo, la atención a las circunstancias, los errores y la solución de los problemas, uno a la vez.

## **Adela y su hijo**

Adela Martínez es la enfermera del Centro de Salud del pueblo Buenavista, pueblo que a su vez es un corregimiento del municipio llamado La Mina, ubicado en cercanías de una mina de carbón que hace tiempo fue abandonada.

Hace diez años, Adela consiguió ese trabajo después de terminar su entrenamiento y obtener el título de Auxiliar de Enfermería. Ese logro le costó todos sus ahorros, más una deuda por dos años, a lo largo de los cuales tuvo que pagar mensualmente una cuarta parte de su salario a la Escuela de Enfermería de la capital del departamento en donde estudió.

A sus veinte años, cuando comenzó a estudiar Enfermería después de terminar el Bachillerato en una escuela nocturna, Adela vivía en La Mina con su madre, quien le ayudaba a cuidar a Casimiro, su niño de apenas dos años de edad. Solo estaban los tres porque el padre de Casimiro no quiso responsabilizarse y salió de viaje el mismo día en el cual Adela le informó de su embarazo. No lo volvieron a ver.

Ella estuvo muy feliz cuando se posesionó y comenzó, con muy buena voluntad y esfuerzo, a atender todo lo que se iba presentando.

Con el primer pago, Adela tomó en arriendo un pequeño apartamento en Buenavista a donde se pasaron los tres.

En el Centro de Salud ella desempeñaba las tareas de su oficio como tomar la presión, aplicar inyecciones, revisar las heridas en proceso de sanación, cambiar las vendas, etc... más el mantenimiento del orden y el escrupuloso aseo de todas las cosas. En las emergencias a las cuales la llamaban, Adela acudía presurosa con su maletín de primeros auxilios para atender el asunto mientras llegaba el médico, si tal fuera el caso.

Los minutos libres que le quedaban los dedicaba a estudiar inglés por el método de leer en un texto elemental y buscar las palabras desconocidas en el diccionario, copiar una frase en los dos idiomas y repetirlas ambas por escrito, palabra por palabra, hasta que se grababan en su memoria. Lo de la pronunciación iba quedando para un futuro con más posibilidades.

El médico Carlos Sánchez estaba asignado al Centro de Salud de Buenavista y allí iba diariamente por las tardes para atender consultas durante dos horas.

El doctor Sánchez observaba el buen desempeño y el esfuerzo de Adela y, cuando sabía de alguna conferencia que pudiera ser de interés para ella, conseguía que la ubicaran entre los asistentes y le avisaba para que llegara a tiempo. Ella siempre sacaba partido de esas enseñanzas y cuando se presentaba el caso, las aplicaba a los parroquianos que buscaban su ayuda.

Así fue como, cuando llevaba un año trabajando en Buenavista, Adela fue escogida dentro de un grupo de diez enfermeras del municipio de La Mina, junto con grupos similares de dos municipios vecinos, para hacer un viaje a Israel y aprender allá sobre nuevos métodos terapéuticos relacionados con la atención de partos en lugares alejados de los centros hospitalarios.

## **Un viaje inolvidable**

El viaje a Israel duró en total cuatro semanas. Casimiro se quedó con la abuela mientras su mami aprendía cosas nuevas 'muy lejos'. El niño supo claramente que el viaje era un premio para su mami por su buen trabajo y porque sabía inglés. A este respecto, el grupo de viajeras de La Mina recibió ocho sesiones de dos horas de entrenamiento en inglés para defenderse en los aeropuertos y hoteles extranjeros. A Adela, su elemental estudio y aprendizaje personal le ayudó a sentirse capaz de hablar en esa lengua y a lograrlo en una medida muy modesta.

Para comprender las explicaciones del curso en Israel, siempre tuvieron una traductora en directo, además de los textos correspondientes impresos en español.

## **Un regalo caído del cielo**

En los fines de semana, los responsables en Israel del entrenamiento de las enfermeras visitantes, las guiaban a lo largo de recorridos planeados, para que conocieran lugares tan especiales como el mar Muerto, algunas ruinas nabateas, y los sitios más importantes de Jerusalén y del entorno del Lago de Tiberíades, entre otros.

Adela nunca supo exactamente el nombre del lugar donde sucedió el hecho siguiente:

Ella y tres compañeras más, esperaban a otras dos de La Mina que se habían demorado en el punto anterior. Mientras aguardaban se habían sentado en unas piedras al borde de la carretera, cerca del inicio de un camino de tierra que subía hacia unas ruinas, cuando a todas cuatro les cayeron encima un buen poco de arena y pequeños pedruscos, empujados por un carro jalado por un burro, que asomaba bajando por ese camino. Adela llevaba una falda ancha y larga y, como estaba sentada,

lo que le cayó a ella se quedó sobre su falda; no así lo que les cayó a sus compañeras, quienes usaban jeans y recibieron su parte en las cabezas, apresurándose a levantarse y sacudirse.

Adela, en cambio, recogió lentamente lo que tenía en la falda mientras decía en voz alta:

— Con este poco de 'tierra santa' que me cayó del cielo, voy a preparar un amuleto de regalo para mi Casimiro.

Sin más, Adela recogió en su pañuelo todo lo que pudo, lo anudó bien y lo metió en el fondo de su bolso. Todas se rieron de la ocurrencia.

— ¡No hay ninguna duda de que ese burro te mandó intencionalmente un pucho de tierra santa! —dijo una de ellas en tono de burla.

— De paso ¡un regalo barato para tu hijo! —añadió otra, continuando con la diversión.

Mientras el burro bajaba, llegaron las dos rezagadas y, todas comenzaron la subida en cuanto la carreta salió del camino.

Esa noche Adela consiguió un retazo circular de tela de colores. Con una aguja e hilo fuerte lo bordeó y finalmente jaló la hebra de sus dos puntas para formar un saquito. En él metió todo el contenido del famoso regalo, lo cerró totalmente completando y rematando la costura de forma que quedara muy bien ajustado y no se viera lo que había dentro, ni fuera fácil de abrir sin cortar la tela, hasta que quedó convertido en un pequeño paquete redondo, medio aplanado por el borde y duro en el centro.

El paquete así arreglado cabía dentro de un puño cerrado y, como dicen los expertos en ese asunto: "así tienen que ser los amuletos para que sirvan" cosa que Adela sabía y dijo para sí misma. Enseguida lo metió dentro de una media suya que ubicó contra el fondo de su maleta de viaje.

Al finalizar la estadía en Israel, Adela había comprado una camiseta de Jerusalén para su niño, un pequeño candelabro judío para su mamá y otros recuerdos para sus compañeras más cercanas que no fueron al curso.

Al doctor Sánchez le llevaba postales que había ido comprando en cada uno de los diferentes lugares históricos y antiguos que visitaron.

Adela regresó del viaje contenta y a la vez pensativa, con una visión diferente del mundo y de lo que significaba practicar la profesión de enfermera en él.

### **Cuidados de Casimiro**

Casimiro recibió la camiseta de Jerusalén y se la puso enseguida. La abuelita le dijo muy seria:

— Esa camiseta viene de Tierra Santa, así que cuídala mucho, mi niño.

—¿De la tierra santa?...¿Cómo es que esa tierra es santa?  
—preguntó enseguida Casimiro.

— A esa tierra le decimos santa porque allá nació el niño Jesús  
—contestó la madre.

Enseguida le dio el amuleto, diciéndole que ése era un regalo que le iba a traer suerte, porque a ella le cayó del cielo un día en esa tierra de Jesús. Pero que no lo llevara a la escuela sino que lo guardara bien y que cada día, al mirarlo, le pidiera a su ángel que lo protegiera a él y le ayudara a hacer siempre lo correcto. Porque para eso sirven los amuletos a los niños: para que se acuerden de pedir ayuda a su ángel.

Casimiro entendió muy bien, porque todas las noches la abuelita le decía que hablara con el ángel y él sabía de memoria lo de ... "Ángel de mi guarda..."

El niño se puso muy feliz con su amuleto. Lo guardó en su cajita de tesoros y lo miraba todos los días antes de irse para la escuela. Nunca le contó a nadie que él tenía semejante amuleto tan importante, traído desde la 'tierra santa'. No quería que otros niños se pusieran envidiosos y trataran de quitárselo.

Adela sacaba tiempo todas las tardes para revisar las tareas y lecciones de su hijo. Ella recordaba sus propios esfuerzos por estudiar y sabía que leer era lo más necesario para poder aprender algo bien. Por eso, además de los textos cortos de los cuadernos, ella siempre le pedía a Casimiro que leyera mientras ella escuchaba y le corregía los errores de puntuación o de lectura de palabras, de un libro que la maestra les prestaba. Cuando terminaban, la maestra se lo cambiaba por otro. Al final de cada libro, entre los dos recordaban todo lo que podían de esa lectura y Casimiro, en un cuaderno diferente que no llevaba a la escuela, escribía su propio resumen de la historia que les había contado ese libro.

Así pasaron los años de la Primaria. Casimiro tenía doce años cuando terminó esa primera etapa de su escolaridad.

### **Tres años de trabajo**

Aunque Adela deseaba que su hijo comenzara la Secundaria en el siguiente año, ese deseo no llegó a cumplirse por el hecho de que en Buenavista no tenían todavía un colegio de Bachillerato.

Esa era la razón por la cual los jóvenes, una vez terminada la Primaria, comenzaban a conseguir trabajos desde antes de llegar a los quince y, después la mayor parte nunca regresaba al estudio. Ellos, sobre todo los varones, entraban en la vida adulta

desde su adolescencia, animados por el dinero que ganaban como ayudantes en el campo y, sobre todo, por el pago que recibían como obreros del nivel más bajo en trabajos de construcción en el pueblo.

Casimiro quiso hacer como todos sus compañeros y ponerse a trabajar. Adela escuchó sus razones y accedió a su deseo, con la condición de que ellos dos, mamá e hijo, continuaran leyendo por la noche libros que ella pudiera conseguir prestados. Casimiro aceptó y Adela le preguntó al doctor Sánchez si él les podría prestar algún libro, después de explicarle cómo venían haciendo con los libros de la biblioteca de la escuela, la cual quedaba fuera de su alcance una vez terminado el ciclo de Casimiro en ella.

El médico se admiró de la visión de Adela y, sin dudar ni un momento, comenzó a prestarle libros de su propiedad que consideraba aptos para el chico que iba entrando en la adolescencia. El primero que leyeron fue el *Oliver Twist* de Dickens.

Al comienzo Casimiro lo miraba con pereza. Siempre estaba cansado al final del día. Adela puso como base mínima, leer dos páginas cada noche, aunque se les fuera el año entero en ese solo libro. Casimiro aceptó. Acordaron turnarse las acciones de leer y escuchar, pero sin ser demasiado rigurosos en ello porque había días en los cuales Casimiro estaba muy ronco por el esfuerzo de hablar a gritos en el trabajo cuando había mucho ruido. En esos días Adela leía, sin forzar nada.

Pero el interés de la historia se impuso sobre todo lo demás y el propio Casimiro sugería que leyeran un poco más y se esforzaba por leer bien todos los días que le tocaba.

Entonces el trabajo, con todo y el pago, empezó a bajar en su escala de preferencias. Después de la Semana Santa hubo unos

días sin trabajo. Casimiro fue hasta La Mina para preguntar sobre la Secundaria para un trabajador.

Le dijeron que cuando cumpliera dieciséis años podría entrar al horario de la noche y hacer todo el Bachillerato en tres años en lugar de seis. Pero que debía tener los dieciséis cumplidos.

Con esta información, después de que madre e hijo hablaron largamente, llegaron a un acuerdo: seguirían como iban hasta que Casimiro tuviera la edad para entrar al bachillerato nocturno. Sin embargo, ella le sugirió que añadiera un poco de aprendizaje de Inglés por su cuenta; aunque fuera poco, podría servirle mucho, como le había pasado a ella...

Para cuando iba a completarse el tiempo acordado, Casimiro y su madre habían leído, además del Oliver, "La vuelta al mundo en ochenta días", "La Isla del Tesoro", "Sandokán el Tigre de la Malasia", "Kim", "Dos años de vacaciones" y "Los piratas del Halifax", y "David Copperfield", todos libros de la biblioteca del doctor Sánchez.

Madre e hijo, entusiasmados con sus lecturas, no tomaron nota de que la abuela siempre escuchaba con emoción, por la puerta entreabierta entre los cuartos, mientras se suponía que ella dormía profundamente.

### **El amuleto abandonado**

La víspera de cumplir los dieciséis, Casimiro no tuvo trabajo y se fue a descansar un poco y a ordenar las cosas de su cuarto. Sentía que era importante la fecha de su entrada en la edad adulta, aunque para efectos legales él continuaba siendo 'un menor'.

Fue entonces cuando recordó el amuleto que su madre le había regalado como algo muy especial procedente de la tierra santay

lo sacó de su caja de tesoros infantiles. Antes de intentar deshacer el envoltorio, recordó sus sentimientos de la época y la emoción del poder que se escondía en el amuleto y de la ayuda del ángel, poder y ayuda que, en un misterioso acuerdo trabajaban juntos para recordarle siempre sus deberes..., y aunque ahora él, sintiéndose adulto, pensaba que ya no creía en eso, de todos modos reconocía que esa fe de su infancia le había servido mucho.

Con cuidado intentó desatar el hilo que cerraba su amuleto, pero vio que no era posible lograrlo por el camino de deshacer los nudos. Era inevitable cortar el hilo, y así lo hizo, sobre un papel previamente dispuesto.

— Creo que está hecho de tierra santa, es decir de arena. Pero ni modo que lo tire sin abrirlo —se dijo, y procedió a buscar unas tijeras.

Y ya con tijeras en mano, buscó los nudos del hilo y los fue cortando uno a uno, procurando no romper la tela.

Al cortar el tercer nudo la tela comenzó a abrirse, pero nada salía. Entonces Casimiro separó con los dedos los bordes pegados por acción del tiempo y seguramente por el sudor y otras sustancias que en casi doce años se habían adherido al paquetico. Finalmente la tela se dejó estirar hasta formar un círculo de diez centímetros de diámetro y mostrar en el centro un pegote de arena con puntas que parecían ser piedras. Enseguida, al presionar ese conglomerado con las yemas de los dedos, se convirtió en pequeños trozos que se volvían polvo cuando los presionaba uno por uno..

Al finalizar ese trabajo, quedaron entre el polvo seis o siete pedruscos grisáceos y, en el fondo, una especie de cáscara gruesa, tal vez un pedazo de corteza de algún árbol...

Finalmente Casimiro sacudió esa pieza y con los dedos trató de retirarle toda la arena que tenía adherida, pero no lo logró; entonces echó agua en un vaso y dejó caer la piedra dentro para ver mejor de qué se trataba.

Utilizó un viejo cepillo de dientes y con fuerza trató de limpiarla, pero algunos parches continuaban sin desprenderse. Finalmente la sacó del agua y la secó con una servilleta. Al fin se dio cuenta de que no era una piedra, sobre todo porque al tropezar con el borde del vaso se dejó oír un sonido metálico.

— ¡Ah, el corazón de mi amuleto era de metal! —dijo en voz alta. Recogió la pieza metálica, la envolvió en un trozo de papel y se la echó al bolsillo al tiempo que se paraba para ir en busca de su madre. La arena y las piedrecitas quedaron sobre la tela, en la mesa de su cuarto.

En el Centro de Salud solamente encontró al doctor Sánchez, quien le explicó que Adela estaba en La Mina en una reunión con alguien de la Secretaría de Salud y que regresaría aproximadamente en una hora.

—Entonces, doctor, si usted me puede dedicar unos minutos, le explico algo que me tiene sorprendido.

A continuación le contó la historia del amuleto y le habló de lo que acababa de encontrar, poniendo sobre la mesa el papel con la pieza metálica.

El médico tomó la pieza y, observándola cerca de la ventana, dijo como para sí mismo:

— Esto parece una moneda un poco deformada... puede ser una moneda romana, o quizás judía o árabe... Luego, mirando al joven, le dijo:

— Sin duda es algo antiguo, Casimiro... Si quiere, podemos ir a casa de un amigo que es afiebrado de la numismática para que

nos diga lo que puede ser y... sobre todo, si tiene un valor actual...

— Pues ya que volví a interesarme por ese 'regalo del cielo', como me dijo mi madre... porque fue que le cayó directamente a ella, sobre su falda, desde lo alto de una carretera por donde bajaba en ese momento un burro cargado que iba empujando la tierra, por allá en un desierto en Israel o en Jordania..., pues me gustaría saber qué es eso, antes de tirar todo —dijo Casimiro, y enseguida preguntó:

— Y ¿su amigo vive aquí en Buenavista?

— Sí, ¡vamos!, al fin ya es hora de cerrar.

Salieron ambos. El médico indicó el camino y echó a andar. Salieron del pueblo por una calle secundaria y un par de cuadras más adelante llegaron a una casa muy bien arreglada, rodeada de jardín.

— Buenas tardes, Alcira. Cuénteme ¿encuentro a Saúl?

— Sí, doctor, siga por favor. Enseguida se lo llamo —contestó muy comedida la mujer a quien el médico llamó Alcira.

Entraron y esperaron al pie de la escalera. Un par de minutos después, el señor de la casa, un hombre mayor muy amable, bajó sonriendo y los hizo entrar a la sala.

El médico saludó a su amigo y de una vez pasó a presentarle al joven Casimiro Martínez, y fue entrando directamente en materia, mientras Casimiro sacaba el papel con la parte rara del amuleto y lo ponía sobre la mesa.

Saúl Orjuela tomó la pieza y la acercó a sus ojos.

— Veamos con mayor claridad... —dijo mientras buscaba una lupa y encendía una lámpara cercana...

— Bueno, joven, este es un regalo realmente caído del cielo. ¿Quiere saber si existe alguien interesado en comprarlo?... Es una moneda romana del segundo siglo antes de Cristo. No tengo idea del posible precio, pero sin duda es algo bueno, de veras bueno —dijo, y miró fijamente a Casimiro.

El médico, antes de que Casimiro contestara nada, medió para decir:

— ¿A quién podemos preguntar sobre el valor aproximado de esta moneda?

— Lo mejor, si el joven quiere, es que vayamos mañana mismo a primera hora a La Mina para preguntar a un experto que vive pendiente de joyas como ésta, que no pertenezcan a ningún estado político o religioso, sino a personas normales que quieran venderlas.

Ambos viejos miraron a Casimiro.

— Pues claro que quiero. Nunca, en todos los años desde que mi madre me lo trajo, se me había ocurrido algo como eso. —Y luego de pensar un momento, Casimiro añadió a su respuesta:

— Pero si esa joya, como usted dice, le llegó a ella del cielo, pues ¡que acabe de aterrizar! —contestó Casimiro.

Los viejos se rieron de la ocurrencia y de una vez acordaron encontrarse a las nueve de la mañana del día siguiente, ahí mismo.

De regreso Casimiro propuso al doctor que, de momento, mejor no le contaran nada a su madre. Solamente cuando supieran lo que podría llegarles por la venta del amuleto. El médico estuvo de acuerdo.

— Mejor no ponerla nerviosa —dijo Sánchez y, mirando a Casimiro, agregó:

— Y no te ilusiones demasiado. Aunque Saúl sabe mucho de eso, es mejor no adelantarnos a los acontecimientos.

Casimiro le agradeció en el alma y le aseguró que estaría en la casa del señor Saúl Orjuela a las nueve en punto, con la monedita en el bolsillo.

Una vez en su casa, Casimiro entró en su cuarto, rápidamente recogió el papel con la tela, la arena y las piedritas y, sin la moneda, volvió a acomodarlas todas juntas sobre el trozo de tela. Con otro hilo y una aguja, armó nuevamente el amuleto de la tierra santa y lo devolvió a la caja de sus tesoros. Quería tenerlo para mostrarlo a sus hijos algún día y contarles la maravillosa historia.

El señor Saúl Orjuela fue esa misma tarde a casa del joyero amigo en el pueblo de La Mina. Allá le contó la historia y le dio los detalles de la moneda. El joyero preguntó por el dueño actual, por cómo la había obtenido y por el tiempo que llevaba en su poder. Luego miraron juntos fotos de monedas en los libros de numismática y llegaron a la conclusión del valor que representaba ésa en particular.

— ¿Qué desea el joven? —preguntó el joyero que, con la descripción de Orjuela y las fotos registradas en su libro, estaba ya muy deseoso de obtener la moneda de Casimiro.

Orjuela respondió:

— Venderla y ayudarse con eso para estudiar el bachillerato aquí, pues la madre gana apenas lo necesario y él trabaja como obrero en Buenavista.

— ¿Le serviría una casa pequeña que tengo aquí, en un barrio nuevo, sencillo?. La casita está en muy buen estado —sentenció el joyero.

— Claro que le serviría. Y si crees que la moneda vale más, podemos ofrecerle una ayuda para el primer año de su estudio. Cuestión de ropa y libros y cuadernos —propuso Orjuela y después de pensarlo bien, añadió:

— Eso es mucho mejor que pagarle en dinero. Es exactamente confirmar que el amuleto le trajo Buena Suerte tanto a él como a su madre y a su abuela.

Así quedaron, y Orjuela volvió a su casa en Buenavista para dormir y esperar a Casimiro y al médico en la mañana.

### **El esfuerzo y su fruto**

Casimiro, después de rehacer el amuleto, esperó el regreso de su madre. La abuela les había preparado la cena y los tres se sentaron a comer juntos muy contentos.

Adela contó que en la reunión les habían dicho a las asistentes que las que quisieran que las cambiaran de sede presentaran ahí mismo la solicitud, explicando las razones de la misma.

Ella había pedido que la pasaran al hospital de La Mina para que su hijo pudiera estudiar pues él quería hacerse bachiller, pero viviendo en Buenavista no podía debido al costo del transporte diario. Adela estaba muy optimista de que se lo concederían. Por su parte, ella tenía ganas de cambiar de casa y, en fin, de conocer más personas y lugares.

Casimiro le dijo que al día siguiente iría con el doctor Sánchez a 'La Mina' porque él lo quería acompañar en la diligencia de llenar los papeles en el colegio de Secundaria para estudiar por la noche. El siguiente período empezaría en un par de meses y era mejor tener todo eso arreglado antes de que todos salieran a vacaciones.

— Me alegro muchísimo de que sigas firme en tu proyecto de estudiar. Le agradeceré al doctor Sánchez por su ayuda.

— Creo que lo harás por la tarde porque yo quedé de encontrarme con él allá, a las nueve en punto de la mañana —explicó Casimiro.

Para sorpresa de ambos, la abuela preguntó con cara triste:

— Entonces... ¿no volverán a leer libros por la noche?

— Claro que sí leeremos más libros, abuela. Cuando tenga el horario, escogemos la hora de lectura de cada día. Te lo prometo —contestó el nieto.

Poco después los tres volvieron a reunirse, esta vez para continuar la lectura que llevaban. Cumplido esto, se fueron a dormir pensando en los problemas de David Copperfield y confiando en que su héroe encontraría una buena solución.

### **El trato**

A las nueve y diez minutos de la mañana de ese día miércoles, el doctor Sánchez, el señor Saúl Orjuela y Casimiro Martínez salieron en el carro del señor Orjuela en dirección a la residencia del experto en monedas antiguas.

En una sala pequeña y cerrada de la residencia del joyero Genaro Ruiz, y sin más protocolo que la presentación por parte de Orjuela de sus acompañantes de Buenavista y de su amigo Genaro, el propio Saúl comenzó el diálogo:

— Joven Casimiro: Por favor enséñenos la moneda que usted recibió de su madre como un obsequio y cuéntenos las circunstancias de ese día.

Casimiro, quien ya tenía la moneda en la mano, la desenvolvió y la puso simplemente sobre la mesita de centro, alrededor de la cual estaban sentados.

Los tres mayores se inclinaron un poco para mirarla; el joyero pidió un momento para tomarla en sus manos y examinarla con un poco más de detenimiento, a la luz de la lámpara cercana. Luego, volviendo a ponerla en la mesa, dijo:

— Joven, por favor hable de su relación con esta moneda. Soy todo oídos.

Casimiro repitió la misma historia que había contado a los otros. El médico confirmó las fechas del viaje y regreso de Adela, y habló de su propia ignorancia de la existencia del amuleto hasta la tarde anterior, cuando el joven llegó al Centro de Salud buscando a la madre para mostrarle lo que acababa de encontrar al deshacer el regalo que ella le había dado más de doce años antes.

El joyero Ruiz se cercioró del deseo de Casimiro de vender la moneda y de su objetivo de estudiar, utilizando ese dinero para el inicio...

Entonces el propio joyero, con mucha calma, explicó para todos lo que se podía hacer al respecto:

— Las leyes de los países, como regla general, establecen que cada país es el dueño de toda la riqueza que pueda encontrarse en su suelo y su subsuelo. De ahí la prohibición para todos los visitantes extranjeros de sacar del territorio ningún tipo de objeto o material que no se obtenga por la compra directa en un lugar autorizado para la venta del mismo.

En ese sentido, aún las conchas de moluscos recogidas en una playa pueden ser retenidas si las autoridades las encuentran dentro del equipaje de quienes salen del país.

Eso es lo que dice la ley. Por lo tanto, si la señora Adela hubiera sido descubierta con una moneda antigua en su equipaje, le habría sido decomisada y le habrían aplicado una multa, aunque ella ni se imaginara que tal objeto se escondía en su maleta.

Como han pasado todos esos años, y puesto que se desconoce cuál era el país dueño del suelo en donde la señora Adela recogió esa moneda dentro de un montoncito de tierra, simplemente lo mejor es no hablar de ella. No acabarían nunca los alegatos y papeleos para entregarla a su legítimo dueño. Pero se puede guardar como un recuerdo o venderla por dinero a algún coleccionista que la desee porque, por ejemplo, tiene un museo de antigüedades romanas...

Así las cosas, el joven puede muy bien buscar a esos coleccionistas para ofrecer su moneda y venderla al mejor postor, lo cual es un camino largo y peligroso para quien no conoce los recovecos y las trampas, no de los coleccionistas verdaderos sino de los falsos, que son muchos más y se saben disfrazar muy bien, o, puede encargar a un experto para que le ayude a buscar un cliente, lo cual tomará un tiempo largo y muchos gastos intermedios, o puede venderla al experto por una suma acordada entre ambos, aunque no sea la máxima que se podría obtener, la cual es absolutamente imposible de determinar con precisión.

El joyero miró a Casimiro esperando preguntas. Lo único que Casimiro contestó fue:

— Yo prefiero hacer ya el trato con el experto. Tendría que volver a nacer para aprender a hablar con coleccionistas de alto rango y ése no es mi proyecto. Así que lo escucho señor Ruiz. ¿Tiene usted una propuesta para mí?

Genaro Ruiz, muy impresionado por la claridad del muchacho, se levantó para abrir el libro en donde esa moneda aparecía, y le contestó:

— Por lo que dice aquí, esta moneda no es demasiado escasa pero tiene un gran valor. Yo puedo proponerle lo siguiente y usted no tiene que contestarme de una vez. Puede consultarlo con su madre y volver una vez que haya decidido tomar o dejar mi propuesta...

Viendo que todos estaban pendientes de él, el hombre continuó:

— En mi negocio casi nunca se trabaja con sumas de dinero. En muchos casos de este tipo, preferimos trabajar con propiedades como casas, terrenos, bodegas... etc. —Hizo una pausa antes de finalizar:

— En este momento yo soy dueño de una casa pequeña pero en muy buen estado ubicada en este municipio, cuya propiedad le ofrezco en trueque por su moneda.

Casimiro se quedó mirando a Ruiz con la boca abierta.

— ¿Usted me dice que me da una casa a cambio de mi moneda?  
—dijo en cuanto reaccionó; sus amigos lo miraban con simpatía.

— Sí señor. Por eso es que cuando hacemos negocios de este tipo preferimos recibir o pagar con propiedades, porque están siempre listas y de veras representan algo.

— Pues sin pensarlo dos veces, yo le acepto el trueque. No lo haría si no estuvieran aquí el doctor y su amigo, porque sin duda creería que usted juega conmigo. Pero en ellos confío y, por ellos en usted aunque lo acabo de conocer, porque ellos confían en usted —explicó Casimiro.

El señor Ruiz se levantó y estrechó la mano de Casimiro mientras decía:

— Entonces, ¿por qué no vamos de una vez a mirar la casita de la que hablo?

Todos estuvieron de acuerdo al momento. Casimiro entregó la moneda a Ruiz, diciendo:

— Guárdela usted de una vez. Por mi parte no voy a arrepentirme del trato.

— Muchas gracias por la confianza. Sí es mejor guardarla bien. Pero si no le gusta la casa, se la devolveré enseguida —contestó el comprador.

Así que, mientras el experto ponía en lugar seguro su nueva adquisición, los tres amigos salieron a esperarlo en la puerta.

### **La casa**

Cuando Saúl Orjuela, bajo la dirección del joyero llegó al lugar y estacionó, todos cuatro se bajaron. Ruiz indicó a los demás la casa del trato y los invitó a seguirlo.

Era la tercera casa antes del final de una cuadra en la que todas las casas eran similares. Se trataba de un barrio bastante nuevo de casas de interés social, para familias de clase media. Mientras buscaba la llave, el señor Ruiz explicó que ése era un barrio en el cual las casas habían sido pensadas para familias de medianos recursos, como empleados oficiales, empleados de bancos, profesionales y técnicos promedio. No vivían en él personas de altos ingresos ni tampoco obreros rasos de salarios menores o apenas iguales al mínimo.

Casimiro pensó que un barrio con esa descripción era un buen lugar para ellos, mientras continuaba dudando de que una de

esas casas, realmente pudiera llegar a ser suya; de hecho, la que tenía en ese momento al frente, cuya puerta acababa de abrirse.

Ruiz lo tomó por el brazo para conducirlo y mostrarle. En cuanto entraron, comenzó a describir los espacios que iban teniendo a la vista.

—Son dos pisos: en este primero tenemos una sala-comedor con la cocina al fondo. Un pequeño cuarto que puede servir para despensa y otro más grande pensado como un posible estudio o un cuarto para huéspedes. Al final un baño pequeño y una puerta de salida al patio de atrás.

En ese patio Casimiro vio un árbol de limón dulce, un tanque de agua seguido de un lavadero y algunas cuerdas para colgar ropa.

Al lado de la puerta de salida al patio, sobre una pared transversal, otra puerta pequeña daba al garaje, el cual tenía su puerta grande en la pared exterior y abría directamente a la calle.

Volvieron a la sala y subieron la escalera para el segundo piso, en el que había una habitación grande y dos pequeñas, con un baño intermedio, más un espacio en una esquina, utilizable para ubicar el televisor y como lugar de juegos de mesa.

Casimiro estaba admirado. En uno solo de esos pisos cabría el apartamento que ellos tenían en Buenavista.

Sin hacerse demasiadas ilusiones, miró al señor Ruiz para tratar de entender si el trato era en serio o si añadiría algo que lo haría imposible para él. Pero no: el señor Ruiz le sonrió.

Antes de salir, Ruiz preguntó si quería volver a mirar algo, o hacer preguntas. Casimiro solamente dijo:

— ¿Qué debemos hacer ahora mi madre y yo?

— Pues como usted es menor de edad, yo pondré la escritura a nombre de su madre, con una cláusula que diga que esa casa es para mi 'ahijado Casimiro Martínez', en cuanto llegue a su mayoría de edad. —Ruiz hizo una pausa antes de proseguir:

—Es completamente legal. Solo lo de 'ahijado' es un recurso para justificar la donación, la cual nos ahorra una buena suma de impuestos. Los pocos que debemos pagar, correrán por mi cuenta. Entonces, lo necesario son las identificaciones de los dos y los últimos impuestos que su madre haya pagado, o una certificación del trabajo que incluya el monto del salario. Usted puede identificarse con la tarjeta de identidad o, si no la tiene, con una copia de su registro de nacimiento. —Mirando a Casimiro, el joyero concluyó:

— Para terminar: las identificaciones son necesarias para llevarlas a la Notaría uno o dos días antes de la firma de la escritura. Por eso, en cuanto pueda conseguir las tráigamelas, por favor.

Casimiro le preguntó si podría traer a su madre y a su abuela para que vieran la casa antes del asunto de la Notaría.

— Por supuesto, joven. Si quiere, esta misma tarde tendré mucho gusto en mostrársela o, si prefiere, puede llevarse las llaves y venir en el momento en que lo deseen. —Y el vendedor cerró el negocio diciendo:

— Así, con la entrega de las llaves, esta visita se convierte en la entrega oficial de la propiedad, lo cual usualmente se hace después de la firma de la escritura. Pero dado que el pago ya ha sido efectuado, pueden ocuparla de una vez.

El señor Ruiz entregó las llaves a Casimiro y todos regresaron a la casa del vendedor. Casimiro prometió que apenas tuviera los papeles, los traería.

Hacia el mediodía Casimiro volvió a su casa en Buenavista, mientras los amigos Sánchez y Orjuela iban a comer juntos en un restaurante campestre un poco alejado, con intenciones de conversar y celebrar el evento tan especial en el cual habían tenido la oportunidad de participar.

### **Conversación con la abuela**

Cuando Casimiro llegó a la casa, Adela ya había vuelto al Centro de Salud y la abuela estaba sola esperando por si él llegaba a comer algo.

Casimiro fue directo a saludarla y se sentó ante el plato de sopa que ella puso frente a él.

— Abuela, venga, siéntese aquí que quiero contarle algo —dijo indicando a su abuela el asiento.

Cuando ella estuvo atenta, él le enseñó unas llaves que traía y le propuso como un acertijo:

— A que no sabes... ¿de dónde son estas llaves, abuela?

— Mmm... pues parecen las llaves de una casa. Dijo la abuela mirando las tres que colgaban del llavero. Luego, tocándolas, fue diciendo: Esta es una llave de la puerta de entrada, no hay duda.... Esta otra es una llave de una puerta grande, como de garaje... y ésta es la llave de un candado...

Casimiro, riéndose, le preguntó:

— y ¿es que tú has sido ama de llaves de alguna casa?

— Pues de mi propia casa. Porque yo tuve casa propia cuando tu madre era muy pequeña... —dijo la abuela.

— Y ¿cuándo perdiste esa casa? volvió a preguntar Casimiro.

— Eso fue cuando mi marido, tu abuelo, se volvió rico..., entonces se volvió también loco con la plata y perdió lo bueno

que tenía que era su genio amable y su gusto por el trabajo y su gana de ayudar a los demás. La riqueza lo echó a perder y, de una vez, por bruto y orgulloso, la perdió también a ella, la plata, y quedó más pobre que antes..., pero no se recuperó al volver a ser pobre, sino que se enfermó y se murió... y nosotras nos quedamos solas y sin nada... Todo eso sucedió en menos de un año.

— ¿Y cómo fue que mi abuelo se volvió rico de repente?

— Pues que en un arrebato le dio por apostar a un caballo en una carrera muy grande, y apostó todo lo que tenía; y los amigos le decían que había escogido un caballo malo, pero él se empeñó en su apuesta y lo cierto es que ganó. Ahí se volvió rico pero también muy soberbio, como si él fuera el mismo dios que todo lo sabe, y empezó a despreciar a los amigos que le habían hablado de cambiar la apuesta... como si eso fuera un gran crimen. Así continuó y en la siguiente carrera perdió la mitad de lo que tenía, y en la siguiente perdió todo lo que le quedaba...

— Uy, ¡qué historia, abuela!. Y tú ¿qué le dirías a alguien que gane una buena plata de repente? —dijo Casimiro.

— Pues yo le diría que no se vuelva soberbio, que siga siendo bueno, que con su mejor situación trate de ayudar a los amigos más pobres... porque no es que la plata sea mala, sino que la gente cree que la plata es dios, o que nos convierte en dios, y no es ningún dios... sino que es un medio para ayudarnos...

— ¡Ah!, muy buena idea, abuela. Gracias por contármela. Ahora yo te voy a contar el asunto de estas llaves, para que me ayudes a pensar...

Y Casimiro le contó todo lo que en dos días había pasado con el amuleto que la mami le trajo de Israel hacía ya doce años...

La abuela, emocionada, se paró a abrazar a su nieto.

— Pues lo que hay que hacer es arreglarla bonita para que la mami se sienta feliz. Al fin ella ha sido siempre para ti y para mí nuestra verdadera Buena Suerte. No tengas miedo de que te pase lo que a tu abuelo. No. Esto es algo muy diferente. Tú no lo andabas buscando como si fuera una apuesta. Es una ayuda para todos. Yo ya estoy vieja pero me siento muy contenta de estar viva y de poder ayudarte a arreglar esa casa... —hizo una pausa y...

— ¿Podemos ir ahora mismo?... tómate esa sopa y nos vamos. Le dejas una nota a tu mami para que no se preocupe si llega antes que nosotros. Dile que salimos a dar un paseo porque la tarde está muy bonita y tú no tienes que trabajar hoy.

Así fue como salieron los dos. La abuela recogió algunos trapos para limpiar el polvo y algo de jabón para lavar los baños. De momento eso le pareció lo más importante. Además no se iban a subir a un bus con escobas y baldes.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, la abuela sonreía como una niña contentísima. Él le entregó las llaves para que ella abriera.

Casimiro se sintió feliz al ver a su abuela riendo como una jovencita. Una vez adentro, lo primero que ella hizo fue abrir todas las ventanas del primer piso; luego, puso a llenar el tanque del patio después de limpiar las basuritas que habían caído al fondo y de darle una enjuagada con un poco de agua.

Mientras el tanque se llenaba, subieron al segundo piso. Ella determinó que los tres debían dormir arriba: la mami en la alcoba grande y ellos dos en las pequeñas. Abajo arreglarían el cuarto para estudiar y todo lo demás.

De momento se propusieron lavar los dos baños y asear la cocina. Para eso separaron los trapos y dividieron el jabón que llevaban. Ella comenzó con la cocina y Casimiro limpió bien el baño pequeño. Luego volvieron a subir para hacer entre los dos el aseo del baño grande.

La abuela hacía todo como si siempre hubiera tenido una casa así. Sabía exactamente cómo se arreglaba cada parte y se lo iba diciendo a su nieto.

Finalmente pasaron por todo el piso, tanto abajo como arriba, un trapo bien lavado y escurrido en el lavadero, para quitar el polvo y para que se sintiera la frescura de una casa acabada de limpiar.

Revisaron todo, cerraron las ventanas y la llave del agua del patio, y volvieron a salir cerrando de nuevo la puerta con llave. Solamente el garaje lo dejaron como estaba; apenas lo miraron por encima.

Cuando iban en el bus de regreso a Buenavista, cayeron en la cuenta de que el día siguiente era sábado. La mami tendría libre desde el mediodía hasta el lunes por la mañana. Importaba mucho planear con ella desde esa misma tarde.

### **El plan familiar**

Cuando Adela llegó esa tarde, encontró a su madre muy activa en plena preparación de la comida. Casimiro había salido a buscar algo que faltaba.

— ¿Cómo te fue hoy, hija? —preguntó la madre.

— Bien, mamá. El doctor Sánchez estuvo muy amable y sonriente. Me parece que sabe algo y no me lo quiere decir... Tal vez sea la aprobación de mi traslado al hospital de La Mina —contestó Adela, y enseguida agregó:

— Pero, ¿sabes?, he pensado que lo mejor es aprovechar este tiempo, antes de que comience el nuevo año y Casimiro entre al colegio nocturno allá, para irnos a vivir a La Mina.

Al escucharla, la abuela se sorprendió y preguntó:

— ¿Pero es que ya te dieron el traslado?

— No, pero si alguno tiene que viajar todos los días, lo mejor es que sea yo, que voy y vengo de día, y no Casimiro, que saldrá de su estudio muy de noche y a esa hora el transporte puede demorarse mucho, y llegará aquí tarde y dormirá menos de lo necesario para recuperar las fuerzas... —hizo una pausa y preguntó: — ¿No te parece?

— Sí, me parece bien pensado. Pero te tocará a ti madrugar..., porque necesitas salir una hora antes para llegar a tiempo.

— Eso no es problema. Una vez que Casimiro haya salido para su estudio, yo, sin la preocupación de que él debe viajar en bus a medianoche, me puedo acostar a tiempo, dormir lo suficiente y pararme de madrugada.

Calló por un momento y añadió:

— Ahora que lo pienso, sería bueno avisar al dueño para que sepa que le voy a entregar este apartamento. Así nos ahorramos el arriendo del próximo mes aquí, si logramos conseguir en La Mina un apartamento no más caro que éste.

La madre seguía en su oficio de pelar unas papas, cuando entró Casimiro con las cebollas y los huevos.

— Hola, mami, ¡qué bueno que llegaste ya! —dijo Casimiro y se agachó para dar un beso en la frente a su madre. La abuela lo miró y le hizo gesto de no contar nada todavía.

— ¡Hola, mi niño!... yo aquí pensando con tu abuela a ver si aprovechamos este fin de semana para buscar casa en La Mina —dijo Adela.

— ¿Y eso como por qué? —preguntó el hijo.

— Pues porque es mejor que sea yo la que viaje en bus cada día de allá para acá, a que seas tú de noche, de aquí para allá y regresar. Al fin, me gusta levantarme temprano así que vendré y regresaré de día; en cambio, si tú estás allá en la nocturna, te vendrás muy de noche y yo no podré dormir antes de que lleges, y si el bus se demora..., ambos vamos a trasnochar.

— Creo que tienes razón. Pues bien. Si quieres, busca tus papeles para que vayamos a La Mina mañana, apenas salgas del trabajo. Allá tengo un amigo que sabe de una casa buena que cuesta poco. Casualmente hoy hablé con él y me dijo esto que te estoy contando —contestó Casimiro.

— Entonces, mientras llega la hora de la comida, vayan ustedes dos a avisarle al dueño de este apartamento que esperamos traslado de Adela al hospital de la Mina y que por eso puede buscar nuevos arrendatarios, dijo la abuela.

Casimiro le siguió el juego y animó a Adela. Salieron juntos.

Por el camino Adela se sintió extrañada de haber convencido tan fácilmente a Casimiro, pero siguió firme en su proyecto.

Don Ramón, el dueño del apartamento, los atendió amablemente. Después de escuchar las razones de Adela, aceptó el anuncio de entrega y solamente les pidió que, en cuanto tuvieran una fecha para el trasteo, le avisaran porque él tenía varios candidatos a la espera de que alguno de sus apartamentos quedara libre. Como habían sido siempre tan puntuales durante más de diez años, no les iba a cobrar ningún pago extra. Ellos le contestaron que al día siguiente irían a

mirar algo que les habían ofrecido. Si les servía, al regreso le avisarían.

De regreso, entraron directamente a la cocina y se sentaron a comer los tres. Hablaron de que lo mejor sería hacer ese trasteo antes de fin de mes, si conseguían la casa del amigo en un trato favorable. Antes de irse a dormir, Casimiro recordó a su madre lo de sus papeles para llevar a La Mina.

El sábado, después de que Adela salió para el Centro de Salud, Casimiro y la abuela acordaron que él le contaría todo a la madre. La abuela, por su parte, debía interesarse y simplemente pedir que la llevaran con ellos.

Cuando Adela regresó, entró directo a la cocina, como siempre, para saludar a su madre. Cuando escuchó hablar a las mujeres, Casimiro salió de su cuarto y fue a sentarse en la cocina al lado de Adela, mientras la abuela continuaba con sus ollas. Traía el amuleto en una mano y unas llaves en la otra. Adela lo miró sonriente y al ver el amuleto le preguntó:

— ¿Y...eso?, ¿vas a buscar tu buena suerte?

Casimiro guardó las llaves en su bolsillo pero dejó el amuleto sobre la mesa y le dijo:

— Señora madre: este amuleto resultó ser muy bueno, de veras. Tócalo bien y me dices si le notas algo raro.

Adela tomó el amuleto en su mano y lo apretó dentro de su puño y le contestó:

— Pues me parece que está menos duro que antes. Debe ser que se le ha salido la arena. Seguramente esa arena se convirtió en puro polvo y el polvo se ha ido saliendo por entre los hilos de la tela en todos estos años.

Casimiro la miró y con la cabeza le hizo señas de que NO. Luego dijo:

— ¡No, mi señora! Imagínese que de ese amuleto salieron ayer estas llaves. Y sacó las llaves de su bolsillo y las puso al lado del amuleto.

— ¿Es una adivinanza o un chiste lo que acabas de decir?... porque no entiendo ni puedo contestar nada —dijo Adela desconcertada.

— ¡No, mamá linda!. Ninguna de las dos cosas. Es que ha sucedido algo insospechado y maravilloso. Ahora somos dueños de cierto lugar que se abre con estas llaves. Adivina qué es, o mejor preguntémosle a la abuela a ver si ella lo sabe —dijo Casimiro y enseguida preguntó:

— Abuela ¿sabes tú de qué pueden ser estas llaves?

La abuela se acercó y cogió las llaves, y repitió exactamente lo mismo que había contestado la tarde anterior.

— Pues sí, abuela, lo sabes muy bien. ¿Es que alguna vez tuviste una casa? —volvió a preguntar el nieto.

La abuela repitió la historia de la casa que tuvo y que perdió y de la muerte del marido tonto cuando Adela estaba de pocos meses de nacida y de que se quedaron las dos solas y sin en donde vivir. Ante la mirada de asombro de su hija, la abuela explicó:

— Lo que le sucedió a tu padre fue que ganó una enorme suma por una apuesta en una carrera de caballos y esa buena suerte, en vez de servirle para mejorar, lo llevó a la ruina y a la muerte, porque desató en él una ambición tremenda de dinero y una soberbia estúpida al sentirse muy rico...

— ¡Madre! ¡Nunca me dijiste nada de esa historia!. Te quedaste en la miseria con un bebé de pocos meses que era yo, después de haber tenido una vida acomodada... ¡Debiste sufrir mucho! —intervino Adela muy sorprendida y consternada...

— Mami, no te aflijas. Acuérdate que la tierra del amuleto te cayó del cielo. Tal vez los ángeles la empujaron a tu falda pensando en la abuela —le dijo Casimiro y, sin darle tiempo para responder nada, continuó:

— Yo iba a tirar el amuleto pensando que ya lo había tenido mucho tiempo; que había sido un juguete que tú me regalaste cuando era pequeño, que me emocionó mucho y que estuvo recordándome durante doce años que tenía que hablar con mi Ángel para que me ayudara a ser bueno... Pero siendo ya un trabajador adulto, me pareció que no debía seguir guardando las cosas de cuando era niño; y el amuleto, que se había convertido ya en ese trapo sucio y duro como una piedra, lo iba a echar al tarro de la basura...

— Y, ¿qué pasó?, ¿por qué no lo tiraste? —preguntó la madre muy admirada.

— Porque me dio curiosidad y también porque se me ocurrió sacar el relleno que era 'tierra santa' y ponerlo en un frasco pequeño con ese título...

Casimiro siguió su relato de todo lo sucedido en los dos días anteriores, tal como había sido. Desde el jueves al mediodía, cuando abrió el amuleto y salió a buscar a su madre en el Centro de Salud pero ella no estaba, la conversación que sostuvo con el doctor y la visita que hicieron juntos al señor Orjuela. Luego, paso por paso, la visita del viernes al señor Ruiz, con todos los detalles, hasta que regresó con las llaves.

Casimiro explicó que él no había querido decir nada antes de que tuvieran tiempo de ir todos tres a ver la casa. Por eso había esperado hasta el sábado, después del trabajo de la mami.

La abuela, aunque ya lo sabía, volvió a escucharlo como si fuera la primera vez. Al final madre e hija se abrazaron.

— Bueno, ya está la comida. Comamos y luego vamos —dijo la abuela y empezó a servir los platos.

Adela lloraba de emoción, pero aceptó lo de comer primero. Cuando terminó la sopa, dijo mirando a su hijo:

— Pues anoche me pareció raro que insistieras en el asunto de mis papeles... Ahora sé para qué son y me alegro de haberlos traído. Casualmente ayer mismo llegó el último comprobante de pago de mi sueldo.

Terminada la comida, la abuela organizó su cocina, salió la primera y desde la puerta dijo en voz alta:

— ¡Lleva papel y lápiz, Casimiro! Necesitamos hacer una lista de lo que vayamos pensando que es necesario antes del trasteo.

— Perfecto abuela. Tú mandas, porque sabes mucho más que nosotros del asunto de organizar una casa —, respondió el nieto.

### **Explicaciones y tranquilidad**

Durante el viaje en bus hacia La Mina, Adela pensó que su madre era realmente quien más merecía esa casa que les había llegado. De su primera infancia, Adela no recordaba sino días muy largos en una casa pobre de una señora que la cuidaba mientras su mamá trabajaba como cocinera en otra parte. De su padre supo, cuando llegó a los seis años y entró a la escuela, que había muerto enfermo del corazón cuando ella era bebé,

que eran muy pobres y que, después del entierro se quedaron sin nada y tuvieron que irse de la casa donde vivían porque tenía muchos arriendos atrasados. Su madre no le contó nunca lo de la ruina por causa de las apuestas y de la soberbia del hombre, y tampoco le habló de la buena casa con muchas comodidades que tuvieron y en la que ella había nacido.

Y mentalmente, Adela se dijo: "¡Sí!, mi madre ha sido la más valiente en todos mis treinta y cuatro años. Ella es la verdadera Buena Suerte que nosotros hemos tenido toda nuestra vida... y, como Casimiro le dijo, yo también voy a estimularla para que ella mande y organice como suya la vivienda que vamos a habitar. Nosotros seguiremos sus directivas."

Cuando bajaron del bus, Casimiro les dijo que quería que primero fueran a la casa del señor Ruiz para presentarlas y entregar los papeles. Después irían a la nueva casa de ellos.

Genaro Ruiz los recibió con una gran sonrisa y muy formalmente los hizo entrar a la sala. Esta vez no cerró la puerta.

La abuela estuvo a la altura de la buena educación del señor Ruiz. Él les explicó lo principal del asunto para que tuvieran claro cuáles eran las opciones que en teoría existían para vender la moneda, entre las cuales Casimiro había elegido la más sencilla y rápida, aunque nadie podría asegurar que era la que más ganancia dejaba.

— Pero ¿usted no se perjudica con esa opción? —preguntó Adela.

El experto contestó:

— En principio no, señora. Simplemente porque no tengo afán de dinero y a la moneda no le pasa nada si permanece en la caja de seguridad del banco mucho tiempo. Yo simplemente estoy

atento al mercado e identifico a las personas interesadas en ese tipo de objetos, les aviso de la existencia de una pieza nueva y siempre hay alguien que viene a verla. Generalmente en la segunda o tercera ocasión se llega a un trato que siempre es un trueque. En este negocio, por lo menos en lo que a mí concierne, nunca recibo dinero sino algún objeto o propiedad que se aproxime al valor estimado.

— Ah, entiendo. Entonces para la venta usted tiene en cuenta lo que le costó la moneda, que es el valor de la casa cuyas llaves entregó ayer a mi hijo —dijo Adela.

— Perfectamente claro, señora. No hay trampas ni secretos. Solamente no se habla nunca de la procedencia de las piezas históricas, como en este caso, porque eso desataría unos pleitos interminables entre los que se disputan la propiedad legítima del objeto. Pero puesto que han pasado más de cinco años sin que nadie nunca haya poseído públicamente la pieza, lo mejor es conservarla de la misma forma. El comprador tampoco hace pública su adquisición. Generalmente estas monedas van a dar a algún museo de un coleccionista particular o de una sociedad de personas amantes de piezas antiguas y auténticas.

Adela se mostró muy satisfecha con la explicación de esa venta y sonrió suavemente.

Acto seguido, Casimiro hizo entrega de los papeles de su madre y de su propia tarjeta de identidad, para que el vendedor los llevara a la notaría. El señor Ruiz mismo prometió que les haría saber el día y hora de la firma de la Escritura Pública para que se encontraran en el lugar. Con esto, los visitantes se despidieron.

Genaro Ruiz se puso incondicionalmente a la orden de las señoras, hizo una venia profunda a la abuela, se despidió de

Adela con gran gentileza y dió un fuerte apretón de manos a Casimiro. Luego todos caminaron hasta la puerta.

Antes de atravesar la calle, los tres Martínez se volvieron para hacer un gesto de despedida con las manos, gesto que fue respondido por el vendedor de la casa.

### **Trastear... ¡todo un trabajo!**

En cuanto estuvieron frente a su casa nueva y propia, Adela se mostró como una niña de siete años. Daba pequeños saltos mientras su hijo metía la llave para abrir la puerta, y la abuela detrás, muy sonriente, daba el brazo a su hija.

— Bueno, ¿por qué no nos trasteamos el próximo sábado?  
—propuso Adela una vez que recorrieron toda la casa.

— ¿Y por qué no mañana mismo? —preguntó la abuela.

— Sí, de veras. Podemos meter todo en el garaje y lo vamos sacando a medida que limpiemos bien cada cuarto —, confirmó Adela.

— Yo tengo unos pocos pesos ahorrados que creo que alcanzan para pagar el viaje en una camioneta destapada —dijo Casimiro.

Adela agregó:

— El lunes es mi día de pago y, como no tenemos que pagar nuevo arriendo, ahí está esa platica para lo que sea necesario comprar.

— Yo quiero ir por aquí cerca a comprar una escoba para que dejemos el garaje bien barrido por lo menos. Además vi unos trapos en la cocina. Con eso le pasamos una mano al piso —dijo la abuela.

Enseguida lo hicieron. En la tienda de la siguiente cuadra consiguieron la escoba y un balde pequeño y pusieron manos a la obra.

A las cinco de la tarde llegaron de nuevo a Buenavista, habiendo dejado toda la casa trapeada. Adela no identificó los trapos que estaban en la cocina, de modo que no hubo lugar a ningún roce por haberse adelantado el 'par' abuela-nieto, tanto en la confidencia como en el aseo y ventilación de la casa.

Al llegar a Buenavista, Casimiro fue de una vez a buscar y contratar la camioneta que les pudiera hacer el viaje con todos los bártulos, a las diez y media de la mañana del día siguiente.

Adela fue a avisar a Don Ramón de la oportunidad que tuvieron de tomar una casa de arriendo no muy caro, en un barrio bueno de gente trabajadora en La Mina. El viejo sonrió muy satisfecho y quedó de llegar a recibir su apartamento a las diez y media de la mañana. La abuela empezó a recoger cosas útiles que no necesitaban de momento para guardarlas en una buena cantidad de costales que ella había ido preservando limpios y doblados, de las ocasiones en que compraban bultos de papas o de zanahorias, cuando estaban muy baratos...

Todos tres pasaron la noche casi completa en el oficio de recoger y empacar. A las dos y media de la madrugada se acostaron con el despertador listo para llamarlos a las seis.

El domingo a las siete desayunaron bien, pensando en que la mañana iba a ser larga y muy movida. La abuela preparó los huevos que quedaban junto con las papas y las cebollas, y esto lo comieron acompañado con una taza de agua de panela para subir la energía. Luego, hasta las diez, estuvieron dedicados a asear íntegramente el apartamento. En el momento de pararse de la mesa después de desayunar, acordaron entre ellos que la respuesta para quienes preguntaran, sería que tomaban una casa

en arriendo en La Mina para que Casimiro pudiera estudiar y trabajar a la vez, lo cual estaba absolutamente de acuerdo con el plan que Adela propuso el viernes anterior, antes de saber nada del asunto del amuleto. Además explicarían que Adela seguía en su cargo y viajaría diariamente a Buenavista, hasta que le resultara un traslado que había solicitado en la Secretaría de Salud y entregara su oficina y todo lo demás a la nueva enfermera que nombraran para ocupar su puesto.

La camioneta y don Ramón llegaron prácticamente al tiempo. Entre Casimiro y el chofer subieron y acomodaron todos los paquetes y los pocos muebles, mientras las señoras atendían al dueño.

A las once en punto se despidieron de don Ramón y de la que había sido su casa por más de una década, y arrancaron rumbo a La Mina.

### **Hablando de 'Buena Suerte'**

El domingo se les fue todo en organizar la casa, según la distribución dirigida por la abuela.

El lunes temprano Adela tomó el bus para ir a su trabajo en Buenavista. Organizó su plan de la semana, atendió los asuntos que llegaron en la mañana, al mediodía salió a comer algo en una cafetería cercana y regresó a esperar al doctor Sánchez.

El doctor no se imaginaba que ya estuvieran instalados en La Mina. Se alegró mucho al saberlo y felicitó a Adela. Ella por su parte, con sencillez y absoluta sinceridad, agradeció al médico todo el apoyo que había dado a Casimiro.

— Parte de la buena suerte de mi hijo fue que, cuando vino el jueves pasado, no me encontró a mí sino a usted para enseñarle lo que había en el amuleto. Yo simplemente hubiera pensado en algo como una tapa de las muchas que uno encuentra llenas de

tierra apelmazada en las cercanías de una tienda, como una basura más...

El médico contestó enseguida:

— No, sin duda él no la habría tirado, porque cuando la trajo ya había visto en eso algo especial. Creo que algo como indicador de alguna mina de metal cercana al lugar... —pensó un poco y terminó:

— Como pasa aquí cuando encuentran piedras verdes en los lugares en donde buscan señas de mineral de esmeraldas.

— Sabe doctor, no quiero que esta suerte se convierta en algo casi milagroso por tratarse de la tierra santa. Eso no me gusta ni me parece conveniente de ninguna manera. Ayúdeme a hacerlo ver como una sucesión de casualidades unidas a cierta curiosidad de tipo infantil, pero al fin casualidades que a cualquiera le pueden suceder.

— Sí, tiene usted mucha razón. Eso es lo que produjo un resultado tan inesperado y afortunado: Una serie de casualidades: Su viaje a Israel, el paseo que estaban haciendo, el ir vestida de falda y no de jean, el haberse sentado en una piedra y el burro que bajó levantando polvo..., da risa en medio de todo. No se preocupe Adela. Hablaremos en esos términos, sin insistir para nada en el hecho de la 'tierra santa'.

— Además, doctor, estas casualidades y la gran colaboración de su amistad y de sus relaciones honestas, digamos que aceleraron unos cinco años lo que en mi mente yo preveía sobre nuestro futuro si Casimiro estudiaba con juicio. Porque él es inteligente y sin duda, habría llegado el día de comprar una casita, con hipoteca, pero seguramente posible de pagar. La diferencia económica diaria entre esa situación posible y la realidad presente, es que no tenemos que pagar arriendo ahora, ni hipoteca después. Por lo demás, todo sigue igual. Para vivir

tenemos mi salario y lo que Casimiro gana como obrero, menos los gastos relacionados con su estudio. La verdadera suerte para los dos, mi hijo y yo, es que mi madre vive con nosotros, porque ella es realmente el corazón de esta familia. Nos hace muy felices verla tan entusiasmada con el arreglo de la casa.

— Claro que la diferencia es un regalo del cielo, pero lo es, por la forma en la cual el señor Ruiz le planteó las oportunidades a Casimiro y la seguridad con la que mi hijo escogió la más fácil y segura, en lugar de creerse que era capaz de conseguir un mejor pago... lo que podría haber redundado en mal.

La madre terminó diciendo:

— Yo crecí y viví casi treinta y cinco años segura de que era hija de una cocinera viuda, bien educada, pero siempre muy pobre.

Adela no habló de las circunstancias de su propia madre, pero el pensar en ellas hacía crecer en su interior un sentimiento muy grande de gratitud hacia la vida por las casualidades que aportaban a la abuela, en su vejez, una alegría tan verdadera y merecida.

El doctor Sánchez había escuchado con gran atención las sencillas reflexiones de Adela y vio sabiduría en ellas. Le dijo:

— Cuente conmigo en cualquier asunto en donde yo pueda servirle. En especial voy a mirar lo del cambio de sede, a ver si se puede acelerar el trámite.

En ese momento entró una persona en busca del doctor...

Atendieron las consultas que se presentaron y, al salir, Adela le agradeció:

— Me duele irme de aquí. Han sido años de mucho aprendizaje en este lugar, gracias a sus enseñanzas, doctor.

— Pues, de mi parte, quiero que sepa que yo también he aprendido mucho de usted, Adela. Además, en poco menos de un año cumpliré el tiempo y la edad para retirarme. Entonces también me iré de aquí —contestó el médico con una sonrisa amable.

— Seguiremos en contacto, doctor. En cuanto tengamos la casa presentable, los invitaremos a ustedes tres, que actuaron en todo esto como las Hadas Madrinas de Casimiro —dijo Adela, y se rió.

— ¡Valientes Hadas Madrinas!... —contestó riendo Carlos Sánchez, el médico.

### **Mirando al futuro**

Al regresar a su casa en La Mina, Adela se encontró con las cosas muy ordenadas en sus nuevos lugares y con una comida muy buena que habían preparado en colaboración su madre y Casimiro.

Al terminar de comer subieron. En la alcoba grande, la de Adela, el libro de David Copperfield los esperaba a todos sobre la cama.

—Hoy quiero leer yo —dijo Adela, y se sentó en el único asiento del cuarto, y la abuela y el nieto se recostaron sobre la cama para escuchar.

— ¡Qué buen estreno de esta alcoba! —dijo Adela al terminar el capítulo. Enseguida propuso:

—Debemos seguir leyendo aunque no se pueda todas las noches. Entonces, cuando Casimiro no tenga clases, recuperamos leyendo lo correspondiente a los días anteriores más lo del propio día, si no estamos demasiado cansados. Pero

mientras no entre a estudiar, seguiremos la rutina de todas las noches.

—Sí, claro —contestaron los oyentes.

Y así se estableció la nueva temporada de lecturas. Para ello contaban con el apoyo del doctor Sánchez y de su amigo Orjuela, cuya biblioteca Casimiro había visto de reojo el día que se conocieron y, por intuición, sabía que ese señor les prestaría sus libros con gran placer.

En esa primera semana, con el dinero que hubiera sido para pagar el arriendo, compraron seis sillas iguales y nuevas para el comedor y unos muebles de sala de segunda mano que estaban en buen estado y cabían bien en el espacio establecido. El miércoles, cuando ya todo estuvo muy limpio y ordenado, la abuela dijo:

—Aunque me gustaría poner unas plantas para adornar, creo que eso lo dejaremos para más tarde. Puesto que ya tenemos sala y comedor, lo que no debe pasar de esta semana es invitar a los tres señores a comer con nosotros aquí, el domingo próximo.

Casimiro fue el jueves mismo a buscar al señor Ruiz para invitarlo. Él, muy cordial aceptó y, enseguida, volviendo a su escritorio, tomó un papel que entregó a Casimiro diciéndole que era la citación de la Notaría para la firma de la escritura de la casa el viernes, a las tres de la tarde.

—Ese horario se cumple generalmente aunque sin demasiado rigor. Por tanto, si tu mamá no puede llegar sino a las tres y media, yo pediré el pequeño rato de espera —concluyó.

Casimiro le prometió volver para transmitirle lo que su madre dijera y le agradeció mucho.

.....

## EPÍLOGO

De este modo, ese domingo inolvidable la familia estrenó formalmente la casa y celebró con sus amigos la realización de la escritura pública de la misma a nombre de Adela Martínez, con la aclaración de que el propietario final sería su hijo Casimiro Martínez en cuanto llegara a la mayoría de edad.

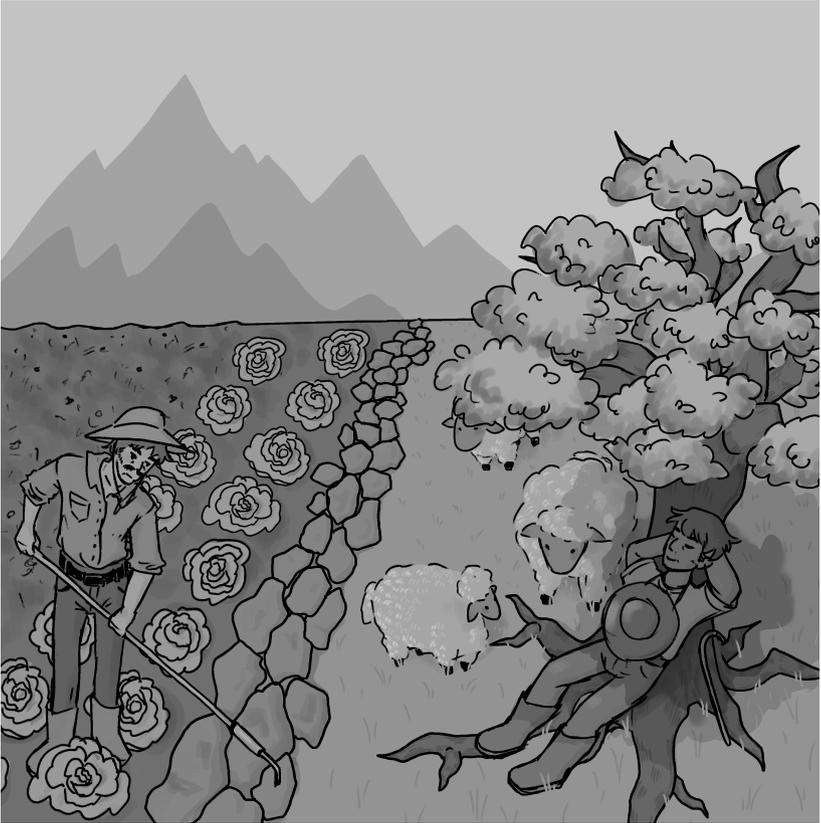
Los Martínez no se hicieron ricos por la llamada 'buena suerte' de Casimiro. Ésa fue una casualidad y el resultado de la curiosidad casi infantil y nada más. La verdadera buena suerte que les ayudó a ser felices y a cumplir sus sueños, fue la forma en la cual todos tres, cada uno en su momento, enfrentaron la vida y buscaron siempre la forma de resolver sus problemas y de salir adelante, sin intentar romper a la fuerza las circunstancias que parecían estar en contra de sus deseos.

Seguramente vivirán muchos años, luchando y leyendo y aprendiendo los secretos del verdadero triunfo.

\*\*\*\*\*

Fin de "LA BUENA SUERTE DE CASIMIRO"

## LA HISTORIA DE DOS HERMANOS



### HACE AÑOS Y AÑOS QUE SUCEDIÓ...

Unos dicen que la señora vivía a la orilla del mar, otros que cerca del bosque y muchos aseguran que era en un oasis de palmeras en medio del desierto; pero las mujeres viejas dicen que ella vivía cerca del río más grande, ése que cuando llueve mucho, retumba y no deja pasar a nadie, y si un animal se acerca para beber, la corriente se lo lleva.

Lo que todos saben es que, entre varones y niñas, esa señora tuvo más de diez hijos que apenas cumplían dieciocho años se iban de la casa, porque querían conocer otros lugares y aprender lo que hacían otras gentes en otros pueblos. Cuando el menor se fue, los papás se quedaron solos y se sintieron tristes..

Entonces resolvieron cambiarse de lugar, y para eso emprendieron un viaje que terminaría cuando encontrarán un sitio que les pareciera bueno para sembrar y para criar ovejas y también gallinas. Con el viaje y todo lo nuevo que veían y las gentes que conocían por donde pasaban, más los nuevos amigos que los hospedaron y les mostraron cómo se vivía en cada clase de terreno y de clima, se les fue pasando la tristeza.

Al fin llegaron a un valle muy verde y allí decidieron quedarse para construir su casa nueva y empezar a cumplir lo que habían planeado en todo el tiempo de caminar y ver y oír, y también de discutir hasta que estuvieron de acuerdo en que debía ser un terreno suave, con algún río o lago cerca para que no les faltara agua, y con bosque para que hubiera pájaros y animalitos que los alegraran, como era exactamente el lugar que tenían delante de ellos.

Ambos estuvieron muy contentos mientras construían la casa y sembraban el jardín y la huerta. De pronto, la madre supo que iba a llegar un nuevo hijo que sería el primero en esa casa que acababan de hacer. Ella dijo emocionada cuando vio a su bebé: "Este hijito me cae del cielo; por eso lo voy a llamar Caín", y este fue el nombre que le puso.

El niño tenía apenas dos años cuando llegó otro, su hermanito Abel. Los dos crecieron y jugaron y pelearon, como suele suceder en donde hay dos hermanos seguidos. Aunque después llegaron otros niños y niñas menores, los dos mayores no se preocupaban sino por sus cosas y sus juegos.

Cuando Caín primero y Abel después cumplieron doce años, empezaron a trabajar y a estudiar con ayuda de los sacerdotes, que eran los que mandaban en esa región. Caín resolvió encargarse de la huerta para ayudar a su madre y Abel le pidió a su padre que lo dejara cuidar las ovejas.

La madre estaba llena de trabajo en la casa, de manera que, fuera de preparar la comida para todos, no se preocupaba demasiado por sus hijos más grandes, sino por los chiquitos que gritaban y lloraban y a veces se enfermaban.

En medio de todo ese trabajo de los padres, sucedió que los hermanos mayores empezaron a volverse demasiado peleadores... Cuando se encontraban, siempre discutían porque cada uno defendía su oficio como el más importante. Caín era más fuerte porque para cultivar tenía que trabajar duro con las herramientas y cargar piedras, y eso le dio músculos y fuerza. Abel era más alegre y se recostaba debajo de un árbol mientras miraba a las ovejas, pero como el trabajo de cuidar y guardar el rebaño no era pesado, se fue quedando más flojo que su hermano, de modo que, cuando peleaban, siempre salía perdiendo si Caín le daba un puñetazo y luego, con gran facilidad le inmovilizaba la mano que Abel alzaba para responderle.

Abel era muy divertido, siempre hacía reír a los que le oían y se hacía querer de todos, mientras que su hermano Caín era callado, muy serio y le gustaba permanecer solo. Abel se desquitaba de Caín burlándose del oficio que hacía y de las verduras que llevaba al templo para los sacerdotes, verduras que llegaban un poco marchitas sobre todo los días de mucho calor. En esas ocasiones Abel se reía a carcajadas al ver a Caín furioso y que no podía pegarle delante de los sacerdotes.

Fueron varios años de ese mal entendimiento entre los hermanos, pero lo más malo fue que los que se daban cuenta nunca les dijeron nada a los padres, ni nadie les habló sobre la conveniencia de que Caín aprendiera a dominar el mal genio y Abel calmara el deseo de humillar a su hermano...

Hasta que un día de mucho calor, cuando Caín tenía veinte años y Abel dieciocho, y ambos llevaron al templo las ofrendas para los sacerdotes, Abel se burló tanto porque las verduras de Caín llegaron marchitas y los sacerdotes le dijeron que esa ofrenda no era buena, que Caín se volvió para pegarle aunque estuvieran delante de los sacerdotes; pero Abel echó a correr mientras continuaba riéndose y burlándose de Caín, que iba detrás de él. Así siguieron hasta que estuvieron muy lejos. Cuando Abel, muy cansado, empezó a correr menos rápido, Caín lo alcanzó y lo golpeó con tanta ira y tanta fuerza que lo mató. Pero él no quería matarlo, ni había pensado en eso. Solo quería que se callara y tenía mucha ira y sabía golpear muy duro.

Abel cayó y Caín vio que no se paraba ni decía nada más; entonces se sentó al lado del cuerpo de su hermano tratando de despertarlo, pero como no lo logró empezó a llorar. Se hacía de noche pero él no sentía ni hambre ni cansancio, sólo tristeza por lo que había hecho.

Cuando los padres se enteraron, sufrieron mucho por la terrible desgracia y sobre todo por no haber intervenido antes de que las cosas llegaran a ese extremo. Ambos hijos eran inteligentes y de buen corazón, pero nadie le enseñó a Caín a dominar esos impulsos de aislarse y dejarse llenar de ira y mal genio, ni corrigieron a Abel por sentirse muy orgulloso y divertirse humillando a su hermano.

Caín en castigo fue expulsado por los sacerdotes y tuvo que irse solo a otra tierra lejana. Su madre quedó muy triste y su padre muy preocupado por no haber evitado esa tragedia.

En la tierra lejana a donde llegó, Caín formó una familia en la cual puso como norma que, cuando cada hijo o hija de sus descendientes cumplía los doce años, el padre le contaba la desgracia que sucedió a sus antepasados por haber dejado crecer la ira y el orgullo en el corazón mientras eran niños y jóvenes.

Mucho tiempo después Caín volvió a visitar a sus padres. Ellos lo perdonaron y todos tuvieron la convicción de que el Dios en quien creían también había perdonado a Caín.

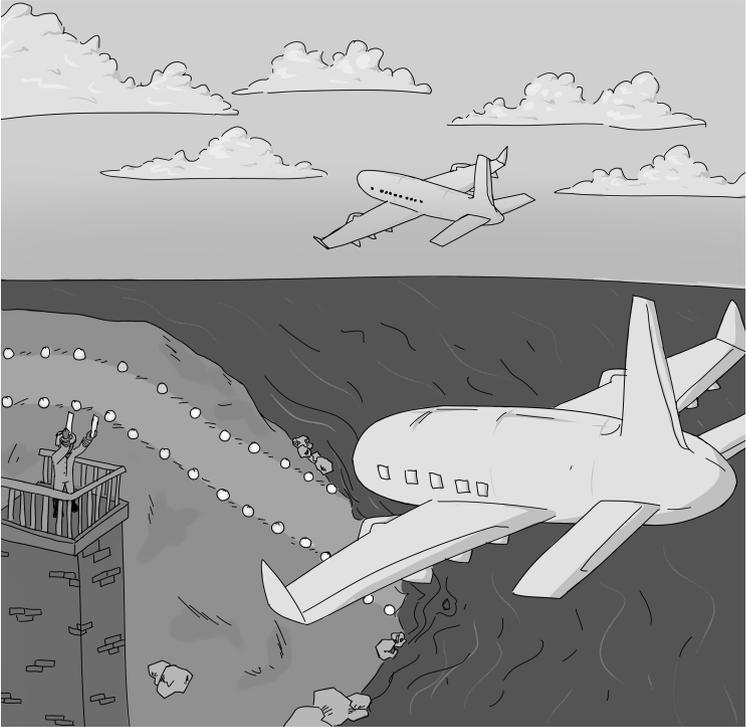
Él, por su parte, vivió en adelante tratando de hacer siempre el bien a los demás. Tuvo muchos hijos y nietos que llegaron a ser hombres y mujeres ejemplares y fraternales. Nunca se supo que ninguno repitiera la tragedia de su antepasado.

\*\*\*\*\*

Fin de "LA HISTORIA DE DOS HERMANOS"



## EL PASTOR DE NAVIDAD



Relato de un hecho real durante la Segunda Guerra Mundial de nuestro planeta

### ***Historia de este relato***

*Tuvimos una tertulia literaria hace mucho tiempo. En una de sus sesiones escuché esta historia narrada como si fuera un cuento, con la explicación previa de boca de uno de los contertulios de haberla recibido de un aviador conocedor del protagonista. No recuerdo el nombre del amigo contertulio, ni*

*el nombre de su amigo ni el nombre del protagonista... solo recuerdo el contenido y los gratos sentimientos que despertó en mí. Han pasado más de cincuenta años y no lo he olvidado.*

*Los nombres son inventados por mí, y también el título de esta historia.*

*La autora*

## **EL PASTOR DE NAVIDAD**

Durante la guerra, la última terrible guerra mundial de nuestro planeta, el servicio del correo tenía un valor casi infinito.

El correo aéreo nocturno era la única posibilidad de llevar mensajes de los soldados a sus familias y prometidas, y de éstas a ellos; era el único camino posible para alegrar el corazón de unos y otros, y ayudarlos con la fuerza de la fe y la expresión del amor para no desfallecer, cada uno en su trinchera o en su escondite.

Así, pequeñas compañías aéreas lideradas desde la Cruz Roja en Suiza, se unían a una red mundial, dentro de sus respectivas regiones.

Mauricio fue un piloto de una compañía de tres aviones pequeños que operaba en el litoral Pacífico suramericano y que tenía como centro un puerto chileno. De día, estos aviones hacían el enlace con las ciudades del interior, y durante la noche repartían y recogían el correo entre las poblaciones de la costa y unas seis u ocho islas pequeñas. Los viajes nocturnos tenían riesgos muy serios por la falta de visibilidad, la limitación de los instrumentos y las dificultades siempre presentes para establecer comunicación con los pequeños aeropuertos.

Antes de iniciar su trabajo como piloto de correo, cada aviador tenía un período de entrenamiento en todos los aspectos relacionados con la difícil y muy importante tarea que iban a desempeñar, desde generar sus propios mapas mentales de las posiciones de las islas, una a una, de la distribución de luces cercanas a cada aeropuerto según los podían ver desde el aire, e ingeniárselas luego para encontrar la ubicación de las luces de la pista, las cuales podían variar y casi nunca eran suficientes sin ese particular conocimiento, y finalmente el ángulo de entrada y la maniobra del aterrizaje.

La parte final del entrenamiento incluía las ayudas que podrían darse unos a otros, entre las cuales estaba la que llamaban 'el pastoreo': Cuando un piloto tenía una avería o se encontraba perdido, después de revisar sus opciones, la última era lanzar una bengala, con la esperanza de que otro la viera y lo buscara. Esto lo ensayaban una y otra vez, tanto para dar la alarma como para seguir la guía cuando aparecía un 'pastor' y, asimismo, para actuar como 'pastor'. El 'pastor' hacía una señal luminosa establecida, y el 'cordero' lo seguía según un estricto procedimiento para evitar posibles y fatales errores, hasta que tenía la pista de aterrizaje frente a sus ojos.

Llegado el mes de diciembre del año 43, el trabajo del correo aumentaba. Las cartas eran los obsequios posibles y más deseados por los soldados y por las familias. Los pilotos y los aviones tenían un trabajo más continuo, casi doble, pues una sola visita semanal a una isla, en diciembre, era demasiado poco: entonces se esforzaban todos por doblar el número de esas visitas. Los aviones necesitaban un mantenimiento más continuo y los distribuidores del combustible, quienes trabajaban por tierra, debían surtir mayor cantidad a cada aeropuerto...

Por suerte, en el hemisferio sur el tiempo de Navidad es cálido y los días son más largos.

Así la situación, Mauricio recibió su itinerario para la víspera de Navidad y comenzó a cumplirlo sin mayores contratiempos. Calculaba terminar la última entrega hacia las nueve de la noche y regresar a su casa para celebrar con su familia.

Había visitado ya las dos islas que le correspondían y salió de la Central con los paquetes del correo para tres puntos sobre la costa. Hizo la primera entrega. Descansó los veinte minutos establecidos, mientras tomaba un café. Luego salió para la segunda localidad, entregó su carga y, sin demorarse por otro

café, decidió hacer de una vez el último viaje. Subió a su avión y salió sin dificultad alguna hacia el Norte. Habría volado unos veinte minutos cuando la luz de un relámpago lo alertó sobre una posible tempestad. No se preocupó demasiado, pronto estaría a mitad de camino y, sin duda, alcanzaría a llegar antes de la tormenta. 'A lo mejor se extingue pronto' pensó, y así continuó. La tormenta no se extinguió ni tampoco llegó a desencadenarse. Sólo el viento se hizo presente, un viento que iba creciendo demasiado rápido y que continuamente cambiaba de dirección. Mauricio tuvo el presentimiento de que se trataba del inicio de un ciclón y decidió devolverse. Con toda la fuerza del motor optó por la dirección Sur y, avanzando a contragolpe, percibiendo el estremecimiento de toda la armazón metálica del avión y escuchando los ruidos correspondientes, se sintió de pronto disparado hacia arriba.

Repentinamente estuvo fuera del remolino; sólo veía la oscuridad de las nubes y la lluvia torrencial repentina. Continuó hacia el Sur, guiándose únicamente por la brújula y empujado por el viento, sin ver ninguna luz debajo de él.

En un momento dado, un relámpago lejano le permitió reconocer que volaba sobre el mar. Trató de enfilar hacia la costa con la esperanza de ver pronto las luces de tierra, pero nada, absolutamente nada podía ver. Miró el nivel de combustible que estaba bajo, apenas quedaba un cuarto. Optó por la bengala. Esperó a que la densidad de la lluvia descendiera y la lanzó en la dirección Sur, que seguía siendo la más despejada.

Siguió sin ver luces que le confirmaran que viajaba por encima de la tierra. Tampoco debía adentrarse demasiado porque las montañas, estribaciones de la cordillera de los Andes, podrían aparecer inesperadamente cerca... el combustible había mermado... le quedaba otra bengala... Entonces decidió hacer el último intento con la bengala; la lanzó completamente hacia

arriba, mientras continuaba sosteniendo la dirección Sur y mirando por momentos hacia abajo..., pero nada... Pensó que iba a morir en Navidad...

De alguna forma se consoló por haber cumplido la mayor parte de los encargos del día y continuó hacia el Sur...

"Así, cuando se acabe el combustible simplemente trataré de planear y caeré. Si es sobre la tierra, mañana encontrarán los restos del avión y míos...", se dijo. Pero... ¡¡el pastor!!...

En ese momento Mauricio vio al avión-pastor que le hacía la señal para que lo siguiera. Con inmensa emoción siguió el rumbo que iba mostrando el amigo, rumbo que lo llevaba de nuevo al oeste, al mar... pero ahí iba el pastor, y Mauricio lo siguió. Así continuó durante un tiempo que sintió muy largo, hasta que percibió la señal de descender lentamente. Cuando comenzó su descenso, Mauricio pudo determinar la masa oscura de una isla pequeña, la rodeó siguiendo al pastor, hasta que las luces de la pista estuvieron frente a él y, sin dificultad, pudo aterrizar. El pastor se había separado y se elevaba, 'sin duda para dar otra vuelta', pensó Mauricio, hasta que la pista quede libre y pueda aterrizar él también.

Mauricio observó la isla mientras carreteaba: No era una de las que conocía. Sus pensamientos finalizaron cuando el operario del aeropuerto le indicó el lugar de parqueo y se acercó para ayudarlo a bajar.

Se abrazaron. Mauricio se preocupó inmediatamente por el aterrizaje del 'pastor' y le preguntó al hombre si lo conocía; pero al ver que no le había entendido, le aclaró que 'al piloto que lo había ayudado a llegar', quien estaría a punto de entrar en la pista.

El empleado no sabía nada de pastor ni de lo que eso significaba. No había ningún otro avión cerca. Además en toda

la región no habían tenido ninguna tormenta, ni siquiera lluvia.

Contento de tener compañía, el hombre de la isla invitó a Mauricio a su cuarto. Despejó una pequeña mesa, sacó del armario una botella de vino y una hogaza de pan y sirvió dos vasos. "

— ¿Cómo fue lo del pastor? —preguntó el hombre.

Mauricio le contó con detalle su jornada, la tormenta, el viento arremolinado, el empujón terrible hacia arriba y en dirección Sur, las dos bengalas, sus pensamientos sobre la muerte y la aparición del pastor y el viaje siguiendo todas las indicaciones... A continuación le preguntó por la ubicación de la isla.

El hombre, quien se presentó como Juan Badillo, le dijo que la isla estaba muy cerca del extremo sur del país. Que allá no llegaba nunca ningún avión de guerra, ni tampoco del correo. Sólo la avioneta de su patrón y a veces una o dos más, de amigos. Pero que él, Juan, siempre iba en el bote hasta Puerto Montt...

Mauricio pensó en las cinco horas que ese vuelo le hubiera tomado, en lugar de la hora y media desde su salida del último aeropuerto, pero no dijo nada mientras imaginaba la velocidad con la cual el viento lo arrastró hasta que vio al pastor...

Juan, pensativo, habló despacio:

— Es un misterio..., mi patrón vino ayer, me dijo que hoy me quedara aquí para que limpiara la pista y completara todas las luces, añadiendo que mañana podré ir a mi casa. Él mismo llamó por radio hace como una hora para decirme que alguien llegaría. Que tuviera todas las luces de la pista encendidas... Y usted habla de un pastor que lo ayudó a llegar... —sacudió la cabeza y simplemente agregó:

— No, yo no vi ni escuché ningún otro avión. Estaba pendiente, vi que usted dio la vuelta a la isla, pero solo... Además aquí no

tuvimos ninguna tormenta ni viento fuerte

Ambos permanecieron en silencio un par de minutos. Finalmente Juan afirmó con la seriedad de una certeza:

— Pues yo creo que no fue un pastor sino un ángel quien lo trajo hasta este lugar en esta noche bendita. Luego, miró su reloj, y...

— ¡Feliz Navidad! —dijo poniéndose de pie y alzando la copa.

Mauricio hizo lo mismo. Bebieron lentamente y solo entonces, se acercaron para mirar el mapa: Juan, indicando un punto pequeño rodeado por un círculo rojo dibujado a mano, dijo:

— Esta es la isla —y enseguida señaló el punto grande en la costa marcado con las palabras 'Puerto Montt'.

Mauricio quiso poner un mensaje por radio a su Central. Juan lo transmitió: *'Mauricio Fabre informa que debido a la tormenta que lo sacó de su ruta, prefirió celebrar la Navidad con su amigo, Juan Badillo, solitario guardián de una pista poco utilizada'*.

Conversaron un rato sobre la guerra y sus consecuencias en la vida de la gente, de toda la gente, aunque viviera muy retirada. Hablaron de sus familias y de que sería muy bueno verse otra vez, cuando 'esta guerra haya terminado'...

Al finalizar, Mauricio pidió a Juan que agradeciera a su patrón en su nombre y le dijera que, si él sabía quién le pidió el permiso de aterrizar, porque seguramente ése era el pastor, que por favor anotara su nombre y señas y se lo comunicara mediante un corto mensaje a la Central.

Juan le prometió hacerlo. Sin embargo, recalcó que para él, el pastor había sido un ángel.

Después de agradecer y dar las buenas noches a Juan, Mauricio se quedó pensativo:

— ¿Qué cara pondría su jefe cuando el operario de la Central le

informara del mensaje y su lugar de procedencia? —Además...

— ¿A quién debería informar que el 'pastor' había cumplido su misión a cabalidad ?...

Lo más seguro sería dirigirse a quien llamó para pedir el aeropuerto, pero aun así... ¡muchas circunstancias confabularon para salvarlo a él, Mauricio Fabre, en esa 'noche bendita'!, como la llamó Juan.

O tal vez... al jefe de los ángeles encargados de cuidar a los pilotos del correo... y con toda su alma, Mauricio deseó agradecer y, sobre todo..., deseó 'tener fe': una fe sencilla y sin dudas, como la de Juan.

Su último pensamiento: "¡Realmente ésta ha sido para mí 'una Noche Bendita'!"

Fin de

## EL PASTOR DE NAVIDAD

\*\*\*\*\*



## NACIMIENTO Y ADOPCIÓN DE TARZÁN



Relato basado en la novela "Tarzán de los monos" de  
Edgar Rice Burroughs. 1888 - 1950 Estados Unidos

## Los Clayton

Tarzán nació en África. Sus padres, los Clayton, no eran africanos sino ingleses de familias aristocráticas.

El señor Clayton, como funcionario que era, debía viajar a una colonia británica en África para desempeñar un trabajo muy especial en la administración. Esa colonia ofrecía todos los recursos y el desarrollo necesarios para que los ciudadanos británicos que desempeñaban labores administrativas en ella, tuvieran todas las comodidades y servicios de acuerdo con su vida inglesa de personas muy bien educadas y de alta posición.

Así pues, el señor John Clayton y su joven esposa, Alice, se embarcaron rumbo a la distante colonia africana llevando consigo un equipaje muy grande, con todos los elementos que el minucioso señor había preparado concienzudamente, de acuerdo con lo que había leído en los reportes de los colonos ingleses acerca de sus vidas en la selva, y además libros y manuales prácticos.

Salieron del puerto de Dover, en Inglaterra, con itinerario de varios meses de viaje porque debían cambiar de barco y adelantar algunos oficios en puertos intermedios. Es de anotar la circunstancia de que la señora Clayton se encontraba en los comienzos de un embarazo, del cual aún no había todavía pruebas médicas ni ninguna señal exterior que lo hiciera reconocible. Su esposo estaba al tanto y le preocupaba el tema de la salud de ella, pero al fin, si era cierto lo del embarazo, quedaba tiempo suficiente para llegar a destino y prepararse.

Sucedió que, terminada ya la primera parte del viaje, una o dos semanas después de zarpar en el segundo barco que tomaron, estando en alta mar comenzaron a crecer problemas serios de insurrección de la tripulación por descontento con el pago de su

trabajo, con el trato que recibían de los jefes, con la comida que les daban que era de baja calidad e insuficiente, etc... y llegó el momento en que el motín estalló.

Los Clayton eran solamente pasajeros y nada tenían que ver con el personal náutico, pero los amotinados los consideraron como aliados de sus jefes y querían también matarlos y tirarlos al mar, como habían hecho con el capitán y varios de los oficiales. Por suerte, el que capitaneaba la rebelión se opuso porque estaba en deuda con el señor Clayton, que le había salvado la vida en un momento de gran peligro durante una tormenta anterior a la pelea; él impidió que los compañeros los atacaran pero lo máximo que logró fue que aceptaran dejarlos en el primer lugar de la costa africana al que pudieran llegar en la lancha de salvamento y que no tuviera habitantes a la vista.

Así fue como los señores Clayton, que iban a ocupar una posición elevada en la colonia británica del oeste africano, se vieron solos, con su equipaje completo pero medio desbaratado, en una pequeña playa del sur de África, con la selva frente a ellos y sin señal alguna de seres humanos, ni civilizados ni salvajes, en los alrededores.

En el transcurso del día, después de abrazarse temerosos ante lo inesperado y completamente desconocido de su situación, resolvieron hacerse un refugio para pasar la noche. Con mantas y ramas armaron una tienda cerca del borde de la selva, mirando que la arena estuviera suficientemente dura y alta como para estar seguros de que la marea no llegaría hasta ellos. Con cuerdas ataron su carpa improvisada a troncos de árboles. Encendieron una fogata para ahuyentar posibles fieras y, cuando el fuego comenzó a consumir los troncos gruesos que habían encontrado en la playa, resolvieron tratar de dormir. Al día siguiente enfrentarían la realidad y pondrían manos a la obra que decidieran realizar. Tenían dos fusiles y buena provisión de

cartuchos, además de cuchillos y un hacha. También martillos y clavos y cuerdas de diferentes calibres.

Amaneció el primer día de su vida en la selva. Los Clayton se pararon en cuanto hubo luz suficiente, con el ánimo de buscar señas de vida humana en las proximidades. Nada hallaron: ninguna señal de uso de troncos cortados con hacha o de fuego para cocinar o de trochas entre los matorrales; solamente señas de animales sobre los cuales sabían poco. Entonces, sin gastar tiempo en lamentarse, buscaron el lugar para hacerse un refugio en el que pudieran sentirse seguros y vivir lo más humanamente posible, mientras esperaban al bebé acerca del cual para ese momento ya no tenían ninguna duda.

Con buenos cálculos y trazos, despejaron un rectángulo de 3 por 6 metros, más o menos, pensando en tener dos espacios. La construcción del primero les llevó cinco días hasta que estuvo listo para pasar la primera noche bajo techo. La puerta había quedado muy fuerte y bien colocada, sobre un par de goznes ubicados de tal forma que hacían fácil abrirla o cerrarla. Por el interior, una pieza sólida, de un palo muy duro, caía sobre un soporte cóncavo, asegurando la imposibilidad de abrir la puerta desde afuera sin conocer el orificio por el cual se asomaba el extremo de una cuerda con la que se podía levantar ese seguro.

En esa primera habitación ubicaron una cama y una mesa, fabricadas con troncos atados unos a otros, y mejoraron el piso cubriéndolo con cortezas de árboles. También reservaron un rincón para lo que iban preparando mientras pensaban en su bebé.

Para cocinar, la señora Alice usaba las piedras que continuaban en el puesto de la primera noche, mientras el señor Clayton trabajaba fuertemente en la construcción de las paredes, y buscaba más piedras para hacer una base alta para el fogón, en el espacio destinado al segundo recinto que sería la cocina. Él

no quería que su esposa tuviera que agacharse en la labor de preparar los alimentos. Al fin tuvieron su casa completa, unos seis meses después de su llegada.

El señor Clayton venía observando sombras enormes que se movían en las cercanías, como curioseando desde lejos; para evitar que se acercaran, en más de un caso había disparado. Así mantuvo a los simios a distancia durante todo el tiempo de la construcción.

### **El nacimiento**

En una mañana soleada, cuando tenían una semana en su ubicación definitiva, la señora Clayton salió de la casa y, mientras esperaba que él también saliera para dar el paseo acostumbrado, el señor Clayton, desde adentro, vio lo que le pareció ser un gorila que se acercaba a su desprevenida esposa por la espalda. Tomó el rifle y, sin dar ningún aviso ni mostrarse completamente, disparó a la cabeza que se perfilaba por detrás de ella. La señora dió un grito terrible porque la zarpa del simio alcanzó a rozarle un brazo y la cabeza. Cuando lo vio desplomarse prácticamente a su lado, ella cayó inconsciente. El señor Clayton, sin darse cuenta del desmayo de su esposa, dejó el rifle y corrió a apartar el cuerpo del simio, al que arrastró varios metros hacia adentro de la selva a fin de que las hienas y otros animales carroñeros lo consumieran.

Al volver vio que su esposa, tendida en el piso, parecía muerta. Con gran angustia la tomó en sus brazos y la puso sobre la cama. Ahí pudo escuchar su corazón y su pulso, que estaba débil, y con suavidad le frotó la frente, las manos y la gran barriga del avanzado embarazo, para reanimarla. También detectó la marca del golpe que recibió del animal en la cabeza. Poco a poco, dándole sorbos de agua, ella se fue recuperando y pudo sentarse con ayuda. Tomó algo de caldo que había

quedado del desayuno y se quedó dormida. El señor Clayton cerró la puerta de la casa y se sentó a escribir su diario, como solía hacer cada vez que sucedía algo especial. Al terminar se acercó a la cama: ella estaba despierta y en vano intentaba levantarse. Cuando se irguió, apoyada en el brazo de su esposo, un fuerte dolor en el vientre la detuvo: era el bebé que forzaba por salir de su encierro. Ambos supieron que había llegado el día y el momento de recibir a su hijo.

Esa tarde memorable, los esposos Clayton recibieron a su hijo siguiendo rigurosamente todos los consejos e instrucciones escritas por una secretaria y enfermera en Londres, antes del viaje, instrucciones que habían sido supervisadas por un buen médico, amigo de la pareja. El niño nació muy sano y muy hambriento. En el diario del señor Clayton quedó anotada la fecha y la hora, así como el nombre del pequeño. Estos datos desafortunadamente se perdieron. Suponemos que le llamarían John, como su padre.

La señora Alice quedó muy afectada por el terror del simio que la atacó y por los esfuerzos y dolores durante el nacimiento repentino de su hijo. Su corazón se tornó débil y con él sus fuerzas se vieron muy disminuidas. El señor Clayton se empeñaba en conseguir siempre carne fresca de pequeños animales, fundamentalmente conejos y aves, y preparaba las comidas condimentándolas con sal y pimienta que habían traído en su equipaje, más hierbas, raíces y frutos de la selva que los reportes de los colonos describían como comestibles. Así ella se levantaba para cuidar a su bebé y pasaba feliz con él, pero no tenía fuerzas para hacer largas caminatas; solamente muy cortos y lentos paseos apoyándose en la cintura del señor Clayton, quien siempre llevaba al bebé en brazos.

Había transcurrido poco más de un año desde el nacimiento del pequeño. Una mañana el señor Clayton llegó con el desayuno

para su esposa. Ella seguía durmiendo de costado y el niño lloriqueaba en su cuna. Él puso el desayuno sobre la mesa, abrió un poco la puerta para que entrara más luz y se acercó para despertarla. Al tocar su hombro y presionarlo un poco, la rigidez y el frío de la piel le descubrieron el doloroso hecho de su muerte: Tenía los ojos cerrados; su corazón se había parado mientras dormía. El señor Clayton se inclinó, le acarició la cara y la besó. El niño seguía llorando. El papá le dio un poco del caldo, lo dejó en su cuna, cubrió el cuerpo de su amada esposa y se sentó terriblemente abatido. Tomó su diario y escribió solo un renglón, el último, en el que pedía a Dios por su hijo, pues él mismo se sentía desfallecer. Y así, con la cabeza sobre la mesa, perdió el conocimiento.

### **La adopción**

En esa región de la selva africana, por el tiempo de los hechos que venimos narrando, vivía un grupo, o mejor una tribu de grandes simios, que se autodenominaba el pueblo "mangani". Los mangani eran monos de gran estatura, piel muy peluda, sin cola, que subían con gran destreza a los árboles más altos, lo que les permitía despreciar un poco a los "gorilas", los cuales solo caminaban sobre el piso. Además hablaban el idioma mangani, muy respetado en el mundo de los antropoides.

Desafortunadamente esa especie se extinguió.

Como pertenecientes al mundo de los monos, los mangani eran tremendamente curiosos, curiosidad que se encontraba excitadísima ante la presencia de esos 'recién llegados' simios de piel blanca y sin pelo en el cuerpo, que no subían a los árboles y que tenían una vara negra con la que hacían un ruido fuerte y mataban a los mangani. Las sombras que el señor Clayton veía merodear por los alrededores de su construcción, en su mayor parte provenían de miembros de ese grupo.

El jefe de los mangani era Kerchak, un simio enorme con un temperamento terrible. Casualmente el mismo día de los tristes sucesos en la casa de los Clayton, Kerchak amaneció con el mal genio alborotado y daba gritos a todos y quería que ninguno de sus subalternos se moviera sin su consentimiento. En esas Kala, una hembra que había tenido un bebé el día anterior, iba bajando de su árbol muy alto con el pequeño a la espalda para ir a buscar comida y agua, sin saber la situación y el estado del jefe. Este, al escuchar el ruido del movimiento de Kala, se acercó y, muy impaciente, golpeó el árbol por el que ella bajaba, con la mala suerte de que el golpe hizo desprender una rama más alta que cayó directamente sobre la espalda de la madre y lanzó al pequeñito al aire. Kala vio caer a su bebé y golpearse contra el piso. Sin hacer caso de Kerchak, bajó rápidamente, recogió al recién nacido que ya estaba muerto pero ella trató de despertarlo... finalmente lo abrazó y, sin soltarlo, comenzó a caminar en la dirección que Kerchak indicaba mientras decía, ya sin furia, que quería conocer esa vara negra que el simio blanco usaba para matar.

Así llegaron unos seis manganis a las cercanías de la casa de los Clayton, y entre ellos la única hembra era Kala. Kerchak decidió esperar a que el hombre saliera de la casa porque, si estaba ahí, la vara negra seguramente mataría al que se atreviera a pasar.

Esperaron un rato, dieron una vuelta guardando una buena distancia, volvieron al sitio anterior y nada ni nadie se había movido. El sol estaba ya bien alto. Entonces Kerchak primero y Kala siguiéndole los pasos, se asomaron por la puerta que estaba abierta y nada vieron aparte de los restos del fogón apagado. Ellos no sabían que estaban en la cocina. Solo los alertó un murmullo del niño del otro lado de la pared divisoria... En ese momento Clayton volvió en sí y levantó la cabeza, cabeza que medio minuto después volvió a caer porque una

garra de Kerchak apretó el cuello y terminó con la vida del hombre.

Mientras tanto Kala había descubierto al bebé y, sin más, lo levantó mientras dejaba en la cuna el cuerpo de su hijito muerto. Kerchak quiso arrebatarse al niño pero ella lo defendió con gran energía y el jefe se lo dejó, porque recordó la vara negra que deseaba conocer.

Kala salió con el niño en sus brazos y se alejó rápidamente, antes de que el otro se acordara y tratara de quitárselo. Así se realizó la protección que John Clayton, el padre del niño, implorara en la oración que escribió en la última entrada del diario de su expedición.

Kerchak descubrió el fusil colgado en la pared y rápidamente lo tomó pero, temeroso, enseguida lo soltó; otra vez y con mayor cuidado lo tomó y empezó a tocarlo y a darle golpes por los costados a ver si se movía; lo miró desde arriba y descubrió el orificio del cañón, y trató de meter por él un dedo que no entró; luego agarró el arma por la culata y, como era dura, la golpeó con más fuerza varias veces; al fin descubrió el gatillo, trató de sacarlo tirándolo pero, como no salía, se fue poniendo furioso y lo presionó fuertemente y, así ¡claro que disparó!. Ninguno estaba al frente, pero Kerchak supo que esa vara, si la molestaban mucho, se ponía furiosa y empezaba a matar. Entonces salió y la tiró con fuerza hacia la selva, para que se muriera sola.

Al salir, Kerchak vio que había algo que se escondía debajo de una piel rara. La retiró con fuerza y miró el cuerpo de la mona blanca y supo que estaba muerta. Ahí la dejó. Todos los acompañantes salieron rápidamente y corrieron a esconderse detrás de los árboles. Cuando pasó un rato volvieron, porque querían mirar más cosas, pero no pudieron abrir la puerta que ellos mismos cerraron sin darse cuenta, en el afán de escapar.

Así quedó esa cabaña sólida y segura, morada final del matrimonio Clayton, convertida en su propia tumba.

Kala trasladó todo su amor maternal, exactamente igual, como instinto de la naturaleza, al hijo de la mujer muerta. Su cuerpo proporcionó el alimento y ella lo llamó Tarzán, que en lengua mangani significa 'piel blanca'.

El hijo blanco de Kala crecía poco y era muy torpe para trepar, así se tratara de un pequeño tronco. Llegaron hermanos menores y en poco tiempo superaron a Tarzán en tamaño y en las habilidades de la especie, sin que esto fuera ningún obstáculo para el amor y dedicación de Kala al cuidado de su hijito adoptivo.

Su marido Tublat le insinuó que lo dejara en la selva, lejos de la familia mangani, porque era un estorbo para los viajes, y ella le dijo que no, que si la querían obligar a dejarlo, ella se iría a buscar otra familia. Como todos los adultos de la tribu querían mucho a Kala, Kerchak y Tublat aceptaron plenamente la adopción del pequeño Tarzán.

Con los primeros hermanos que nacieron después de él, Tarzán empezó a ejercitarse en el asunto de trepar a los árboles. Apenas el menor lo superaba en altura y por supuesto en fuerza, Tarzán trepaba sentado sobre el cuello de ese hermano tratando de agarrar con sus manos el tronco de los árboles. Así descubrió que podía agarrarse de los que tenían la corteza áspera, pero no de los lisos. También practicó el agarre con los pies, mientras trepaba abrazado a la cintura del hermano, empujando con sus pies contra el tronco. Después practicaba estando solo, usando las manos y los pies, hasta que llegó a lograrlo como los otros. Siempre buscaba un árbol de corteza apropiada, aunque tuviera que alejarse o dar un rodeo para subir a la copa, porque ya arriba no tenía ningún problema. Además él veía y calculaba los saltos para llegar de un árbol a otro, mejor que sus

hermanos.

La gran ventaja apareció un día, cuando tenía algo así como siete años, un día que Tarzán andaba por la selva con un amigo mucho más joven pero de su misma altura.

Distraídos buscando pequeños frutos, se descuidaron y sólo supieron del peligro cuando una leona dió el grito de cazadora, segundos antes de lanzarse sobre él. Tarzán estaba al borde de un pozo profundo, y nadar no es una costumbre ni habilidad de los mangani, que únicamente por necesidad lo hacen, de modo que no lo había intentado nunca. En un segundo vio las dos opciones: o tirarse al pozo o tratar de huir por la selva. Esta última sería un fracaso dada la velocidad de los leones para alcanzar su presa, así que, sin más, se lanzó al centro del pozo y se hundió mucho, mucho... Mientras bajaba recordó cómo había visto hacer a un lobo en otro lugar y comenzó a mover brazos y piernas, con la cabeza hacia arriba, según recordaba, tratando de subir; y finalmente pudo sacar la cabeza y respirar. Miró a su alrededor y vio que la leona había dado caza a su amigo. Entonces, sin salir del pozo, dio el grito de los mangani.

Enseguida se escucharon las respuestas. La leona optó por huir y pronto llegaron los miembros de la familia; sobre todo Kala, que había reconocido el tono particular de su hijo blanco, llegó corriendo. Tarzán se sentía muy bien después del baño y ahí mismo hizo una demostración de cómo podía atravesar el pozo. Kala se sintió muy nerviosa de todos modos, pero se alegró de que ese peligroso ejercicio lo hubiera salvado.

La inteligencia humana de Tarzán se convirtió en una gran fortaleza para su familia mangani. Ninguno sabía por qué, pero todos estaban orgullosos de él.

.....

## **Información sobre las publicaciones de Tarzán**

*Muchas, muchas más y nuevas aventuras de Tarzán que el autor escribió, nos han llegado por todos los medios de comunicación.*

*Cuando yo las leí como libros de solo texto, no existían aún las tiras del periódico dominical, con las imágenes y los diálogos de "Tarzán de los Monos" que en su momento fascinaron a la gente mucho más joven que yo.*

*Por mi parte nunca olvidé la foto de la casa de los Clayton al pie de la selva, casa que mi imaginación de niña dejó impresa en mi memoria desde la lectura del relato de Edgar Rice Burroughs en los años cincuenta del siglo pasado.*

\*\*\*\*\*

Fin de

**NACIMIENTO Y ADOPCIÓN  
DE TARZÁN DE LOS MONOS.**

## HISTORIA DE TRES SABIOS



Relato basado en la historia bíblica de los Sabios del Oriente.

*Esta historia es el resultado de muchas pesquisas acerca del origen de tres misteriosos visitantes que llegaron a Belén hace unos cuantos años (...por lo menos veinte veces cien años...), y que muchas abuelas alrededor del mundo siguen repitiendo, con múltiples variaciones más o menos inventadas.*

*Pero siempre son los mismos personajes con los mismos nombres, y los niños siempre siguen creyendo y, cuando se hacen grandes y tienen niños, siguen contando la misma historia a los nuevos niños.*

*Sin duda, es una historia de verdad importante.*

### **Gaspar**

Corría la época más pacífica del Imperio Romano. No había guerras grandes, porque las peleas entre vecinos y los altercados entre pueblos, esos nunca han faltado, pero no se llamaban guerras aunque a veces sí que producían muertos. Según el conteo de años que los romanos hacían desde el inicio de su Imperio, iban por el 740 cuando comienza esta versión de la historia:

En Atenas, la ciudad más grande y poderosa de los griegos, estudiar para comprender el mundo era la más importante de todas las actividades de los hombres inteligentes y ricos. Los niños inteligentes, aunque fueran pobres, cuando escuchaban hablar a los maestros de los descubrimientos que hacían y de la ciencia que ellos mismos construían, se emocionaban y comenzaban a seguir aunque fuera de lejos esas enseñanzas.

Como la pobreza sola no produce el alimento, esos niños y jóvenes que tenían que ayudar en el sostenimiento de sus familias, se turnaban para asistir a las discusiones de los sabios y, en cuanto tenían tiempo, se comunicaban entre ellos lo que habían aprendido, hasta que, para los más estudiosos y trabajadores, llegaba el momento en que alguien adinerado que los había visto y había seguido sus progresos, les ayudaba para que dedicaran todo su tiempo al estudio.

Uno de estos niños, a quien sus padres llamaron Gaspar, con la ayuda que recibía a través de los maestros, tanto para el

crecimiento de su inteligencia como para el sustento de su cuerpo, aprendió elementos de geometría, de física, de geografía y otras cuestiones, pero sobre todos los temas, lo entusiasmaban las conversaciones de filosofía que escuchaba y que le enseñaban a pensar, así como las discusiones relacionadas con el comienzo del mundo.

Gaspar siempre preguntaba por el origen de todas las cosas y a ratos los maestros no sabían qué responderle. Hasta que uno de ellos le aconsejó que preguntara a los que estudiaban acerca de los dioses del Olimpo, que tal vez ellos responderían mejor a sus inquietudes.

Ese estudio era muy confuso, había muchos dioses que hacían distintas cosas, aunque Zeus era más grande que todos y los mandaba a todos. Finalmente Gaspar supo que era Zeus quien había creado el mundo.

Este conocimiento lo alegró mucho; para él era claro y le pareció muy bien. Pero luego aparecieron en su mente las preguntas sobre lo que Zeus pensaba de por qué había hombres buenos y hombres malos, y también por qué los otros dioses no eran todos buenos. Y en muchas discusiones Gaspar llegaba a pelearse con otros jóvenes y los maestros lo regañaban y lo hacían callar.

Por un tiempo regresó a su vida de antes, a observar cómo su padre había trabajado y seguía trabajando para todos los miembros de su familia y los quería a todos y, aunque no eran ricos, vivían con lo suficiente para no tener hambre y se sentían bien.

Gaspar se dedicó a pensar en Zeus siguiendo el camino de comparar a Zeus con su padre y al mundo con su casa y su familia. Fue llegando a conclusiones propias y a un gran deseo de conocer a Zeus y de saber qué quería Zeus que él hiciera, porque sin duda eso tenía que ser lo mejor..., aunque le hacía

dudar el poco interés de los filósofos en estos temas.

Así llevaba casi dos años de estudio y reflexión sobre el amplio asunto de los dioses y muchos otros seres del Olimpo, algunos realmente malos o cuando menos muy desagradables.

A los veinticinco años, cuando tenía tiempo, Gaspar acostumbraba ir al puerto del Pireo, a pensar allí, sentado frente al mar. Un día vio que un hombre caía al agua desde un punto elevado de un barco en el que hacía alguna maniobra. El hombre se hundió, pero unos minutos después salió a flote y nadó hasta la playa. Gaspar inmediatamente se acercó para ayudarlo a salir. El hombre, cansado, se estiró sobre la arena para secarse al sol.

Gaspar esperó un poco a que su nuevo amigo se recuperara y, luego de las respectivas presentaciones, sabiendo ya que se trataba de un judío, se interesó doblemente e inició con él una conversación sobre los dioses. El judío le dijo que ellos tenían un único dios y que el pueblo judío era el pueblo de ese dios y que, además, no había ningún otro dios.

Gaspar se quedó pensativo. 'Eso significa que ellos creen que hay un único dios y que el pueblo judío es su pueblo. Pero si es un dios único, todos los pueblos son suyos; entonces puedo pensar que Zeus es el nombre que nosotros le damos a ese único dios, y perfectamente puede ser el dios de todos los pueblos, porque Zeus creó el mundo entero...'

Pero el dios de los judíos no tenía otros dioses subordinados... Entonces se le ocurrió que los encargados de enseñar sobre los dioses en distintos lugares, inventaban cosas para tener a la gente contenta.

También se interesó por conocer la historia de los judíos y preguntó a su nuevo amigo cuándo y dónde había empezado a existir el pueblo judío. Él respondió: 'En Ur de Caldea vivió

Abraham, que fue el hombre elegido por Dios para dar comienzo a nuestro pueblo, hace unas quince veces cien años'.

Gaspar decidió que viajaría a Ur apenas reuniera lo necesario. Quería saber todo lo que fuera posible respecto de ese dios, desde el comienzo del pueblo judío.

En el mismo puerto, Gaspar preguntó sobre caminos para llegar hasta Ur de Caldea y todos le contestaron que lo mejor era ir a Babilonia. Para eso, desde alguno de los puertos de la costa este del Mediterráneo, debía hacer conexión con una caravana. Del Pireo zarparía un barco hacia Tiro dos semanas después de ese día. En Tiro no tendría problema para encontrar lugar en una de tantas caravanas que iban a Babilonia. En Babilonia encontraría información y medios para llegar hasta Ur, en Caldea.

Muy animado, Gaspar dedicó los días siguientes para reunir el dinero y las cosas que necesitaría para el viaje. Con el fin de incrementar sus pocos ahorros, les habló a los maestros de Historia y Geografía que lo conocían, acerca de su proyecto de aprender sobre el dios de los judíos. Ellos le ayudaron porque les interesaba el tema de Abraham y del inicio del pueblo hebreo. También su padre lo apoyó con sus sabios consejos fundamentados en algunos viajes que él había hecho a Egipto en su juventud, y le obsequió objetos que sin duda le servirían.

Así provisto, Gaspar separó un lugar para viajar en el barco indicado y reunió todos los escritos judíos que estaban a su alcance. Con ayuda de un lingüista, tradujo las partes que le parecieron más importantes y mejoró sus muy escasos conocimientos del hebreo. Listo su equipaje, la víspera de la salida del barco se despidió de sus padres y hermanos y se dirigió al Pireo.

### **Melchor**

La India, país asiático muy grande y muy poblado, tenía la

religión más antigua del mundo, el hinduismo, que no era la única ni se conservaba como en sus comienzos, cuando su único dios, Brahma, amaba a sus fieles y sus brahmanes eran buenos con todos, incluso con los pobres e inferiores.

Según las doctrinas del hinduismo, todos los hombres se catalogan en cuatro castas, de acuerdo con su nacimiento. De la casta en la cual cada uno nace no puede escapar mientras viva.

Los hijos heredan la casta de sus padres. La casta más elevada es la de los Brahmanes, o sacerdotes del dios Brahma, quienes, en el tiempo de nuestro relato, se habían vuelto poderosos y exigían casi adoración de parte de los demás hombres.

La doctrina fundamental del hinduismo brahmánico es la reencarnación. Esta doctrina enseña que la vida es una rueda que continuamente repite el ciclo de nacer, vivir, morir y renacer... para repetirlo y repetirlo. El renacimiento de un hombre puede darse en una casta más alta o más baja, o incluso en forma de un animal... eso depende de cómo haya vivido la vida anterior. Por esta razón, los brahmanes enseñaban que era necesario el sacrificio, y exigían muchos sacrificios a quienes estaban en las castas inferiores.

Con el paso del tiempo, muchos hombres y mujeres habían llegado con sus familias a la India, trayendo con ellos a sus dioses, algunos fabricados por ellos mismos y se arrodillaban ante esos dioses para adorarlos y hacían sacrificios en su honor.

Tales dioses familiares podían ser horrorosos y desagradables, pero cada grupo los cuidaba porque creía que esos muñecos de barro o de madera o de metal no solamente los protegían, sino que también podían hacerlos morir horriblemente.

En ese mundo tan tremendamente complicado y tenebroso, las gentes pobres vivían muy mal. Si creían en Brahma estaban siempre aterrorizadas, siempre con hambre, siempre sometidas

a los caprichos de los hombres de las castas elevadas. Si no creían en Brahma, sus propios dioses horribles y vengativos los mantenían temblando de miedo irracional e imaginario, pero no por eso menos espantoso.

Por el mismo tiempo que Gaspar en Grecia, en la India vivía Melchor, un hombre de treinta años, brahmán hijo de un brahmán que habitaba con su familia en un palacio lleno de comodidades.

Sin embargo Melchor estaba en desacuerdo con las enseñanzas del hinduismo y con las injusticias que sufrían los pobres. Él decía en público que odiaba ser brahmán y que quería morir y reencarnar como paria, que era la casta más baja. Los otros brahmanes estaban furiosos con él y querían matarlo.

Cuando supo que de veras tramaban su muerte, Melchor, sin pensarlo dos veces, salió esa misma noche del palacio de su padre vestido como un pastor y llevando algún dinero. Sin hacer ruido, comenzó a caminar hacia el occidente, en donde, según había escuchado, existían lugares habitados por gentes que adoraban a un dios único que no tenía castas y en los que se podía vivir con sencillez. Eso era todo lo que sabía.

Llevaba dos semanas caminando y había pasado por diferentes lugares habitados, esquivando las ciudades grandes y los sitios ostentosos, cuando llegó a un pueblo pequeño. Entró en una posada en busca de alimento y fue servido. En ese momento consideró que ya podría considerarse en el occidente del país, entonces preguntó al joven si en ese pueblo todos eran hinduistas, o cuál era la religión de la mayoría de la gente. El joven le contestó que había tres grupos distintos pero que no tenían problemas entre ellos, porque todos eran pobres.

Luego le dijo:

— En mi familia creemos en el Dios Altísimo, y aprendemos de

nuestros maestros las enseñanzas de un gran maestro que vivió hace muchos, muchos años en Salem...

Melchor quiso conocer a la familia del joven y preguntar en dónde podría encontrar a alguno de esos maestros...

— Los maestros de la fe en el Dios Altísimo vienen periódicamente, pero el lugar en donde vive un grupo grande, y de donde salen y a donde vuelven todos los que viajan enseñando, es la ciudad de Ur, en Caldea, cerca de Babilonia, porque allá nació el jefe que hizo un pacto con el Dios Altísimo —le contestó el padre del chico de la posada.

Melchor fue enseguida al mercado para preguntar sobre alguna caravana que saliera para Babilonia. Esa misma tarde quedó todo acordado para partir a la madrugada y alcanzar a la caravana que pasaría por la ciudad próxima. Volvió a la posada y le pidió al muchacho que lo acompañara a comprar lo que debía llevar para el viaje a Babilonia.

### **Baltasar**

Treinta y ocho años antes de los hechos que nos ocupan, nació Baltasar en Alejandría, ciudad de Egipto, en el seno de una rica familia de mercaderes. El padre se preocupó por dar a su hijo una esmerada educación y contrató para ello a un viejo y afamado maestro que, durante sus años de madurez había servido como maestro en la corte del faraón.

Con el maestro contratado por su padre, Baltasar aprendió a buscar la historia de Egipto grabada para todos, en los muros, en los monumentos, en los obeliscos, en las portadas y en toda superficie de piedra que se mantuviera erguida a lo largo del tiempo. El maestro la llamaba 'la memoria de Egipto'.

Esa memoria era la forma inventada por el pueblo egipcio para transmitir a quienes vendrían después, lo que en cada época

habían vivido los hombres de esa misma época.

Posiblemente los primeros en hacerlo convocaron a otros que habían presenciado los mismos hechos y, con ayuda y sugerencias de ellos, iban generando signos y símbolos y grabándolos en la piedra, para cada acontecimiento, de modo que todos podían reencontrarlos y reconocerlos y enseñarlos a sus hijos.

En la siguiente generación siempre aparecían nuevos hechos y nuevos relatores para grabar la memoria de esos hechos. Los relatores utilizaban los mismos signos con el mismo significado que los de grabados de épocas anteriores.

Egipto no practicó el antiguo oficio de perpetuar la historia como tradición oral, sino con sus signos y dibujos sobre la piedra. Estos signos y dibujos siempre eran aprendidos por enseñanza directa y casi espontánea, por los jóvenes que se interesaban y preguntaban a los adultos, y siempre los había.

En los últimos tiempos, el manejo de los papiros y el invento de las tintas estaba cambiando la forma de grabación de la memoria colectiva egipcia. Era la escritura de los nuevos hechos, realizada sobre hojas de papiro, con los mismos símbolos que habían sido creados por el pueblo a lo largo de su historia.

De esta manera Baltasar, después de doce años de recorrer todos los lugares habitados a lo largo del Nilo en los que existían inscripciones sobre piedras, supo de un pueblo que había sido esclavizado en Egipto por un faraón que se negó a dejarlo salir cuando Moisés se abanderó de esa tarea; supo que el dios de Moisés y de su pueblo había castigado repetida y duramente al pueblo egipcio, y también supo que ese pueblo había llegado a Egipto en una época de hambre que los egipcios pudieron sobrellevar gracias a la buena interpretación de un sueño del faraón que hizo José, un extranjero que vivía en la

corte egipcia y que era nieto de Abraham, quien había sido amigo del faraón de su tiempo.

José había animado al faraón a guardar mucho alimento, pues llegarían siete años de terrible sequía... Todo esto lo aprendió Baltasar en las paredes de las ciudades de Egipto. Además buscó inscripciones relativas a la amistad de Abraham y el faraón, y encontró que Abraham, originario de Ur de Caldea, había apoyado al gobernante egipcio en guerras con los vecinos y lo había ayudado a ganar. También supo que, más tarde, el mismo Abraham había llegado a ser el padre del pueblo hebreo, mediante un pacto con ese mismo dios que, muchos años después, en el tiempo de Moisés, los había protegido tanto.

A Baltasar le interesó mucho esa historia cruzada de amistad con el padre y enemistad con su descendencia, de dos faraones de su propio pueblo y, sobre todo, quiso saber sobre ese dios único, terrible, misterioso, sin nombre conocido, pero paternal con un pueblo de esclavos... Entonces quiso conocer la tierra de Abraham.

Enseguida buscó un barco que lo llevara a una ciudad de la costa fenicia desde donde pudiera ir a Babilonia en una caravana. De allí a Ur, sin ninguna duda encontraría transporte.

Pocos días después, Baltasar abordó un barco que zarpaba rumbo a Tiro. ....

*Gaspar de Grecia, Melchor de la India y Baltasar de Egipto: Tenemos, pues, los personajes elegidos entre todos los posibles, como los tres viajeros encargados de divulgar los hechos que vivirían durante los dos años siguientes al día en el que Gaspar se embarcó con el propósito de llegar a Ur de Caldea. Estos personajes cumplieron muy bien su tarea porque hoy, más de dos mil años después, en muchas familias del mundo se habla de ellos y se los recuerda con amor. Sigamos con ellos. ....*

## Viaje a Babilonia

Sucedió que Gaspar y Baltasar se encontraron en Tiro, cuando preguntaban por alguna caravana hacia Babilonia. Baltasar conocía el idioma griego y también el fenicio, así que rápidamente pudieron comunicarse y, de común acuerdo, comenzaron a preparar los elementos necesarios para la caravana que se esperaba para dos o tres días después. Por consejo de personas de cierta cultura relativa al tema, llegaron a la conclusión de que les sería mucho mejor comprar sus propios camellos a un vendedor honesto que tenía su domicilio en las afueras de la ciudad.

Allá fueron y, con la larga experiencia de Baltasar en el asunto de viajar por el desierto, compraron dos bellos animales junto con los pertrechos más aconsejables para Gaspar, que no sabía nada al respecto, y volvieron a Tiro montando sus camellos. Luego, buscando el lugar apropiado para dejar sus animales, hallaron a un joven amable y sonriente que tenía ese negocio y los dejaron en sus manos. Gaspar observó que Baltasar acariciaba con ternura a los camellos y que ellos le correspondían con sus caras bondadosas. Siguieron en busca de alguna ropa apropiada y de la comida necesaria para los días de viaje hasta la siguiente parada, que sería Halab.

La travesía, incluida la demora por el paso del río Éufrates, se tomó dos semanas hasta llegar a Babilonia, la gran ciudad y centro comercial del mundo conocido. Durante este tiempo, la amistad entre los dos viajeros que iban para Ur en busca de conocimientos relacionados con Abraham, se hizo muy fuerte y sus inteligencias se enriquecieron mutuamente con la visión desde los diferentes ángulos que sus respectivos mundos e historias les proporcionaron.

Ambos coincidieron en que el máximo interés de cada uno era la verdad que se ocultaba en ese dios del pueblo hebreo.

Querían conocerla desde el comienzo. Por eso no se dirigieron de una vez a Jerusalén, lugar central del judaísmo. Su primer destino era Ur, en Caldea: el lugar del nacimiento de Abraham.

El enorme patio de llegada y salida de caravanas de Babilonia era un hervidero de personas y animales, de gritos y sonidos en todas las frecuencias audibles y no audibles, llamados en todos los idiomas, ofertas de comida, de hospedaje, de guías, de guarda de monturas, entre otros...

Baltasar lo veía todo con una mirada comprensiva. Él había tratado gentes de todos los lugares, entendía lo más importante para la ocasión y, antes de decidir dónde quedarse, esperaba con calma para distinguir los gestos confiables de los niños, que solían ser el mejor puente hacia lugares sencillos y honestos, posiblemente sus propios hogares o el de algún vecino que recibía huéspedes.

Así que Baltasar habló con Gaspar sobre la opción de informarse, antes de buscar alojamiento, sobre cuándo encontrarían una caravana que viajara a Ur y Gaspar estuvo muy de acuerdo. Para él Babilonia se presentaba como un sitio terriblemente difícil y el exceso de contactos físicos con gentes de tantos tipos, vestimentas, aspavientos y lenguajes sobrepasaba sus posibilidades de encontrar buenas respuestas a sus preguntas que pocos entenderían...

Baltasar le hizo a un chico seña de acercarse y le preguntó sobre hospedaje y sobre un buen lugar para sus camellos. Él le contestó con cara muy sonriente que sí, que su madre tenía buenas camas y cocinaba muy bien, que él podía llevarlos. Además le dijo que él se llamaba Katro y también que tenía un amigo en el negocio de guardar camellos. Baltasar le contestó que irían a su casa, pero antes necesitaban saber de caravanas para Ur. Katro le pidió con un gesto que lo esperara y salió corriendo; ellos lo perdieron de vista a los dos minutos.

—No dudes ni un instante de que el chico vuelve con noticias completas, —dijo Baltasar casi en el oído de su amigo. Añadió:

—Solo miremos este paisaje y esperemos.

Gaspar miró 'el paisaje' y solo pudo reír del símil. Sin embargo se entretuvo observando los nudos y las ondas que se formaban en la superficie de cabezas, hombros, espaldas y bultos... del gentío. Siempre alguien o algo inicialmente invisible, era el causante de cada cambio en esa marea incansable...

Un toque de Baltasar con el codo le mostró a Katro saliendo a empujones por entre dos hombres grandes:

"Están esperando que llegue una caravana que viene del Punjab y mañana sale para Ur. Si quieren esperarla, vamos primero a dejar los animales y luego yo los acompaño para ayudarles a llevar el equipaje", dijo Katro sin respirar siquiera. Fueron a dejar los camellos y a recomendar especialmente al joven que los cuidara bien.

Gaspar observó de nuevo el amor de Baltasar por los camellos. Cómo acariciaba sus cabezas antes de separarse de ellos.

En un lugar menos concurrido del mismo enorme patio, hombres y niños esperaban la caravana de la India. Ya habían llegado los primeros oteadores diciendo que en una hora estaría entrando y que al otro día descansaría en Babilonia y al siguiente saldría para Ur con otros guías. Baltasar se acercó para preguntar si podían registrarse para la salida del día subsiguiente. El hombre le dijo que sí, pero le aconsejó esperar al guía para que se conocieran.

### **Encuentro de tres**

Dos noches antes de aquella en la cual Baltasar y Gaspar esperaban en Babilonia, nuestro conocido Melchor durmió

profundamente y tuvo un sueño muy especial. Al despertar sabía que había soñado algo importante, pero no lograba recordar ninguna imagen; solo oía y repetía la voz que le dijo: "son dos... los encontrarás en el patio..."

Al día siguiente su viaje continuó con lentitud, porque estaban en tierras muy habitadas y continuamente tenían que parar por situaciones imprevisibles de niños con animales que se atravesaban o de gente que gritaba pidiendo limosna y que podría resultar herida por alguno de los camellos... todas esas cosas que pueden pasar en las cercanías de una ciudad grande y llena de gente de todos los colores, edades, lenguajes, oficios, sufrimientos...

El último día fue menos congestionado gracias a la acción de vigilantes puestos por las autoridades para evitar conflictos. La caravana con la cual viajaba Melchor entró al patio de Babilonia antes de que oscureciera.

Lo primero que Melchor vio fue a un joven con un turbante rojo que arrastraba dos cabras...

—'¡Ah, mi sueño!... ¡ese muchacho estaba en mi sueño, yo lo vi!'... —decía en voz alta, pero nadie pareció entenderle. Luego preguntó a un chico más pequeño que estaba por ahí:

— ¿Dónde estoy? —a lo que el chico, que no era otro que Katro, respondió en el mismo idioma:

— En el patio de las caravanas de Babilonia.

Melchor entonces gritó emocionado:

— ¡En el patio!... ¿en dónde están ellos?...¡son dos!... ¡Tengo que encontrarlos!

Katro volvió a contestarle en su idioma:

— Yo tengo dos que van para mi casa. Venga —y se acercó a nuestros amigos con Melchor a su lado.

Baltasar le preguntó quién era el recién llegado y Katro le dijo:

— Es uno que busca a dos —y añadió:

— yo creo que esos dos son ustedes.

Así, los tres viajeros cuyo deseo común era llegar a Ur se reunieron para hacer el viaje desde Babilonia. Melchor resultó ser un compañero muy tratable y simpático, a la vez que hombre instruido como brahmán e hijo de brahmán, pero sencillo como cualquier hombre del pueblo de Egipto o de Grecia. Los tres se hospedaron en la casa de la madre de Katro.

Baltasar y Melchor comprendían el árabe, Baltasar y Gaspar comprendían el griego, Gaspar y Melchor no tenían un lenguaje que ambos pudieran comprender. Pero todos tres, como hombres cultos, sabían algo de hebreo, conocimiento que comenzó a crecer por intercambio entre ellos mismos durante los días que faltaban para llegar a Ur, en donde volverían a plantearse el tema del idioma.

Con las noticias de Melchor sobre la comunidad de los maestros del Dios Altísimo en Ur, y el hecho de que Abraham fuera nacido en Ur, pensaron que muy probablemente el dios de Abraham era el mismo Dios Altísimo. Entonces tenía que ser el dios de Moisés.... Era importante conocer las relaciones entre esos dioses y el pueblo de los hebreos, por un lado y, asimismo, las gentes de muchos pueblos que no eran hebreos pero en donde esos maestros también enseñaban.

Gaspar estaba muy interesado. El final de sus reflexiones fue así: 'Si el Dios Altísimo es el mismo dios de Moisés, entonces Zeus, como único dios, es también el mismo dios de Abraham y de Moisés, porque al fin y al cabo los otros dioses griegos no son en realidad dioses sino colaboradores de Zeus. Luego... Si Dios es único, tiene que ser el mismo para todos, aunque los hombres en los distintos lugares le den nombres diferentes'.

Gaspar se sintió contento con esa conclusión.

### **En Ur de Caldea**

Finalmente llegaron a Ur. Una ciudad grande con un zigurat o templo muy alto dedicado a la diosa luna, situado en el centro y rodeado por muchas construcciones de diferentes tamaños. Como siempre, aparecieron niños en el patio de llegada de las caravanas y rápidamente los condujeron a una buena casa en la que podrían permanecer mientras encontraban a las personas que buscaban. Sus camellos fueron llevados al lugar apropiado y sus equipajes llegaron con ellos a la casa en donde descansarían un poco. El idioma más utilizado era el árabe, puesto que los viajeros no entendían el caldeo.

Pronto entraron en confianza y comenzaron a preguntar por maestros religiosos. Las personas les contestaron lo que sabían, pero, para que fuera mejor la conversación, buscarían a otros que hablaban mejor el árabe y que conocían más a los extranjeros que vivían en la ciudad... Comieron y poco después se durmieron profundamente. Habían llegado muy cansados.

Al día siguiente, después de cortas pesquisas, encontraron la casa de los maestros que enseñaban sobre el Dios Altísimo. Entre ellos había uno que hablaba el griego y varios que hablaban el árabe y también el urdu, que era el idioma natal de Melchor.

Los maestros no vivían en esa casa. Un joven se quedaba en ella cuando no había ningún maestro, para atender a quienes llegaran. La casa tenía solamente dos salas amplias y dos pequeñas, todas dedicadas a la enseñanza y a reuniones fraternales con la comunidad de todos los vecinos y amigos que quisieran participar, independientemente de si compartían o no la fe en el Dios Altísimo.

Les explicaron que la enseñanza de la doctrina del maestro, más la organización y participación en esas reuniones fraternales con la comunidad, era la función sacerdotal que ellos ejercían.

Gaspar, Melchor y Baltasar decidieron continuar en la casa en donde ya estaban hospedados, al menos por un corto período, y dedicar todo el tiempo al estudio de las enseñanzas de los maestros del Dios Altísimo.

### **Enseñanzas y aprendizajes**

Pasó algo más de un año. Nuestros tres amigos habían aprendido y adoptado como directriz de sus vidas las enseñanzas que, aunque olvidadas por largo tiempo, habían sido rescatadas. Provenían de un gran maestro que había vivido en Salem en el tiempo de Abraham, más de diez veces cien-años antes. Varios siglos después de la muerte de Abraham y de la partida del Maestro, los últimos maestros seguidores de sus enseñanzas las habían dejado escritas y escondidas en Ur, antes del cautiverio del pueblo hebreo en Babilonia.

Tales escritos habían sido descubiertos por algunos cautivos, ayudados por personas del pueblo, quienes sabían del Maestro y sus escuelas por las tradiciones orales de sus antepasados, y quisieron revivir sus enseñanzas.

Los maestros que se quedaron no eran hebreos, porque todos los hebreos ansiaban volver a su patria y se fueron en cuanto Persia conquistó Babilonia y les devolvió la libertad, seguros de que en Palestina podrían continuar viviendo según las enseñanzas del Dios Altísimo. Se quedaron los de Ur y se propusieron vivir de acuerdo con el 'Evangelio de Salem', y continuar la misión de enseñar la maravillosa doctrina del Maestro que había hablado con Abraham.

Estos maestros contaron que en los últimos meses anteriores a la llegada de nuestros tres amigos, se venían produciendo señales especiales en los sueños de muchos alumnos, de algunos maestros y de gente amiga.

En todos esos sueños se hablaba de que el día prometido estaba por llegar. Que nacería la Luz de la Vida para todos los pueblos. Que en el pueblo hebreo un niño mostraría el camino hacia Dios.

Una tarde, sentados en la conversación habitual del final de cada día, Baltasar, Gaspar y Melchor miraban caer la luz y comenzar la noche. Una estrella brilló y pronto a su lado, casi tocándola, otra brilló más fuertemente.

– ¡La señal! –dijo Baltasar–; esa nueva estrella es una señal.

– Yo también creo que es una señal para nosotros. Debemos regresar –dijo Gaspar.

– Esperemos –dijo Melchor, porque él había recibido en un sueño la señal muy clara del encuentro con sus amigos y esperaba otra similar para regresar.

– Cuando recibamos esa señal más clara que nos diga para dónde debemos ir, inmediatamente nos vamos –afirmó.

De momento se fueron a dormir. A la mañana siguiente, el padre de la familia que los hospedaba se levantó temprano y los llamó para decirles:

– Es hora de marchar. La Luz de la Vida está por nacer en el pueblo hebreo. Id a Jerusalén.

– Y ¿por qué nos dices esto? –preguntó Melchor.

– Porque anoche soñé que una voz me decía desde lo alto: '¡Llama a los viajeros y diles esto!', y lo repitió dos veces.

– Entonces vamos ya. ¡A Jerusalén! Saldremos en la primera caravana –confirmaron ellos.

Sus camellos estaban gordos y descansados. Su equipaje listo. Sus corazones alegres y seguros. Así salieron de Ur, después de agradecer y despedirse con promesas de enviar mensajes de todos los sucesos. Los maestros les dijeron que en Jerusalén podían presentarse como sacerdotes de Ur, que no había ninguna mentira en ello. Que tenían derecho a ese título.

En Babilonia tuvieron que esperar un día completo. Volvieron a la casa de Katro y con él fueron a buscar regalos para la madre del niño que estaba por nacer.

El viaje a Jerusalén no tuvo demoras. En dos semanas y un día entraron en la ciudad. Habían acordado presentarse como sacerdotes de Ur y buscar a un niño recién nacido que llegaría a ser rey espiritual de los hebreos. Suponían que todos los hebreos lo tendrían que saber. Un joven se ofreció a llevarlos al palacio de Herodes, el rey actual, quien seguro les daría las indicaciones, porque nadie que él conociera sabía nada de un niño rey.

### **El momento esperado**

Herodes los recibió. Escuchó su relato de la estrella nueva que vieron. Tuvo miedo de que un recién nacido pudiera quitarle su trono, pero lo disimuló y les dijo que preguntaran y que cuando lo encontraran volvieran para que él también pudiera ir a adorar a ese rey espiritual. Les dio una bolsa con dinero para sus gastos y los despidió con mucha cortesía.

Ellos fueron a varios sitios en donde habían nacido niños recientemente, pero nada les indicaba que era el que buscaban. Estaban seguros de que lo sabrían sin dudar. Alguien les dijo que si había nacido un niño varón, sus padres debían llevarlo al Templo para presentarlo. Que se acercaran. Así fue como llegaron al Templo y Zacarías, el sacerdote, les dijo que el niño esperado debía nacer en Belén. Y para allá los mandó, seguro de que se trataba del hijo de María, la prima de su esposa Isabel.

Jesús había nacido en un pesebre en Belén, porque el pueblo estaba lleno y no hubo lugar en ninguna posada. Tres días después, un conocido de José que vivía en Belén supo que la esposa de su amigo había dado a luz a un niño en las afueras de la ciudad. Fue a buscarlos y los llevó a su casa.

Tres semanas después del nacimiento, Gaspar, Melchor y Baltasar llegaron a la casa en donde estaban José y María con Jesús. Al verlo sus corazones se emocionaron. Se inclinaron profundamente en señal de adoración y gran respeto y dejaron a los pies de María los obsequios que traían de Babilonia. Se levantaron seguros y felices porque habían contemplado 'La Luz de la Vida'.

Esa noche caminaban hacia Jerusalén cuando los alcanzó un joven pastor y les dijo en voz baja: "No vuelvan al palacio de Herodes. Él quiere matar al niño. Salgan por otro camino".

En ese punto se detuvieron, hablaron un rato y decidieron dedicar sus vidas a enseñar el Evangelio de Salem, mientras crecía el niño, porque sin duda ese Maestro había venido antes para abrir y preparar los corazones que quisieran recibir la Luz de la Vida que acababa de nacer. Los tres viajaron a Egipto con vestiduras simples. Allí planearían su trabajo futuro.

En Egipto permanecieron juntos dos años. Fundaron una escuela para enseñar el Evangelio de Salem acerca de la fe en el Dios único que es Padre amoroso de todos los seres humanos.

Cuando cumplieron los dos años, Baltasar decidió continuar el trabajo en Egipto; Melchor y Gaspar se separaron para ir a sus países y difundir las enseñanzas de Salem y sus propias experiencias entre sus gentes.

Dicen las tradiciones que después estos amigos se encontraban cada año en cierta fecha, en Belén, para recordar y orar juntos, hasta que fueron muy, muy viejos.

Ahora seguimos recordándolos en muchas familias alrededor del mundo, aunque han pasado más de dos mil años de su viaje. Ellos hicieron muy bien su trabajo y nosotros tenemos una buena tecnología que nos ayuda a comunicarnos a pesar del tiempo y las distancias.

\*\*\*\*\*

Fin de

HISTORIA DE TRES SABIOS



# EL BEISBOLISTA



Relato basado en la obra "**The Short-stop**"

**Del autor** Zane Grey. Estados Unidos. 1872-1939

## La familia de Jairo

Cuando comenzamos esta historia, estando a punto de completar un año como obrero en una fábrica de partes para grabadoras por el salario de seis dólares a la semana, Jairo, el mayor de los dos hijos de la familia Miller de la clase obrera de Detroit tenía diecisiete años y se había convertido en el sostén económico de su madre viuda y de su hermano William de quince años, después de que un accidente había acabado con la vida del padre y dejado a William paralítico.

La madre hacía trabajos de aguja y ganaba muy poco, pero entre los dos sostenían a Willy para que continuara estudiando. La vida era dura para todos. Jairo sentía que no era bueno para ese trabajo, que no lograría nunca la habilidad de sus compañeros en el ensamblaje de las pequeñas piezas, aunque se esforzara. Además tenía un problema con su ojo torcido, que le traía malos ratos por sobrenombres y burlas que hacían de él los chiquillos callejeros. No se le ocurrió nunca que sus problemas con las piezas y los tornillos de la fábrica tuvieran relación con ese ojo 'bizco', que era su defecto desde el nacimiento.

De sus días de escuela Jairo recordaba cómo él siempre ganaba en las competencias de correr cien metros o más. El profesor de deportes había dicho en una ocasión a su padre que su hijo era el corredor más veloz que había visto en su vida. Que en ese campo tenía un futuro prometedor.

Esa capacidad de correr le había valido a Jairo el ser muy apreciado en los clubes escolares de béisbol. Siempre que había competencias él estaba en el equipo de su escuela. Era bueno en todos los espacios y posiciones dentro del diamante. Ahí nadie le hacía burla por su defecto. Por lo demás, tenía un cuerpo bien proporcionado, no demasiado alto pero delgado y fuerte, y unos ojos de color miel, solamente ensombrecidos por la falta de simetría.

Era el lunes anterior al comienzo del nuevo año de trabajo. Antes de salir, Jairo le dijo a su madre que ese día le iba a pedir un aumento al jefe. Que no podía seguir así otro año, porque qué vida les esperaba a todos si semejante estado de cosas se volviera su vida adulta y, por consiguiente, la de toda la familia.

La madre solamente le dijo: "¡ay, mi Jairo, ojalá lo obtengas!", pero su expresión no denotaba mucha fe en ese logro.

### **Convenciendo a la madre**

Antes del mediodía Jairo regresó a la casa.

— Volviste temprano, Jairo —dijo la madre.

— Sí, madre. Esta mañana te dije que iba a pedirle un aumento al jefe. Pues lo hice y su respuesta fue una risa de burla y un ¡No! rotundo, a lo que añadió palabras que me humillaron y que otros compañeros escucharon. Entonces dejé el trabajo —explicó él.

A continuación se acercó a ella para decirle que él quería tener su propia empresa; que para eso estaba estudiando antes de que su padre muriera y que había aprendido lo suficiente como para empezar un pequeño negocio que con el tiempo se convertiría en la empresa de la familia.

La madre le dijo que para comenzar un negocio se necesitaba dinero y que ellos solamente tenían deudas.

Jairo le dijo que él sabía jugar bien al béisbol. Que podría jugar por un tiempo, haciendo reemplazos y buscando oportunidades en equipos en donde tuvieran necesidad y pagaran por cada juego, y que cuando hubiera ahorrado lo suficiente montarían el negocio familiar. Que mientras tanto les mandaría lo que pudiera de lo que fuera consiguiendo y que quería empezar ese

mismo día, antes de que se le bajara la fuerza que había sacado cuando el jefe lo humilló.

La madre se tapó la cara con las manos y fue rápidamente a contarle a su hijo menor. Willy había escuchado y no estaba demasiado sobresaltado. Jairo llegó detrás de la madre.

Willy lo miró y le dijo:

— No me agrada que te vayas, pero no tengo ningún temor de que lo hagas para buscar que se cumplan tus proyectos —luego añadió:

— ¡Tú puedes. No abandones tu idea. No la abandones por nada. ¡Yo sé que tú puedes!

Con esto, Jairo sintió que realmente él podía. La madre se enderezó e inmediatamente apoyó las palabras de Willy y dijo:

— Sí, Jairo, ve a buscar la forma de cumplir tu sueño. Yo también creo que tú puedes. No te preocupes demasiado por nosotros. No moriremos de hambre. Eso sí, escribe apenas puedas.

### **El viaje**

Jairo armó un pequeño paquete con lo más necesario. El dinero que había guardado como ahorro para una gran emergencia estaba en monedas cuyo total no llegaba al pago de una semana de trabajo; lo metió en una bolsa, dejando por fuera solamente las monedas de más bajo valor, las cuales se echó sueltas en el bolsillo externo de su chaqueta. La bolsa la metió en el bolsillo interior que tenía como cierre y seguridad un botón. Dio un beso a su madre y un fuerte abrazo a Willy y salió, antes de que en su corazón creciera demasiado la congoja que iba en aumento.

Caminó hasta el final de la calle, se volvió para mirar a su madre que estaba en la puerta y hacerle un adiós con la mano,

dobló la esquina y echó a correr hasta llegar a la vía del tren. Comenzó a caminar paralelamente a ella esperando un tren de carga que no pasara demasiado rápido para que él pudiera abordarlo de un salto. Hacía mucho tiempo que no viajaba y volvió a sentir esa emoción de sus días escolares, cuando se escapaba para ir hasta la ciudad más próxima, darse unas vueltas y luego regresar de la misma forma.

Pasaron dos trenes de pasajeros. Al fin, cuando anoecía, apareció el tren de carga. Iba rápido, pero Jairo sabía que en los vagones que transportaban aceite había más facilidad para agarrarse y subir, de modo que ató el paquete a su cinturón y esperó hasta que vio venir un vagón cisterna con una buena escalinata y una barra no demasiado alta para agarrarse. Así lo hizo y luego, con cuidado, pudo meterse un poco por detrás del cilindro y encontrar un pequeño espacio para sentarse en el piso. Ahí volvió a sus reflexiones y ya no sintió temor. Sabía que vendrían días malos, pero que al fin encontraría cómo salir al otro lado con su proyecto.

Pensó en su madre y en su hermano y volvió a sentirse triste, pero repitió para sí mismo que con lo que hacía preparaba el camino para que todos fueran más felices. Con esta reflexión se le pasó la tristeza. Decidió no pensar en ellos por un tiempo para concentrarse completamente en lo que debía hacer en cada momento.

De pronto el tren disminuyó la velocidad. Jairo se alistó para saltar en cuanto viera las luces del pueblo, pero no había luces sino un aviso de unión de dos vías, así que supo que esperaban el paso de otro tren en sentido contrario. Entonces bajó y rápidamente llegó a los vagones de otro tipo de carga y subió al primero que encontró abierto. Era un vagón que solamente llevaba un poco de paja. Se movió pegado a la pared hasta llegar a la esquina del lado opuesto, la más alejada de la puerta.

Ahí se sintió bien por el calor y el olor de la paja, se acomodó y se quedó dormido por un rato. Despertó cuando el tren se detuvo. Pensó en salir pero oyó hablar y supo que unos hombres subieron. Se escondió en el rincón cuanto pudo. El tren comenzó a moverse. Los hombres no lo vieron y se acomodaron hacia el centro, lejos de él y frente a la puerta. Entraron hablando en tono de pelea. Por las voces supo que eran tres. Que uno, el que hablaba más fuertemente, decía algo en contra de lo que los otros dos querían. Jairo pensó, por la forma de hablar, que el que estaba en contra era negro.

El tren siguió su camino con buena velocidad y los hombres levantaron la voz. Poco después el tren disminuyó la velocidad y los hombres seguían en su discusión. Cuando el tren iba a parar, uno de ellos dijo: "¡Ahora, golpéalo!"; un momento después el tren se detuvo y dos hombres saltaron. Jairo se quedó quieto porque una luz se acercaba por el lado de afuera. Era un revisor de frenos que inspeccionaba. Al llegar al vagón, el revisor iluminó descuidadamente hacia adentro y siguió.

Jairo no tuvo otra alternativa que encogerse en su rincón, pensando que seguramente había un muerto dentro del vagón pero, sin ninguna luz para nada y además, debido al cansancio que tenía, se quedó profundamente dormido. Despertó cuando aparecía la primera y tenue claridad de la aurora y percibió que el tren disminuía en algo la velocidad; entonces se acercó a la puerta para mirar el terreno: un camino polvoriento que bordeaba un espacio enorme también polvoriento. Jairo no dudó ni un momento y, aunque el tren todavía llevaba buena velocidad, se lanzó y sintió la fuerza del viento debajo de sus pies, fuerza que lo sostuvo en el aire mientras caía, casi hasta el borde opuesto del camino. Ahí cayó entre el polvo y comenzó a rodar por el terreno que era ligeramente inclinado. Jairo, completamente acostado, daba vueltas en medio de una polvareda tremenda. Al fin logró presionar talones y codos

suficientemente contra el piso y frenar. Cuando se paró, pensó en el ladrón que quedó en el tren y en que quizás no estuviera muerto y que él, Jairo, habría podido ayudarlo. Pero todo había sucedido como sucedió y esta reflexión le llegó tarde. Así que volvió al camino y empezó a andar.

Unas cuantas casas muy separadas y sin ninguna luz era todo lo que veía. Siguió un poco y el polvo comenzó a convertirse en matorral, y luego aparecieron nuevas casas cuando el sol comenzaba a mostrarse.

Jairo sintió hambre. Desde el desayuno del día anterior no había comido nada, pero solamente en ese momento se daba cuenta de que su estómago estaba urgiéndolo por algo que digerir además de todo el polvo que había tragado en su caída. Entonces una columnita de humo sobre una de las casas le habló de fogón y puchero, y allá se dirigió. Golpeó a la puerta. Una mujer abrió y Jairo la saludó: "Buenos días, señora". Ella, en vez de contestar, dijo para sí misma pero en voz alta: "...mmm,... dijo 'buenos días'... eso no dicen los pícaros", y lo hizo seguir. Era una cocina campesina muy ordenada. Jairo entró, la dama le ofreció una taza de leche caliente con un trozo de pan, mientras le indicaba un asiento. Él comió con mucho agrado. Al terminar le preguntó a su anfitriona cuánto le debía, porque quería pagar el desayuno y aprovechar todo el día para avanzar hacia la ciudad más próxima. En ese momento llegaron el hombre de la casa y un niño de unos siete años, muy vivaracho.

### **El primer juego**

Jairo los saludó, a cada uno de acuerdo con su rango, y luego el padre le preguntó hacia dónde se dirigía. Él le contestó que estaba recorriendo la región en plan de conocerla.

El hombre le dijo que cinco kilómetros adelante estaba Jacktown y estaba de fiesta. Ellos iban para allá.

— ¿Y por qué es la fiesta?

— Porque hoy es el día del 'partido de pelota' (es una forma coloquial de llamar al Béisbol) que va a dejar a los de Brownsville por fuera, porque los de Jacktown son los mejores.

Jairo le agradeció la información, pagó su desayuno y dijo que no los esperaba porque quería llegar pronto al pueblo para conocerlo un poco, antes del partido. Pero que después podrían conversar de nuevo. Así quedaron y Jairo salió con esperanzas de ganarse un reemplazo en el juego, aunque fuera corto, y tener algo de dinero para sus gastos, sin consumir sus tan preciados ahorros.

Al llegar entró en una taberna para tomar un refresco. Lo tomó y se interesó en la conversación de todos los que iban llegando, vecinos de Jacktown, que hablaban de la derrota segura que tendrían sus adversarios, los del pueblo de Brownsville, que era el pueblo vecino.

De pronto alguien le preguntó quién era él, a lo cual Jairo contestó simplemente que iba de paso y que había oído del juego y pensaba quedarse para verlo y hasta jugar un poco, si era posible en caso de que necesitaran un reemplazo.

Entonces otro de los parroquianos resolvió decir que ése, y señalaba a Jairo, era un 'espía' de los de Brownsville y que estaba ahí para averiguar sobre el equipo y los planes del juego, y luego comunicárselos a los enemigos y perjudicar a los de Jacktown. Todos le creyeron al que acababa de hablar.

En ese momento se escucharon los gritos y señales de que estaba entrando el carro que transportaba al equipo contendiente y todos en la taberna decidieron que Jairo era un enemigo. En

eso llegaron a la misma taberna los del otro equipo y comenzaron a entrar mientras los hinchas del pueblo salían diciéndoles cosas no muy amables y señalando a Jairo como su espía.

Jairo estaba recostado contra la pared, junto a la puerta, por el lado interior de la taberna, cuando se le acercó un hombre alto y vestido con una ropa normal, limpia pero sin elegancia. Se presentó diciéndole:

—Me llamo Hutchinson y soy el maestro de la escuela del pueblo vecino que es Brownsville. Soy el 'catcher' del equipo. Ellos, dijo señalando a los que acababan de salir, dicen que usted es nuestro espía pero yo no lo conozco y tampoco me importa lo que digan. Lo que quiero saber es si usted juega Béisbol, porque tenemos un gran problema: nuestro 'pitcher' tiene su brazo lastimado y no puede jugar. Entonces o jugamos muy mal o pagamos la multa. Si usted puede jugar como pitcher, le agradeceremos mucho y algo le pagaremos, porque este partido es sin ingresos de taquilla. Pero el orgullo es importante y, así sea de nuestro bolsillo, le pagaremos con gusto, aunque no ganemos el partido.

Jairo aceptó enseguida, 'sin necesidad de pago', solamente por jugar y por colaboración. Entonces fueron a ensayar un poco en presencia de los otros jugadores de ese equipo, pues los locales habían ido a prepararse.

Jairo sabía muy bien tirar como pitcher según la última modalidad, esa de 'tiro con efecto', que hace salir la bola en línea recta y cuando va a llegar al bateador, la bola cambia de dirección y se va hacia uno de los lados. El catcher conocía ese tiro solo de nombre y se emocionó mucho del pitcher, que sin duda iba a ponchar a todos los bateadores de Jacktown. Establecieron entre ellos unas señales para que el pitcher

supiera qué tipo de tiro quería el catcher y, por su lado, el catcher supiera hacia dónde iba a torcer la bola.

Luego le dieron el uniforme a Jairo. Por poco se desmaya: un uniforme rojo encendido con rayas diagonales blancas, y medias rojas. Además le dieron un par de zapatos nuevos que tenían sus 'puntas' perfectas. El color del uniforme no era de su preferencia pero los zapatos estaban perfectos.

El árbitro llamó a los equipos. Cuando vio a los jugadores locales, Jairo reconoció como absolutamente clásico el uniforme que él llevaba puesto. Los otros tenían: camisa verde limón con rayas moradas; Pantalón azul celeste con bordes amarillos, y medias de color rosado.

Así empezó el juego. Comenzaron bateando los visitantes. A Jairo le habían advertido que el pitcher de Jacktown era el herrero del pueblo y que su tiro era terrible, y lo pudo constatar con solo mirar la bola en el primer tiro. En la primera 'entrada', por acuerdo, el pitcher y el catcher de Brownsville trataron de llevarlo en forma tradicional, sin 'efecto' en las tiradas. Ninguno de los equipos anotó carreras. En la segunda, a cada bateador del Jacktown se le enviaba un 'Strike con efecto' y los demás normales. Al final seguían ambos en cero carreras. En las siguientes entradas, lo primero era lograr carreras a favor de Brownsville, para lo cual el pitcher hizo que se acercaran todos y les explicó cómo debían coger el bate, separando las manos una distancia especial y cómo poner los pies, cuando los tiradores eran salvajes como ese herrero. Así, en la tercera entrada Brownsville anotó dos carreras, y de ahí en adelante, las seis entradas restantes fueron una guerra completa. Los de Brownsville no hicieron muchas carreras más, pero los de Jacktown no lograron ni una en todo el juego.

Cuando estaba terminando la última (novena) entrada, los de Jacktown interrumpieron para gritar a voz en cuello que era

trampa de los de Brownsville y, en plan de guerra, se les iban echando encima. Hutchinson, muy nervioso, le alcanzó a Jairo su ropa y le urgió a que saliera por detrás lo más rápido que pudiera porque era posible que llegaran a herirlo gravemente. El pitcher de Jacktown llevaba la delantera de los agresores con una barra de hierro en el brazo.

Jairo se alcanzó a poner la camisa y la chaqueta, tomó los pantalones en la mano y salió corriendo a la diagonal por entre los campos. Los atacantes fueron detenidos por la policía local cuando iban a golpear a los del equipo vecino, que subían a su transporte, pero algunos alcanzaron a ver a Jairo corriendo más allá del pueblo y, pese a la detención, enseguida todos dieron la vuelta y se concentraron en perseguirlo. En un momento, al evitar un hueco, Jairo dejó caer sus pantalones y no pudo demorarse a recogerlos porque sentía a los otros corriendo y gritando como perfectos demonios detrás de él.

Entonces recordó a su padre y a su maestro de escuela que lo llamaba 'el corredor más rápido de América', y se olvidó de todo lo que no era poner distancia de por medio. Así completó unos quince minutos de carrera veloz y se detuvo para poder mirar hacia atrás. Ninguno lo seguía. Sin embargo siguió adelante, ya no corriendo sino caminando a buen paso, con cuidado de mantenerse lejos del camino y buscando algo en donde pudiera esconderse.

El sol se ponía y él estaba a punto de caer del cansancio. Se encontraba en un espacio verde muy amplio en donde pastaban algunos animales. Entonces vio un buen montón de paja. De su infancia sabía que esos montones de paja solían tener una entrada y un vacío interior para refugiarse en caso de lluvias o para meter un animalito pequeño o guardar cosas... y le dio la vuelta mirando con cuidado por si la entrada estaba disimulada. Efectivamente encontró la entrada, que no era muy pequeña. Se

metió. Sonrió sintiéndose a salvo, tocó sus bolsillos para constatar que su capital seguía en su lugar y se durmió profundamente, a pesar de la sed y el hambre.

Al rato sintió que algo tibio y áspero estaba cerca de él. Por el olor y el ruido de munch, munch,.. supo que era una vaca que se había echado a descansar ahí, pero Jairo ni siquiera hizo ningún esfuerzo por tocarla amistosamente. Siguió durmiendo hasta que el sol estuvo suficientemente alto para permitirle ver desde su rincón el pasto verde fuera de la entrada. La vaca había salido ya. Jairo se puso en cuatro patas y salió.

Afuera se estiró cuanto pudo. Luego vio a un granjero y lo llamó. El hombre se acercó y en cuanto vio los shorts rojos, las medias y los zapatos, dijo: Vaya, vaya, el gran pitcher de Brownsville, mi pueblo. Jairo sonrió y le mostró sus piernas y el hombre le dijo que no había problema, que él le daría un overol y algo de comer, y que le tocaba irse porque pronto llegarían los otros trabajadores que eran de Jacktown y no iban a estar contentos de verlo. Jairo le recibió el overol y se lo puso.

Enseguida comió con avidez el desayuno de leche con pan y algo de jamón. Quiso pagar, pero el hombre le dijo que él le agradecía en nombre de todo el pueblo, que solo hablaba del 'pitcher del ojo torcido' que los había salvado.

Jairo se despidió mandando saludos especiales al maestro Hutchinson y a todo el equipo. El granjero le indicó la dirección en donde podría encontrar el tren para Columbus.

### **Una fama difícil**

Jairo, después de haber dormido bien y desayunado bien, y con una vestimenta aceptable, salvo por las puntas de los zapatos especiales para el juego, las cuales hacían difícil caminar cuando había muchas piedras, anduvo en la dirección que el

buen granjero le había indicado hasta que descubrió el trazo de la vía férrea delante de él. Caminó un poco más hasta un punto conveniente para abordar, con el procedimiento conocido, un tren de carga que lo llevara hasta la ciudad de Columbus.

Llegó a Columbus antes del mediodía. Se adentró en la ciudad y, en el primer puesto de venta de diarios y cigarrillos, se inclinó para leer un diario. Fue a la página de deportes y se encontró con grandes titulares que decían: "*Pitcher bizco causó la derrota total del equipo de Jacktown frente a Brownsville*". El texto era una exposición bien escrita con toda la intención de hacer reír a los lectores, del partido del día anterior. La tesis de los perdedores era que ese pitcher del ojo torcido miraba en la dirección del bateador pero tiraba la bola en otra dirección y , pues, ¿quién va a poder batear así?.

Al final de cuentas el artículo no era bueno para el interés de Jairo porque si se presentaba ante un equipo de Columbus, no podría ser tomado en serio. Recortó el trozo de papel en el cual estaba el asunto, lo guardó en su bolsillo, dejó el ejemplar del diario en su lugar y decidió que en adelante no jugaría como pitcher y que de momento no intentaría nada en esa ciudad.

Regresó a la estación del tren y volvió al lugar en donde se había bajado, en plan de subir a otro tren y continuar. No imaginó que su fama, no muy ventajosa para sus aspiraciones, lo esperaría dondequiera que se presentara. No se descorazonó. Continuó su marcha mientras recordaba las palabras y la fe de su hermano y siguió en el empeño.

Fueron días y días de intentos, de burlas antes de empezar, de abucheos ante cualquier error que cometía, de aumento de la tensión excesiva que lo desconcentraba y le hacía cometer más errores... se iba poniendo cada vez más nervioso. Así pasó por ciudades grandes y pequeñas, se presentó ante equipos importantes y desconocidos: Black Lick, Mansfield, Galion,

Niles, Warren, Lima, Toledo, Cleveland, Adrian, Jackson, ... Flint... En todas se había difundido su mala fama. Además, su dinero se había acabado.

### **Panorama sombrío**

Estaba llegando a arrepentirse de su abandono del trabajo en el taller y comenzaba a pensar en volver. Le quedaban un par de monedas cuando se bajó del tren con el pensamiento de que lo hacía para conseguir algo de comer y devolverse. Con ese par de monedas compró un trozo de pan y tomó un cuartucho infeliz para pasar la noche en casa de una mujer que tenía una venta callejera de la más pobre apariencia. A ella le preguntó por el nombre de la ciudad. "Findlay", fue su respuesta.

Jairo pensó que el equipo de esa ciudad tenía fama de fuerte y bueno. Pero él ya no tenía más fuerzas. Debía desistir antes de que no pudiera ni levantarse para regresar. Se acostó, le cerró las puertas de la mente a todo pensamiento y solo quiso dormir. Realmente durmió. En la mañana se paró, buscó agua para lavarse, se arregló el pelo como pudo y salió. Ya en la calle, observó que un poco más abajo había una plaza de regular tamaño que estaba llena de gente comprando y vendiendo productos del campo: Verduras, frutas y tubérculos; panes campesinos; cereales, semillas y flores, y también pollos y conejos vivos.

### **Persecución en el mercado**

En la esquina observó que la calle que llevaba a esa plaza era inclinada, y que en los bordes de la misma había más vendedores con sus productos. Jairo contempló en su totalidad el espectáculo del mercado y le agradó mucho. Junto a las mujeres estaban sus hijitos correteando y tratando de ayudar a sus madres. Además, muchos vendedores callejeros, al estilo de la mujer de la posada de Jairo, caminaban ofreciendo cosas como remedios para las pulgas y los piojos, veneno para ratas,

pastillas de alcanfor para las polillas... y también curas milagrosas para todas las enfermedades y defensas contra el mal de ojo, y contra la pobreza y contra ... todo aquello a lo que alguien quisiera hacer la contra...

Jairo se tranquilizó completamente con tal espectáculo y pensó que no estaría nada mal pasar la vida con poco dinero pero viviendo en un campo, en vez del hollín y del ruido horrible del lugar en el que lo esperarían su madre y su hermano cuando él regresara vencido del todo...

Entonces se puso a preguntar sobre los lugares especiales del pueblo. En particular, dónde estaba el espacio del 'juego de pelota'. Le indicaron una pared larga que cerraba la plaza por el lado de abajo y le dijeron que por la puerta grande del centro se entraba al espacio que llamaban 'el diamante' y que allá era donde jugaban a la pelota. Desde su altura, Jairo casi que podría ver un juego. Todos estos pensamientos y sensaciones lo despabilaron, y se fue a caminar por los lados del diamante en plan de simple paseador.

Se tardó un poco en atravesar la plaza debido a la concurrencia de gente en el mercado campesino. Cuando llegó abajo, observó un tumulto, en su totalidad de hombres, de todas las edades. Por su experiencia distinguió algunos ricos y otros no tanto, y otros buscando pelea y otros realmente preocupados, y muchos jóvenes de quince para abajo haciendo chacota, todos alrededor de un hombre pequeño.

Jairo escuchó que hablaban de partidos perdidos, de que habían bajado de nivel, que... y el hombre pequeño contestaba que no había logrado encontrar el 'short-stop' que necesitaban... Jairo pensó que él podía muy bien jugar como short-stop. Lo difícil sería llegar hasta el hombre pequeño, porque todos los de quince y por ahí, estaban seguros de ser la solución que el equipo necesitaba.

Con todo en contra, a empujones se acercó y lanzó su último cartucho diciendo a gritos que él podía jugar como short-stop, que jugaría gratis la primera semana.

No acababa de hablar cuando uno de los jovenzuelos lo señaló con el dedo: ¡el jugador bizco!..., ¡el bizco tramposo! y, sin más, todos se pusieron en un semicírculo en esa esquina y comenzaron a tirarle pequeñas piedras. Jairo echó a correr en diagonal por entre el mercado saltando y a ratos tumbando bultos y torres de frutas. Corrió como un ratón perseguido por una comadreja hasta que llegó a la esquina de abajo de su calle. Entonces comenzó a subir y, mirando hacia los lados, descubrió cajas con papas para la venta. Y, tomando de a dos y tres papas, comenzó a lanzarlas directo a los que lo perseguían, un tiro para cada uno, y les dio a todos su papazo, sin equivocarse de sujeto ni perder ni una papa, a través de la plaza llena de gente, de modo que dejaron de perseguirlo y él se escabulló hasta su cuartucho y se encerró, pensando que le tocaría tal vez ir a la cárcel porque no tenía ni un céntimo para pagar las papas.

### **Cuando menos lo esperaba**

Llevaba unos veinte minutos encerrado cuando oyó una voz femenina que decía:

— El que nos debe las papas está ahí. —Luego alguien golpeó suavemente y no dijo que fuera policía.

Jairo se asomó sin abrir del todo la puerta y vio al hombre bajito, el que necesitaba el 'short-stop'.

Entonces abrió completamente y le dijo que él estaba encerrado porque no tenía con qué pagar las papas. El hombre le sonrió y dijo que había sido un espectáculo estupendo esa huida y que no se preocupara que él pagaría todo lo que hubiera quedado debiendo. Le dijo que se llamaba Mac y que era el 'manager'

del equipo de Béisbol en Findlay. Enseguida le pidió que le contara su historia y, cuando Jairo hubo terminado, lo invitó a ir de una vez con él para hablar en la sede del equipo.

Así, sin más preguntas, al llegar a su despacho, Mac sacó una forma de contrato y Jairo firmó como jugador del equipo, con un salario de cien dólares mensuales. Mac le entregó como avance el pago de dos semanas para que se instalara. Le sugirió una dirección en donde varios de los jugadores vivían. Era una pensión muy bien organizada, en una casa antigua atendida directamente por la propietaria.

Jairo salió muy emocionado y lo primero que hizo, antes de ir a la pensión, fue comprar algo de ropa en un negocio de ropa usada. Compró dos mudas en muy buen estado y un par de zapatos casi nuevos. Con esto fue a su cuarto de la calle de detrás del mercado y allí se cambió, reunió sus cosas en un paquete, agradeció a la dueña, entregó la llave y fue a buscar la pensión recomendada por Mac.

La amable señora le enseñó su cuarto. Amplio, con mucha luz que entraba por dos ventanas, bien amueblado, todo muy limpio. Jairo le pagó la primera semana y se sentó de una vez a escribir a su madre y a su hermano. Solo cuando se puso en esas pensó en que había pasado mucho tiempo desde que comenzó su viaje y que ellos debían sentirse inquietos sin saber nada de él. Les escribió largamente y los tranquilizó respecto del futuro.

De momento les enviaba solamente diez dólares, porque no sabía qué otros gastos podría tener en los quince días hasta el siguiente pago. Pero luego se regularizaría todo, así que podía ella pedir a sus acreedores que la esperaran dos semanas más y todo quedaría saldado; lo mismo respecto de la escuela de Willy. Puso la carta y los diez dólares en el sobre y la llevó al correo.

## **Miembro del Findlay**

Comenzó el trabajo con los entrenamientos. La vida dentro del equipo no era exactamente fácil. Por suerte el pitcher era un hombre muy inteligente y que tenía verdadera influencia en el desarrollo del grupo con el cual llevaba siete años. Él fue dando a Jairo ideas de lo que era preciso atender cuidadosamente y de lo que no tenía importancia. En particular, dos consejos fundamentales en el juego: el primero, nunca, nunca adelantar la cabeza al llegar a una base. Debe ser un pie lo primero que entra. No se puede saber qué clase de persona está ahí y puede suceder que aproveche perversamente ese instante entre el adelanto de la cabeza y el de los pies sobre la base, para hacer un gran daño al corredor. El segundo consejo fue terminante: si cometió un error, tome consciencia de él e inmediatamente ¡olvídelo!. No debe preocuparse nunca por un error cometido.

Los primeros juegos de Jairo tuvieron varios errores, incluso algunos muy elementales. Recordando el consejo del pitcher, aprendió a continuar sin dejarse abatir por el recuerdo de una acción equivocada. Poco a poco Jairo se fue ganando la voluntad de los compañeros y, mientras se disipaba esa tensión nerviosa generada por las dificultades y oposiciones que había atravesado, iba recuperando sus viejas y buenas cualidades como jugador y bateador.

Pronto había pasado el primer mes. Las cartas de su madre llegaban con palabras de optimismo de ella y de Willy. Estaban tranquilos y animosos. Jairo sentía que a ellos les debía el no haber desistido en esos días pasados, cuando el panorama se le puso tan oscuro. La fe de su hermano y el amor de su madre que trataba de ser fuerte lo habían sostenido. Realmente todos habían hecho esfuerzos y atravesado crisis.

Así comenzaron los entrenamientos muy exigentes para la temporada de juegos interclubes que se acercaba. Serían tres o

cuatro semanas de viajes y juegos en los que estaban puestas las expectativas de todos, desde los dueños y financiadores del equipo hasta los últimos empleados del mantenimiento de la sede y, por supuesto, los muy numerosos fans.

Los inversionistas ofrecían premios individuales a los mejores jugadores en cada tipo de acciones y los estadios estarían llenos de espectadores cuyas entradas dejarían un porcentaje extra.

Jairo puso todo su esfuerzo y consiguió muchos momentos de gran emoción y de puntajes para su equipo y para su propia historia. Al final tuvieron lugar varios partidos en Columbus, con buenos resultados.

Mac llevó a Jairo a un médico conocido suyo en esa ciudad, especialista en los problemas de visión. El médico lo examinó y rápidamente determinó que la operación necesaria era relativamente simple. Eso sí debía permanecer al menos diez días sin jugar.

Puesto que la ronda de juegos había terminado, Jairo fue operado en Columbus y, con el ojo cubierto con un parche oscuro, regresó a Findlay para permanecer los días indicados en relativa quietud. Al final de ese primer período podía jugar, pero debía mantener el parche otros tantos días. Se las ingenió para jugar con un solo ojo en los entrenamientos. Al final del plazo pudo retirarse el parche y mirar su imagen en el espejo. Fue un gran cambio. Se sintió extraordinariamente bien al ver su cara que lo miraba de frente, con una expresión risueña y bondadosa.

Se sentó enseguida a escribir a sus seres queridos. Imaginaba a su madre llorando de alegría y a su hermano aplaudiendo feliz.

## Mittie-Marú

La ciudad le gustaba mucho. Jairo no esperó más para decidirse por ella y convertirla en el lugar de su residencia familiar. Buscó a un experto que le recomendó la dueña de la pensión, para que le ayudara a encontrar una casa a la cual pudiera traer a su madre y a su hermano y que pudiera pagar en cuotas semestrales, comenzando con los dólares que hasta el momento tenía ahorrados y disponibles. Se tomó varias semanas mirando posibilidades y buscó para ello la compañía de la 'mascota' del equipo, un hombre casi enano, bastante contrahecho pero muy inteligente y apasionado por el Béisbol. Le decían Mittie-Marú. Nadie sabía en dónde o de qué vivía. Él por su parte había hecho de Jairo su héroe. Siempre que Jairo iba a jugar, Mittie-Marú llevaba con orgullo el bate del famoso short-stop.

Jairo encontró que conversar con Mittie-Marú era algo especialmente interesante. Hablaba un inglés de pueblo poco culto, pero decía cosas muy bien pensadas. Con él, Jairo habló de su proyecto inicial de jugar béisbol por un tiempo hasta tener con qué montar un negocio. Le explicó que de momento estaba en lo de meterse en la compra de una casa, pero que seguía pensando en algún negocio pequeño que entre los dos, Jairo y Mittie-Marú, pudieran comenzar, como una sociedad en la cual ambos ganaran; por ejemplo, una venta de refrescos cerca del estadio o algo parecido. Jairo pondría el capital, Mittie el trabajo, y se repartirían las ganancias por igual.

El hombrecito se emocionó con la propuesta. Él iba a hacer averiguaciones sin que nadie supiera que Jairo estaba detrás, porque le subirían el precio. Ciertamente, pensó Jairo, y le dio amplia libertad para que indagara al respecto. Por las tardes hablarían del asunto cuando estuvieran considerando lo referente a la casa.

El tema del 'Béisbol' era la fuente de las mayores sorpresas en el trato con Mittie-Marú. Después de un partido, cuando estaban solos y tenían tiempo suficiente, Jairo escuchaba a su amigo hablar de los errores en la estrategia del manager del otro equipo. Que si hubiera organizado 'así o asá' a los jugadores, habría obtenido mejores resultados. Luego analizaba jugadas específicas y mostraba el por qué se habían logrado o se habían perdido. Jairo guardaba en su mente el esquema lógico de cada situación que Mittie le explicaba. Realmente pensaba bien ese pequeño y deslucido personaje. Serviría mucho que alguien más tuviera la oportunidad de escucharlo y ojalá de seguir sus ideas. En fin, sobre estas bases crecía una amistad valiosa para ambos.

### **La casa familiar**

Finalmente Jairo se decidió por una casa en las afueras, pero no demasiado alejada, construida sobre un terreno ligeramente alto que lindaba con el río por la parte opuesta a la calle sobre la cual daban el frente de la casa y la puerta de entrada al jardín. La casa tenía tres habitaciones grandes y una más pequeña, además de la sala, la cocina y un patio interior con un cuarto de ropa anexo. Ese patio tenía salida al jardín por la parte de atrás de la casa.

Su madre y su hermano ocuparían las dos habitaciones grandes más cercanas a la puerta de entrada, Jairo tomaría la tercera y Mittie-Marú tendría la pequeña que era la última y estaba después de la de Jairo, cerca de la salida al patio. Esta fue una condición que Jairo puso a su amigo, para que el negocio que planeaban pudiera funcionar realmente bien.

La casa tenía los muebles básicos y por el momento eran suficientes. Lo que faltara quedaría al gusto y planes de la madre, para ser desarrollado poco a poco.

Así se hizo el negocio. La casa quedaría completamente pagada en el término de tres años, con cuotas semestrales convenientes para Jairo. Siguió escribirle a su madre, pedirle que preparara lo básico de ropa y cosas personales de los dos y que, cuando lo tuviera todo listo, avisara al dueño para entregarle su casa. Él enviaría el dinero para el viaje y para los gastos a que hubiere lugar.

Todo se llevó a cabo de acuerdo con lo previsto. Se trasladaron en los primeros días de diciembre y se dispusieron a pasar un fin de año muy especial.

¡Cuántas cosas habían sucedido en un solo año! Parecía increíble.

### **Mirar de nuevo los planes**

El tiempo en familia fue utilizado para ponerse todos al día de lo que habían sido esos meses anteriores para unos y otros, de los principales hechos y pensamientos y deseos. Jairo comenzó por la presentación de su amigo Mittie-Marú.

El hombrecito se acercó y, muy respetuosamente, saludó y se presentó como Mitchel Malone, añadiendo que sus padres habían muerto, que él nunca los vio y que todo el mundo lo llamaba Mittie-Marú. Luego expresó que se sentía muy honrado de conocer a la madre y al hermano de Jairo, su gran amigo y jugador favorito. Ellos le correspondieron muy amables y sonrientes.

La madre deseaba tener claro cuál era el proyecto de Jairo para los siguientes años.

Jairo le dijo que por los tres años siguientes, mientras acababa de pagar la casa, se proponía permanecer como jugador activo en el equipo de béisbol de Findlay y ahorrar para el negocio familiar del cual habían hablado tantas veces desde los días de su padre.

Así que por esos primeros tres años, estarían ahí. Willy podría avanzar en su High School e incluso entrar al College y él, Jairo, jugaría béisbol con su equipo. En los ratos libres trataría de volver sobre su estudio ya comenzado, de cómo construir y manejar una empresa.

Porque el proyecto de la empresa seguía en firme. De momento sostendrían la venta de refrescos cerca del estadio, en compañía de Mittie-Marú, y poco a poco pensarían en algo más de fondo... tal vez una escuela de Béisbol para niños.

La madre, el hermano y Mittie-Marú estuvieron muy emocionados con esos planes. Jairo les pidió no hablar de ello fuera de la casa, antes de que él mismo se los comunicara a Mac.

Cuando llegó el día acordado para el regreso, Jairo se adelantó para hablar con Mac. Desde el día famoso del mercado y de las papas, en el cual Mac había oído a Jairo hablar de que sus planes no eran jugar béisbol para toda la vida, supo que su querido short-stop deseaba vivamente jugar en sus años juveniles, que eran los más fructíferos y libres, pero que planeaba ser un empresario y padre de familia en su vida de madurez..

Con esta base que Jairo también recordaba, no le fue difícil plantear a su Manager la forma concreta que iban tomando los proyectos. Cuando habló de la escuela, Mac sonrió ampliamente y se ofreció como ayudante. Así, descargado del peso de tener secretos sobre sus intenciones y objetivos, Jairo regresó al grupo de sus camaradas y a su vida de amistad y colaboración dentro de las condiciones peculiares de cada uno, condiciones que era preciso tener en cuenta para la buena marcha del equipo.

Al comienzo de la primavera empezó el trabajo fuerte. Era necesario prepararse para el gran reto. Debían mantener el nivel alcanzado el año anterior y superarlo como fuera posible.

Jairo se propuso trabajar duro, apoyar a Mac y colaborar al máximo en el buen desarrollo del equipo. Compartiría con la familia los espacios normales de la tarde y la madrugada. Todo el tiempo diurno lo dedicaría a su equipo. Lo demás, ya firmemente determinado, permanecería a la espera de su momento.

\*\*\*\*\*

Fin de

**"EL BEISBOLISTA"**

\*\*\*\*\*

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE  
"HISTORIAS PARA TODA LA FAMILIA"

# HISTORIAS PARA TODA LA FAMILIA

## SEGUNDA PARTE

### ÍNDICE

7. LA FAMILIA SANISIDRO.....	125
Datos actuales	126
Historia de la familia Sanisidro	128
El abuelo Antonio	136
La familia de don Abelardo	137
La repartición	137
La nueva vida de Manuel	139
El derrotero de Ceferino	140
La rutina del viejo	142
El viaje de regreso	143
La llegada	146
El reencuentro	149
Ruina o reinicio	154
CONCLUSIÓN	158
8. LOS LOBOS DEL DESIERTO.....	159
Dos pueblos vecinos	160
Aparición de los caminantes.	161
Historia del 'otro lado'	163
Desconfianzas y curaciones	167
Mantener la tierra	171
Convivencia con los lobos	176
Llegada de las lluvias	176
Las semillas que retoñan	178
Nuevos problemas	180
Acuerdos	182
Logros	183

9. EVOCANDO A TROYA.....	185
Función educadora de la mitología	186
Guión para la representación teatral	187
Presentadoras	190
Hades	190
I. Declaraciones de los Aqueos (Los pueblos griegos)	
Habla Agamemnon:	191
Habla Menelao:	192
Habla Clitemnestra:	194
Habla Helena:	195
Habla Ifigenia:	196
Habla Ulises	197
Habla Penélope	199
Habla Aquiles:	200
II. Declaraciones de los troyanos	
Habla Príamo	201
Habla Héctor	202
Habla Paris	204
Habla Casandra:	205
Habla Hécuba	206
Habla Eneas	207
Hades	208
Finaliza la obra	208
10. EL ARRUINADO.....	209
Introducción	209
Nuevos vecinos	210
Dos familias Pérez	215
Una relación laboral	222
El heredero	223
Amistad y trabajo	229
Volver a las raíces	234
Un final apenas lógico	236
Epílogo.....	240

## LA FAMILIA SANISIDRO



Una historia de crisis y supervivencia

### ***Nota preliminar***

*Hace pocos años hice un viaje inolvidable, acerca del cual hoy comienzo este relato dedicado a ti, lector, dondequiera que te encuentres.*

## **Datos actuales**

*Después de saber de la existencia del lugar, obtuve de diversas fuentes los siguientes datos:*

El viajero que hoy desee conocer el pueblo de Lejanías, debe llegar hasta el final de la carretera que recorren los buses de pasajeros procedentes de la capital del departamento Voynsur. Ese final es el último espacio de tierra más o menos plano y suficientemente amplio para que un bus que lleva subiendo por lo menos dos horas sin ninguna posibilidad de retroceso, pueda maniobrar y ponerse en la posición necesaria para iniciar el regreso.

A este descampado pedregoso, árido y sin ninguna sombra, se lo llamaba 'El Patio' desde las épocas de pastoreo de cabras de la región, actividad prácticamente muerta con la llegada del progreso en la forma de vehículos motorizados, los primeros muy destartados y viejos, y se lo convirtió en el punto final de las carreteras que comenzaban a abrirse hace cien años.

Antes del establecimiento de horarios para los futuros buses, el lugar fue rebautizado con el pomposo título de 'Estación de buses EL PATIO'.

Por un costado de esa estación, en una falda del terreno perteneciente a la finca 'Los Antepasados', el señor Antonio Sanisidro, único dueño de tal finca cuando estaban comenzando los trabajos de la carretera, construyó la posada 'El Patio'. Desde entonces, el cansado viajero puede encontrar allí algo de comida y también hospedaje, antes de continuar a pie o a caballo hasta el pueblo de 'Lejanías', si tal es su destino.

Abelardo Sanisidro heredó la finca a su padre-hermano Antonio y tuvo dos hijos, Manuel, el mayor, y Ceferino, cuatro años menor que su hermano.

Ceferino recibió la propiedad por escritura voluntaria del padre, después de que el hijo mayor abandonó definitivamente 'Los Antepasados' y el pueblo de Lejanías.

Ceferino se casó con Rosa Lunablanca y tuvo dos hijos, Gumersindo y Rosalía Sanisidro Lunablanca.

El dueño actual de 'Los Antepasados' es Gumersindo. Él vive en la finca y la administra, continuando con la tradición de sus antecesores de producir cereales, corderos y pollos. Su hermana Rosalía y su esposo atienden la posada y viven en ella.

Rosalía, apoyada por su marido y por su hermano, cuenta la historia de los dos hijos de don Abelardo a quien desee escucharla, porque su propio padre, Ceferino, les recomendó que lo hicieran para que sirviera a los jóvenes como espejo de lo que puede pasar si no se piensa bien antes de tomar las decisiones más fuertes de la vida.

.....

*Al día siguiente de nuestra llegada a la estación El Patio, fuimos a pie hasta el pueblo de Lejanías, que está en un valle alto muy fértil. La gente trabaja íntegramente en los campos, sostienen a sus familias y viven alegres. Tienen una buena escuela, un centro de salud para primeros auxilios, un parque infantil y una cancha de fútbol. Gracias al transporte, los niños han podido continuar y progresar en los estudios en los pueblos y ciudades de la región, algo que no les fue posible a sus abuelos.*

*Los que llegamos ese memorable día al Patio, pasamos la noche íntegra, casi hasta el amanecer, escuchando y preguntando al señor Gumersindo –quien personalmente quiso bajar a saludarnos– y a su hermana Rosalía sobre la historia de su abuelo, don Abelardo Sanisidro, y sus dos hijos.*

*Quiero transmitir a mis lectores el relato, imposible de olvidar, que todos escuchamos en la posada. ....*

### **Historia de la familia Sanisidro**

El pueblo de los Sanisidro está construido en un valle alto y escondido entre pliegues de la cordillera. Este valle, descubierto en el primer cuarto del siglo veinte, por la intuición y tenacidad de cuatro niños huérfanos, continúa siendo inaccesible para vehículos de motor sobre ruedas.

El entorno está protegido por la gran roca de la base y es preciso subir por un camino estrecho y empinado, labrado a mano por los campesinos que, enterados de su existencia, llegaron a trabajar para los señores Sanisidro. Tales campesinos provenían de ciudades y pueblos assolados por la violencia política que venía reduciendo la región a la miseria desde hacía más de cien años.

Los niños Antonio, Juana, José y Abelardo, lograron escapar de su casa por el empinado camino de los pastores de cabras y se refugiaron en casas de familias pobres de esos contornos que habían conocido a su madre, porque ella había nacido allá.

Antonio, el mayor, de diecisiete años, junto con sus hermanos menores, trataban de cazar pájaros y poner trampas a conejos para comer su carne. A veces lograban algo para llevar a la buena mujer que los cuidaba como podía, al lado de sus propios hijos.

Mirando los pájaros que se perdían en las alturas, los niños llegaron a la conclusión de que arriba había árboles y posiblemente frutas. Con el aguijón del hambre y con la ayuda de su imaginación, comenzaron a buscar la forma de trepar esas paredes de roca vertical, que era lo único que ellos alcanzaban a ver.

Juana, amante de pintar, al regresar la primera noche de sus andanzas, dibujó a lápiz en un cuadernito que guardaba escondido, su idea de la forma de la roca: la imaginaba como un sombrero con el ala plana cubriendo la superficie del patio.

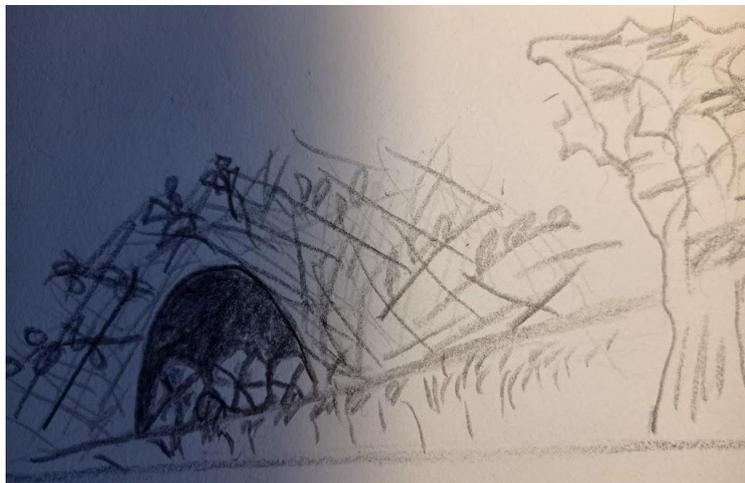


Después de dos semanas de avanzar contra el borde inferior de la roca, examinando toda irregularidad e intentando hacer pie en ella, los niños llegaron hasta el comienzo de un tramo menos liso y algo inclinado. Subieron lentamente, en fila; Antonio iba a la cabeza, llevando en los brazos y, en los tramos que se lo permitían, sobre sus hombros, al pequeño Abelardo, de solo dos años de edad. Al cabo de casi tres horas alcanzaron el punto donde terminaba la subida.

Cuando todos juntos pudieron ponerse de pie en tierra firme y plana, se abrazaron emocionados y, con asombro, vieron ante ellos el espectáculo del bosque y sus frutos.

Comieron guayabas y moras, y enseguida armaron con ramas un refugio para dormir, al que solamente podían entrar arrastrándose contra el piso.

Ese día prepararon algunas trampas y, antes de que se hiciera de noche se metieron en la choza, que más parecía una madriguera, y taparon la entrada con piedras y más ramas.



Juana, mientras se quedaba dormida, imaginaba cómo haría el dibujo de su escondite apenas regresaran a la casa.

Al día siguiente, llevando como obsequio moras y algunas guayabas, volvieron a la casa de la señora y le contaron que iban a cazar un poco más lejos para que no se preocupara si no llegaban a dormir. Antonio le pidió prestados unos cuantos fósforos y le prometió que se los pagaría con uno o dos conejos que esperaban lograr, porque habían visto varios.

Algunos campesinos supieron de los niños que cazaban conejos y, preguntando a unos y a otros, se encontraron al fin con Antonio y le pidieron que les permitiera ir con ellos. Antonio les mostró el camino y la importancia de mejorar la subida,

tarea que los recién llegados enfrentaron de una vez, de modo que en una semana tenían una semi-escalera que permitía bajar con frutas y subir con otras cosas, con más facilidad y en menos tiempo.

Los campesinos ayudaban y respetaban a Antoni a quien consideraban el dueño del valle alto. Como pago del trabajo, Antonio les permitía recoger frutas y cazar para ellos y sus familias, pero ninguno pensó en irse a vivir tan lejos. Por eso todos los días regresaban a sus casas.

Periódicamente, Antonio y sus hermanos hacían caminatas hasta el pueblo más cercano, donde vendían conejos, gallinas silvestres y frutas, o las cambiaban por ropa usada, fósforos, sal y lo más indispensable.

Al cabo de dos años, Antonio era ya un adulto joven que, con la colaboración de sus hermanos más la ayuda de los campesinos que habían hecho de esa rutina su trabajo, había logrado levantar una casa firme de un solo cuarto: las paredes eran filas de troncos bien clavados en la tierra y que formaban un rectángulo de altura y extensión suficientes para poder estar de pie y también caminar adentro; la puerta, que giraba sobre goznes, la cerraba muy bien y se aseguraba tanto desde adentro como desde afuera, mediante un artilugio simple y eficaz; y el techo que la cubría toda, lo habían fabricado con palos más delgados, ramas, hojas secas y pajas entrelazadas, a la usanza de la región, y era muy bueno.

En el interior, además de una base amplia de poca altura, sobre la cual dormían, contaban con una mesa y dos bancos, más un estante en el que guardaban las herramientas y lo que compraban para completar su alimentación.

Para cocer la carne usaban un fogón de tres piedras en un espacio sin hierba suficientemente alejado de la casa. Con una

piedra plana cubrían el fuego y sobre ella ponían la carne para asarla.

Por este tiempo Antonio, que tenía diecinueve años, buscaba conversación con personas que le parecían amables, tratando de conseguir amigos adultos e instruidos en quienes pudiera confiar. Él no olvidaba el terror de la violencia causante de la muerte de sus padres y tenía siempre presente en su espíritu la responsabilidad de cuidar a sus hermanos menores.

Un día, una mujer joven con dos niños pequeños quiso comprarles un conejo, pero no tenía monedas suficientes. Antonio le dio el conejo y se ofreció a acompañarla a su casa.

La mujer, Sara, había quedado viuda a los veintiún años y volvía de la casa de sus padres, donde había pasado los tres meses siguientes a la muerte de su esposo a manos de sus enemigos políticos. Tenía temor, pero debía cuidar su casa que era todo lo que ella y sus hijos poseían. Además era maestra y quería buscar trabajo.

Antonio le contó su propia historia y le sugirió que vendiera su casa y que se fuera con ellos a las alturas lejanas, donde todos podían trabajar mientras los niños crecían. Allí podría desempeñarse como maestra para beneficio de toda la familia. De momento la invitó a visitarlos esa misma tarde. Al día siguiente, él la acompañaría de regreso.

Así fue como Sara y sus pequeños conocieron el refugio y durmieron una noche feliz en la montaña.

Antonio, después de dejar a Sara con la promesa mutua de reunirse un mes después, volvió al pueblo en el que ellos vivían cuando sus padres murieron y supo que la casa les pertenecía y que él, como mayor de edad a cargo de sus hermanos menores, podía venderla al modo como en ese tiempo se vendían las

propiedades en los lugares alejados: solo la palabra dada y el dinero recibido.

En el término de seis meses, tras la venta de las propiedades heredadas de los padres, víctimas de la ira ciega sembrada por políticos insensibles y fanáticos, la familia Sanisidro había puesto una cerca para marcar los límites de lo que Antonio consideraba un área que él podría volver productiva y, en el municipio al cual correspondía había registrado ese lote cercado como finca de su propiedad ubicada en el valle 'Lejanías'.

A la finca le dieron por nombre "Los Antepasado" en memoria de sus seres queridos muertos por la violencia.

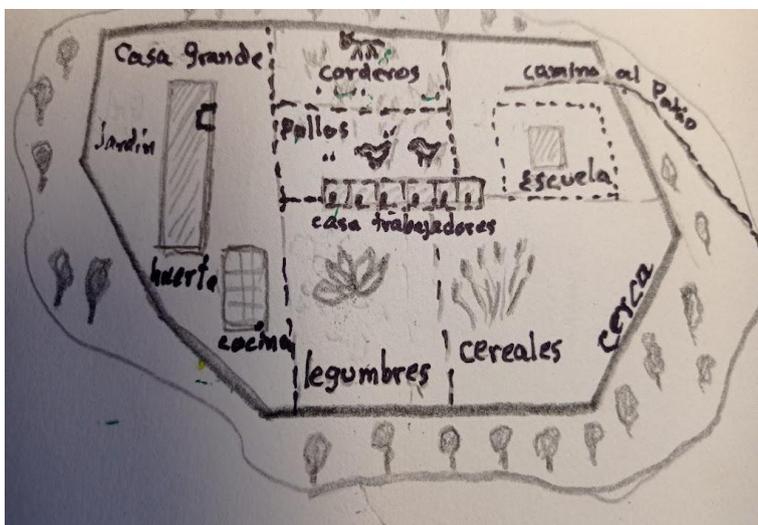
Ellos mismos inventaron y, en completo acuerdo, asumieron el apellido Sanisidro, desconocido hasta ese momento en la región. Así se inscribieron todos como familia, después de una breve ceremonia de matrimonio de la pareja formada por Antonio y Sara.

Antonio buscó trabajadores de diferentes edades, a quienes contrató para construir una casa grande para la familia y un sector de casas pequeñas para los empleados, y, además, para que mejoraran la primera casa, la que habían fabricado con troncos, de modo que se convirtiera en la escuela.

Terminadas las construcciones, la pareja, en colaboración con Juana, la hermana de Antonio, utilizando cuerdas marcaron sobre el terreno la división del mismo en áreas convenientes para determinar las zonas de siembra y las destinadas a la cría de animales, productos todos que constituirían en el futuro próximo el negocio básico de la finca.

Juana propuso a los adultos dibujar un mapa grande de la finca y ambos aceptaron el reto.

El mapa fue dibujado a escala por Juana, con ayuda de Sara, sobre una pared de la escuela, pared que Antonio pulió y blanqueó previamente con cal. Entre los tres tomaron las medidas de todas las longitudes reales y, para hacer el dibujo, afilaron cuidadosamente trozos ya fríos de puntas de la madera carbonizada que quedaba después de apagar el fuego.



*Mapa de la finca 'Los Antepasados'*

Sara trabajaba con los niños todas las mañanas, de acuerdo con la edad de cada uno, para que aprendieran lo que les correspondía, como si fueran a la escuela pública. En las tardes, con ayuda de Juana, les enseñaba a pintar, a bailar y a cantar, y al final, todos jugaban con un balón.

.....

En el transcurso de las dos décadas siguientes, todos los menores, excepto Abelardo, se fueron casando, y todos vivían en ciudades relativamente cercanas.

Sara murió en 'Los Antepasados' poco después de finalizar el vigésimo año de su matrimonio con Antonio. Con tal motivo se reunieron todos en la finca.

Antonio les habló del futuro de la propiedad.

Todos los seis hermanos estuvieron de acuerdo en que Antonio y Abelardo fueran los dueños de la misma, puesto que amaban ese valle y Abelardo planeaba casarse con Carmela, una joven de la región que compartía el gusto de vivir en Lejanías.

Entonces Antonio mismo les dio a conocer el valor de los animales y de las cosechas que estaban próximas a ser vendidas. En buena armonía repartieron esos bienes, dejando la tierra y la casa para Antonio y Abelardo, y acordando los tiempos en los cuales se les entregarían los dineros a los demás.

Antonio y Abelardo, como padre e hijo, continuaron el trabajo y vincularon a muchos campesinos. La finca en total tenía una extensión de cerca de ochenta hectáreas y, de sus linderos hacia afuera, nuevas familias campesinas fueron tomando parcelas e instalando sus viviendas.

Así, el pueblo de 'Lejanías' se fue formando como una comunidad un poco marginada por las dificultades del acceso, pero empeñada en salir adelante.

Por su parte, 'Los Antepasados' fue conocida poco a poco como la finca de Don Abelardo Sanisidro, ubicada en terrenos del pueblo 'Lejanías'.

### **El abuelo Antonio**

Antonio nunca tuvo hijos. Abelardo, el menor de sus hermanos, lo llamaba 'papá' y lo había amado como a tal desde que murieron sus padres, cuando él tenía apenas dos años de edad. Antonio, quince años mayor, siempre lo protegió; él se sentía el

papá de todos, pero especialmente de Abelardo porque era el bebé de la familia y había nacido seis años después de José, el anterior. Cuando Sara conoció a Antonio y sus hermanos, sus niños, Lorenzo y Diego, tenían siete y cinco años, de manera que Abelardo siguió siendo el menor de la primera familia Sanisidro, la que se formó a partir de la unión de Antonio y Sara.

Abelardo se casó con Carmela, y Antonio fue muy feliz compartiendo el crecimiento y el cuidado de sus sobrinos-nietos Manuel y Ceferino, quienes siempre le dijeron 'abuelo', inducidos por sus propios padres.

Manuel tenía cuatro años cuando nació su hermano Ceferino. El abuelo Antonio tomó parte activa en la educación de los niños, apoyando a Carmela como maestra, e invitó a las familias de sus trabajadores y también a las otras que se habían instalado en terrenos aledaños, a que mandaran sus niños a la escuela de la finca.

Mientras Manuel y Ceferino Sanisidro, junto con una veintena de niños de los alrededores, cursaban los años de Primaria en Los Antepasados, Antonio comenzó a escuchar noticias de carros a motor y de carreteras que iban llegando a los pueblos de la vecindad del monte en cuya cumbre se encontraba Lejanías.

El abuelo Sanisidro se movió para que se incluyera a Lejanías en el mapa y solicitó que se tomaran en cuenta las más de cincuenta viviendas que albergaban familias en ese cerro. Infortunadamente, él no alcanzó a ver la realidad de la 'Estación El Patio', porque, poco más de un año después de haber logrado la inclusión de 'Lejanías' en el proyecto correspondiente, problemas de salud relacionados con su corazón terminaron con su vida .

## **La familia de don Abelardo**

A la muerte de Antonio, Abelardo tenía algo más de cuarenta años, Carmela su esposa tenía treinta y dos, y sus hijos, Manuel y Ceferino, tenían catorce y diez años respectivamente.

Manuel, después de terminar la Primaria en la escuela, no quiso continuar estudiando. Él quería aprender a manejar los negocios de la familia, cosa que su padre aceptó.

Ceferino siguió en la escuela y el crecimiento de los hermanos durante esos años fue normal, pero las relaciones entre ellos se vieron distanciadas pues pasaban el día a día en diferentes lugares. Infortunadamente Carmela murió poco después de que Ceferino terminó la primaria.

Cuando Manuel cumplió dieciocho, le pidió a su padre que lo nombrara Administrador de 'Los Antepasados', nombramiento que obtuvo sin dificultad. Ceferino, muy afectado por la muerte de su madre, quiso continuar estudiando en el pueblo más cercano que ofrecía educación secundaria. Entonces comenzaron algunas dificultades entre los hermanos porque Ceferino pedía dinero para sus gastos en el pueblo y Manuel le daba demasiado poco, alegando que él no había recibido nunca dinero para sus propios gastos y en cambio había trabajado desde sus catorce años en la finca.

Ceferino amaba a su padre y, para evitarle disgustos, soportó por un buen tiempo la situación sin decir nada, aunque cada encuentro con su hermano se convertía en motivo de alegato y pelea entre ellos. Estos altercados sucedían siempre fuera de la vista de Abelardo, hecho que Manuel cuidaba especialmente, por su propio interés.

## **La repartición**

Al final del segundo año, Ceferino expresó a su padre el deseo de irse lejos y buscar fortuna por su cuenta en otra parte, porque

su hermano era suficiente para manejar la finca. Entonces Abelardo los reunió para decirles:

— Hijos míos: Yo sé que ustedes no se entienden bien y pienso que es debido a la diferencia de edades y, sobre todo, al hecho de que su madre ya no esté con nosotros. —Hizo una pausa y enseguida añadió:

— Antes de que hablen, quiero que sepan que los amo a ambos y que me haría feliz verlos compartir fraternalmente los beneficios de vivir aquí. Como no puedo ni deseo obligarlos, entonces hoy les expreso claramente cuáles son mis decisiones respecto de los dineros y bienes familiares en el futuro.

Ellos se movieron inquietos, aunque por motivos muy diferentes. El primero en hablar fue Manuel:

— Padre, yo llevo dos años trabajando para ti y para mi hermano que vive sin trabajar, pero a costa de lo que la finca produce bajo mi administración.

— Sí, hijo, pero tú no quisiste estudiar. Yo no te obligué a que trabajaras para mí. En adelante, si deseas continuar, debemos establecer un salario por tu trabajo, de manera que, según ese salario, podamos calcular lo que se te adeude por esos dos años y, apenas sea posible, se te pagará —dijo el padre, y continuó:

A partir de hoy, se procederá de la forma que he determinado, que es ésta:

La propiedad de la tierra y todas sus construcciones será mía hasta mi muerte o hasta que yo decida venderla o traspasarla a otro. Todo lo demás será dividido en dos partes iguales: una para mí y la otra para entre ustedes dos, repartida asimismo por partes iguales.

Lo que sea mío será objeto de mi testamento. Lo de ustedes, conseguido hasta hoy, si lo desean pueden recibirlo en cuanto

tengamos las cuentas totales y sea posible convertir en dinero la parte de cada uno.

Ceferino dijo entonces:

—Padre, yo quiero mi parte porque deseo irme a buscar fortuna lejos. Te prometo que volveré a visitarte, si eso me fuera permitido.

—Siempre serás bienvenido, hijo mío. Tu parte de la herencia hasta el día de tu partida te será entregada por el Administrador, y en esta casa podrán vivir ambos mientras yo viva. —Luego, dirigiéndose a Manuel, dijo:

Lo mejor, Manuel, es que ahora mismo veamos esas cuentas de los haberes actuales y los repartamos, para saber cuánto corresponde a cada uno. Luego debemos convertir en dinero la parte que corresponde a tu hermano, para que él pueda cumplir su deseo.

Ceferino se marchó un mes después. Se fue contento porque llevaba mucho dinero, y era joven y podía comprar todo lo que quisiera... De vez en cuando pensaba en su padre y en su mirada triste al despedirse. Luego se sacudía, acariciaba su bolsa llena y sentía que era el dueño del mundo.

### **La nueva vida de Manuel**

Manuel, después de la salida de su hermano, se sintió muy feliz. Estaba seguro de que él sería el dueño de Los Antepasados porque estaría siempre con su padre y lo convencería de hacerlo heredero de toda la propiedad y de lo que la finca ganara en los siguientes años.

Entonces cometió el error de tratar a los trabajadores con mucha dureza y de desentenderse de las familias y de la escuela, y,

creyendo que su padre ignoraba su conducta, daba muestras de soberbia y autoridad sin límites.

Cuando pasó un año del viaje de Ceferino, don Abelardo comenzó a salir todas las tardes para mirar el camino desde una altura...

— Padre, no pierdas ni tu tiempo ni tus ojos. Tu hijo menor no va a volver. Debe estar borracho, rodeado de mujeres y de lujos. Para eso quería la herencia, para vivir como un vicioso. No como yo, que estoy aquí, cuidando de ti y de la propiedad —le dijo un día Manuel.

— Gracias por tu preocupación, hijo. Sabes que todo esto está bajo tu cuidado y que puedes disfrutarlo. Pero no olvides que tu hermano Ceferino es también mi hijo, aunque esté lejos, y sabes que yo lo amo porque un padre siempre ama y desea ver feliz a cada uno de sus hijos —contestó el padre.

Manuel se alejó con un gesto de que todo lo referente a su hermano le importaba muy poco.

Así pasaba el tiempo, mes tras mes, en Los Antepasados: el padre envejeciendo, pero esperando cada día a su hijo lejano; el hijo mayor cuidando lo que estaba seguro de que sería de propiedad exclusivamente suya y perdiendo el aprecio de los trabajadores; y éstos, firmes en la finca, por el salario y por simpatía con don Abelardo, quien en sus tiempos de juventud, antes de que la administración estuviera a cargo de Manuel, los había tratado a ellos y a sus familias siempre con afecto, como un padre.

### **El derrotero de Ceferino**

Cuando Ceferino estuvo lejos de su casa, comenzó a darse muchos gustos. Gastaba el dinero sin pensar, comiendo en sitios

costosos y comprando ropas caras; y con su nueva apariencia y su juventud, y su bolsa casi llena de dinero, se olvidó por completo de sus proyectos de estudiar para trabajar mejor y para construirse una buena forma de vivir. Rápidamente tuvo muchos amigos con los cuales se divertía en bares y casas de juegos... y así, la herencia que le había parecido inacabable, pronto desapareció. Cuando apenas habían pasado dos años, se acabaron totalmente sus recursos y también desaparecieron los amigos. Encima de todo, él no había aprendido nada nuevo para conseguir un buen trabajo.

Ni siquiera en la finca de su padre había aprendido a trabajar bien la tierra, por la idea de estudiar y la pereza de recibir órdenes de su hermano.

Comenzó un tiempo de gran sequía en la región. Desesperado, Ceferino, que no tenía dónde vivir, se fue al campo cercano a buscar un trabajo de jornalero. Solamente consiguió que un granjero lo contratara para que recogiera los restos de las verduras que comenzaban a marchitarse y se las diera como alimento a los cerdos. Para dormir le permitió que lo hiciera en un espacio sucio, pequeño y maloliente, al lado de la porqueriza.

Con las monedas que recibía como pago, Ceferino compraba algo de pan y completaba con los pedazos que estaban menos podridos de las verduras para los cerdos, pero siempre se quedaba con hambre. Sus ropas buenas desaparecieron, cambiadas por algo de vino, y se quedó con una sola muda que se convirtió en chiros sucios y rotos.

Así aguantó casi dos años hasta que volvieron las lluvias. Entonces se paró y, con agua recogida en algunas piedras, se bañó y lavó su ropa y lloró de tristeza por lo que había hecho.

Pensó en su padre y en la cara triste con la cual se quedó mirando mientras él se alejaba. Pensó también en su hermano Manuel y lo imaginó muy importante, como jefe de todos los trabajadores de la finca. Pensó en la tontería del orgullo cuando salió creyendo que nunca iba a necesitar trabajar como obrero en una finca.

Después de todos estos pensamientos, volvió a pensar en el amor de su padre cuando le dijo que siempre sería bienvenido.

Entonces decidió: "Voy a buscar a mi padre. Le pediré perdón. Le pediré que me acepte como un obrero, porque no me he portado como un hijo. Obedeceré a mi hermano Manuel y, cuando me trate con desprecio, recordaré la miseria que he vivido lejos de ellos y seguiré trabajando lo mejor que pueda..."

Entonces se levantó con ánimos y fue a buscar a su patrón para despedirse. El patrón le obsequió una camisa y un pantalón viejos y le dio unas monedas para el camino.

### **La rutina del viejo**

Don Abelardo sobrepasaba en unos pocos años el medio siglo de vida. Diariamente recorría una porción de la finca, observaba los adelantos y los problemas y los anotaba por escrito.

Habiendo así recorrido la totalidad de la finca, al final de la semana trataba con Manuel sobre los correspondientes asuntos que debían enfrentarse y mejorarse. Manuel lo escuchaba y, sin mucho entusiasmo, daba las órdenes relativas a lo que 'el viejo' había indicado.

Manuel buscaba ante todo evitar que su padre lo destituyera del cargo y contratara a otro como administrador, lo cual era posible pues el mismo Abelardo le había dicho claramente que si continuaban los descuidos, lo mejor sería que él, Manuel, se

retirara de la Administración, puesto que ya tenía una buena fortuna con la cual podría vivir muy bien en otro lugar, y le había informado que él, por su parte, tenía varios candidatos para reemplazarlo.

Manuel sabía que todas las tardes, a la misma hora, el viejo subía a la misma colina y se sentaba en la misma piedra a mirar al camino por un par de horas, hasta la caída del sol....

"Ese pobre loco..., va a morir en su ley, esperando a un desgraciado que no va a volver...", se decía el Administrador mientras caminaba a su descanso diario en compañía de nuevos obreros más jóvenes, con quienes compartía sus ideas y sueños respecto del futuro de la finca cuando él fuera el único dueño..., y claro que ellos tendrían muchas ventajas cuando eso sucediera.

El padre conocía muy bien los sueños de su hijo mayor y, simplemente respetaba su derecho a tenerlos, pero deseaba ver de nuevo a Ceferino porque su corazón no había dejado de amarlo ni un solo día.

El padre no se engañaba sobre el estado de los recursos que Ceferino había llevado ni sobre los mejores niveles de preparación para la vida que pudiera haber logrado. Solamente quería verlo y abrazarlo.

### **El viaje de regreso**

Ceferino, vestido con la ropa que el patrón le acababa de entregar, se sintió bien. Compró algo de pan y salió al camino. Calculó que tardaría dos días en llegar a la casa de su padre y arrancó a buen paso cuando comenzaba la tarde. Avanzó por caminos veredales hasta que el sol se ocultó. Entonces buscó un refugio para comer una parte del pan y beber agua de un riachuelo. Descansó unas pocas horas y retomó la marcha.

Con la frescura de la noche y la luz de la luna menguante pudo avanzar mucho, de modo que, al despuntar la aurora, reconoció lugares que estaban a un día de camino de El Patio.

Así continuó, evitando salir a la carretera hasta que el sol estuvo alto. Buscó entonces un lugar sombreado y protegido, comió el resto del pan y bebió agua de una quebrada. Luego se recostó para descansar mientras el sol era muy fuerte. Durmió profundamente hasta que lo despertaron unas ovejas que un niño iba guiando por el borde de la quebrada. Mirando las sombras de los árboles calculó que serían las tres o cuatro de la tarde.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó Ceferino al pastor.

— Pedro, —contestó el chico.

— ¿Qué tan lejos queda la estación de los buses?

— Pos... *d'aquí* a la carretera *puái* una hora y *endespués* por la carretera como otra hora o un poco más y *ai* sí llega al patio —explicó Pedro.

Ceferino sintió que renacían todas sus fuerzas, agradeció al muchacho y le dió la última monedita que le quedaba. Se acercó para beber en la quebrada y salió rápido, pensando en llegar a la estación antes de que oscureciera.

No fue tan rápido como pensaba. Las medidas del tiempo de los niños campesinos son bastante malas. Realmente se tardó casi cuatro horas en llegar a la estación El Patio. Estaba cansadísimo para trepar y el cielo lleno de nubes no dejaba pasar los rayos de la luna. Todo estaba muy solitario.

Ceferino se acercó a la Posada y le pareció abandonada. Cuando estuvo frente a ella, vio una pequeña luz que salía de detrás de la construcción y se acercó sin hacer ruido. Entonces escuchó unas voces de viejos que hablaban:

— *Pos* el pobre de don Abelardo no deja de esperar al hijo que se jué...

— Sí, *toas* las tardes *ai* va a sentarse a mirar el camino. Yo creo que no ve nada, pero *ai s'está* hasta *qui escurece*...

— Pero yo creo que Diosito se lo va a traer. Ese padre tan *güeno* se lo merece.

— Lo más malo es la gente nueva que el hijo mayor está metiendo en la *jinca*... Yo sé de dos de esos que son rateros, de veras...

— Pues por eso es que nosotros tenemos que seguir cerca, *pa* protegerlo si unos *d'esos quieren* hacerle mal.

— Sí, que roben pero que no lo vayan a maltratar. Y por eso es que tenemos que turnarnos para estar siempre cerca *d'él*.

— Sí. Ojalá llegue pronto el Ceferino. Ése es más *güeno* con los trabajadores y *toos* le vamos a hacer más caso. Es que el Manuel *tá* muy *apegao* a la plata y esos que consigue creyendo que son sus amigos, solo *queren* que el viejo *disaparesca* para quedarse con *too* lo que puedan.

— Sí *qu'es verdá*. El propio Manuel ni *s'imagina* que hasta lo pueden matar, al viejo y a él también.

Ceferino se devolvió hasta la puerta de la posada y dio golpes en ella. No quería que los viejos supieran que él había oído lo que hablaban.

Después de esperar volvió a golpear, mientras llamaba "¡Buenas noches!". al fin escuchó que abrían puertas adentro y que alguien se acercaba para abrir el portón.

Una mujer vieja abrió un poco...

— ¿Quién es? —preguntó desde adentro.

— Soy un viajero y busco la finca del señor Abelardo Sanisidro..., ábrame por favor. Estoy muy cansado —Respondió Ceferino.

La anciana llevaba una vela encendida, abrió la puerta y lo hizo entrar.

— Gracias, señora —dijo Ceferino.

— Pero está muy tarde, joven. Yo solamente cuido aquí pero no puedo darle una cama porque todos los cuartos están cerrados.

— Pero... ¿puede permitirme pasar la noche aquí en el corredor?... vengo de muy lejos...

La mujer le dijo que sí y que esperara, que ella le podía prestar algo con que abrigarse y también darle algo de comida que siempre tenía al rescoldo. Y se fue con la vela.

— Aquí tiene —le dijo al volver unos minutos más tarde, y dejó a un lado una cacerola y al otro una cobija doblada.

Luego se alejó y dejó la vela relativamente cerca, como para que les sirviera a los dos, cada uno en un extremo del corredor..

Ceferino quiso escuchar cuando entraran los viejos, pero lo dominó el sueño en cuanto comió el calentado que la buena mujer le llevó, y se durmió profundamente.

### **La llegada**

Al amanecer, Ceferino se paró al escuchar los cantos de los pájaros. Viendo que la puerta de salida estaba cerrada con candado, se adentró para llamar a la señora.

Con solo decir "¡Buenos días!", aparecieron los tres: los dos viejos y la mujer, lo saludaron amablemente y lo invitaron a desayunar.

Luego los dos hombres supieron que él quería ver a don Abelardo y le dijeron que lo mejor sería en la tarde, porque en la mañana él siempre estaba recorriendo la finca y tomando nota de todos los problemas, pero a eso de las cuatro, cuando se sentaba a mirar el atardecer, sería mucho mejor para ambos, porque podrían hablar sin interrupciones.

Ceferino, sin explicarles quién era él, se interesó por la posada, por qué no estaba en funcionamiento, y luego paseó con ellos por las cercanías para mirar las casas miserables de la gente pobre que iba pasándose a vivir por esos pedregales de la base de la finca, para poder trabajar en ella por días, en las épocas de recolección, desyerbe y siembra.

En eso se les fue la mañana completa. El más joven de los dos viejos, hermano de la señora que cuidaba la casa, se ofreció a estar pendiente y avisar a Ceferino del mejor momento para subir, sin que los trabajadores nuevos estuvieran fisgando lo que hacía o hablaba su patrón, porque a esa hora se reunían con el Administrador para divertirse lejos de todos los demás.

Ceferino se enteró así de las dificultades que sin duda tendría su padre. Continuó firme en pedirle trabajo de obrero para él y en sobrellevar las molestias que sin duda Manuel le haría sentir.

Poco después de las tres de la tarde, el observador autoencargado, bajó a decirle que el Administrador y sus trabajadores más amigos se estaban reuniendo del otro lado de la casa, y que unos señores que estuvieron toda la mañana con don Abelardo, acababan de irse. Con estos datos, le aseguró que él podía ir subiendo para salir al despejado cuando don Abelardo estuviera solo en su piedra de siempre, mirando hacia el poniente.

Lo que el viejo no le contó a Ceferino fue que él mismo previno a los más antiguos y fieles trabajadores de la llegada de un

joven que, sin duda, traía noticias del hijo lejano, recomendando a todos que estuvieran pendientes por si se necesitara ayuda, pero sin dejarse ver.

Don Abelardo, después de despedir al señor del banco y al notario que habían llegado tres horas antes para conferenciar con él, salió a su rutina de las tardes. Mientras caminaba lentamente hacia la colina, escuchó a Manuel que le decía entre risas, alejándose en sentido contrario: "¡No pierda su tiempo, señor Sanisidro!, mejor tómese unos vinos y duérmase temprano, para que mañana haga sus maletas".

"Este Manuel quiere mandarme lejos de aquí...", se dijo el padre. Mañana mismo voy a pedirle que me entregue la Administración con el argumento de que hay demasiados errores acumulados. Al fin y al cabo, yo soy el dueño y se lo había advertido...", y sonriendo tristemente continuó hasta su lugar acostumbrado.

Una vez sentado en la piedra, pensó en todos los asuntos que andaban mal. Así no podría continuar la finca ni un año completo más, antes de que saltaran todos los acreedores y se hiciera imposible evitar la quiebra y el derrumbe de todos los esfuerzos y recuerdos representados en esa propiedad.

Entonces miró al horizonte cercano del camino que salía por detrás del borde del bosque, y lo que alcanzó a distinguir lo llevó a continuar su monólogo:

... "Ése que viene allá no es un trabajador de la finca... Quizás es alguien que hace un mandado a la vieja Otilia. Esperaré un poco porque estos ojos ya no ven bien..." y pensó en la posada del Patio, cerrada por la terquedad de Manuel disfrazada de prudencia, "dizque para evitar los robos de ladrones camuflados entre los viajeros...".

— ¡Eso tiene que cambiar pronto, de verdad pronto!, dijo en voz alta mientras continuaba observando.

Entonces el que se acercaba levantó una mano y echó la cabeza hacia atrás, y Abelardo se levantó de un salto. Ese gesto, ese gesto era el gesto de Ceferino. Abelardo se paró y llamó con todas sus fuerzas:

— ¡Ayuda, venga quien esté cerca, por favor!

Enseguida llegaron los dos de la posada y otros que estaban pendientes.

— ¡Ése es mi hijo Ceferino. No tengo ninguna duda!, ayúdenme a acercarme. No puedo quedarme aquí quieto.

Y con su bastón en una mano y la otra apoyada en el brazo del hermano de Otilia, Abelardo se adelantó para abrazar a su hijo.

### **El reencuentro**

Ceferino al ver a su padre quiso ponerse de rodillas, pero él se lo impidió presionándolo contra su pecho en un abrazo lleno de afecto.

— ¡Padre!... perdóname. Yo estaba loco cuando me alejé de ti —dijo Ceferino emocionado, a lo cual el padre respondió:

— Bueno, pero ya volviste y eso es lo que cuenta. Ven, vamos a la casa para que te cambies y comas algo. —Enseguida pidió a los trabajadores que estaban cerca que alguno fuera a llamar a Manuel y le informara que su hermano estaba de regreso.

Ceferino se lavó y se cambió de ropa. Todo lo suyo continuaba en su alcoba, como si hubiera salido el día anterior. Antes de que regresaran los trabajadores con Manuel, Ceferino dijo:

— Padre, no merezco estar en esta casa. Recíbeme como un obrero y permíteme vivir como tal. Solo deseo estar cerca y trabajar para ti.

— Podrás trabajar como obrero, pero debes vivir aquí porque eres mi hijo. Eso no ha cambiado —contestó el padre.

Salieron al patio frente a la casa. Los trabajadores acercaron dos sillas para el padre y su hijo recién llegado; luego se retiraron un poco y permanecieron de pie en señal de respeto.

— Acerquen otra silla para Manuel —ordenó el patrón, y uno de los obreros obedeció en seguida.

Entonces, una vez sentados los dos, Abelardo dijo a los trabajadores:

— Este es un día muy feliz. Vamos a celebrarlo. Los encargados, busquen un cordero apropiado y arreglen su carne mientras las mujeres preparan todo para el asado. Que alcance para todos los que viven y trabajan en la finca. Cuando todo esté listo, nos avisan.

Así, los trabajadores se retiraron a cumplir la orden. Solamente Otilia y su marido permanecieron cerca de Abelardo y su hijo. No querían que estuvieran solos cuando Manuel llegara con sus colaboradores más cercanos, porque desconfiaban de ellos.

Abelardo quiso escuchar el relato de Ceferino. Él habló con verdad y no disimuló su mal uso del dinero que había recibido. Habló de las fiestas y de las borracheras, de los falsos amigos que lo halagaban y de la pobreza que lo cogió desprevenido. Después, del hambre y la soledad, con su orgullo golpeado; de la búsqueda de trabajo y de su negativa rotunda a regresar a la finca.

Luego vinieron el frío y el invierno y el cuidado de los cerdos y, finalmente, su gran deseo de volver, aunque no esperaba ser

recibido como hijo en 'Los Antepasados' pero sí como trabajador raso, pues no sabía realmente ningún oficio, aparte de cuidar cerdos... Lo que había aprendido en esos años posteriores a la escuela primaria antes de pedir su herencia y alejarse, no tenía nada que ver con trabajar el suelo de una finca.

Abelardo volvió a abrazarlo. Enseguida le habló:

— El amor del padre no muere. Lo sabrás cuando seas padre...

— Pero el padre debe ser justo; por tanto, sí que trabajarás como obrero a las órdenes de quien administre la finca. Actualmente es tu hermano Manuel. Creo que él pronto se retirará, porque ya tiene buen capital para comprar su propia finca y hacerla progresar.

Cuando él se retire, quedarás bajo el mando de quien lo reemplace. Tiene que ser alguien capacitado para administrar una propiedad como ésta. Yo tengo varios candidatos y seré yo quien lo elija. Ése no es un asunto en el cual debas inmiscuirte.

Sé prudente, trabaja lo mejor que puedas, ahorra aunque sea un poco de cada pago, ten paciencia, y sé buen amigo de tus compañeros obreros.

Conserva tu alcoba y vive en esta casa, porque eres mi hijo y yo te amo como a tal. Aquí en nuestra intimidad somos familia Manuel, tú y yo; los hijos y el padre. Tratemos cada día de conservar el afecto y la memoria de tu madre, y de ayudarnos unos a otros...

En ese momento se escuchó un alboroto de pasos y voces que se acercaban.

— ¡No puede ser! —gritaba Manuel.

Venía furioso. Detrás de él, un grupo de trabajadores jóvenes le hacían escolta. Más atrás y distanciados, los antiguos trabajadores vigilaban sin meterse.

— ¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó Abelardo a su hijo.

— Que hayas mandado matar un cordero para recibir a ese desgraciado —respondió Manuel.

— ¿Por qué no te sientas y hablamos? —propuso Abelardo señalando la silla vacía.

— ¡No me voy a sentar ni a hablar mientras ése esté aquí. Tampoco voy a comer nada! —señaló con el dedo a Ceferino, escupió en el suelo y dio media vuelta.

— No deberías irte así. Pero si es tu deseo, tomaremos decisiones sin ti —repuso con voz firme y sosegada el padre.

— ¡Valientes decisiones serán las que pueden tomar un par de arruinados!, ja ja ja, me río mucho de esas decisiones. Me voy a dormir al pueblo. Mañana tendrás noticias de mí. Viejo torpe!

— Hermano, si sirve para que dejes de tratar de esa manera a nuestro padre, yo me regreso por donde vine —dijo Ceferino.

Manuel ni se dignó mirar. Repitió su risa falsa y salió haciendo un ademán a todos sus seguidores. Todos se fueron por el camino de bajada hacia 'El Patio'. Cuatro de los antiguos caminaron detrás, hasta que los vieron alejarse a todos fuera de los bordes de la posada, en dirección al pueblo de más abajo.

Cuando regresaron los cuatro que habían bajado detrás de Manuel y los jóvenes, Abelardo invitó a todos a comer y les pidió acercar sillas y sentarse para compartir.

Comenzó por presentar a su hijo Ceferino, para quienes no lo conocían. Luego brindó con todos por 'Los Antepasados', la finca que era el fruto de los esfuerzos de la familia desde que él tenía dos años de edad, cuando cuatro niños huérfanos por la violencia, habían logrado llegar hasta ella.

Todos brindaron y, sonrientes, comieron hasta terminar todo lo preparado.

Al finalizar, las mujeres recogieron las sobras y barrieron el lugar para evitar que llegaran ratones a cenar con los residuos.

Entonces Abelardo les dijo brevemente:

— Les pido que no se angustien demasiado. Es cierto que tenemos una gran crisis, pero sin duda la superaremos. De todos modos nuestra situación es mucho mejor que la de hace cincuenta años, cuando caminábamos hambrientos por el borde de abajo, tratando de cazar un conejo para almorzar...

Ahora solamente recojan el desorden y dejen todo listo para comenzar el trabajo de mañana. —Finalmente advirtió:

A las seis y media de la mañana los espero aquí a todos. Por favor traigan su copia del contrato de trabajo. Será muy importante. Ahora, ¡feliz noche!

Cuando se quedaron solos, Abelardo dijo a Ceferino:

— Duerme bien, hijo. No te preocupes demasiado...

Casualmente esta mañana estuvieron aquí los del banco y se decidieron los pasos a seguir. Tu hermano se va a llevar una sorpresa. Yo quise prevenirlo pero, en fin, así quedaron las cosas....

Ah, antes quiero saber si tú sabes leer y escribir y hacer las cuatro operaciones bien.

A lo cual Ceferino respondió:

— Sí, padre. En los dos años después de la escuela primaria, antes de pedirte mi parte de la herencia e irme, aprendí también lo de llevar cuentas, llenar facturas, redactar contratos y también lo de hacer inventarios...

Infortunadamente no fui constante para continuar aprendiendo todo lo de administrar una empresa, pero puedo hacerlo. Tengo los libros.

— ¡Uff! Eso que me acabas de decir es una gran noticia para mí —respondió el padre sonriendo.

Luego Ceferino escuchó por primera vez después de la muerte de su madre, ahora por boca de su padre, las palabras:

"¡Dios te bendiga, hijo!"

Con una emoción inmensa y muy diferente, Ceferino lo miró, estrechó su mano y se retiró a su cuarto.

### **Ruina o reinicio**

En la mañana todos los trabajadores presentes, menos una de las mujeres de la cocina —quien se disculpó por no tener su copia pero aseguró haberla dejado al cuidado de su madre en el pueblo—, todos presentaron sus respectivas copias del contrato de trabajo. Ceferino tenía una lista y en ella fue anotando la fecha de cada contrato y verificando las firmas de su padre como propietario y de su hermano Manuel como Administrador en el momento de la contratación; y les devolvía la copia insistiendo en la importancia de guardarla bien. Luego tomó el archivo de los contratos originales y únicamente buscó el de la empleada Marina Sierra, para anotar la fecha correspondiente y revisar las firmas.

Solo seis de los quince trabajadores habían firmado con su nombre. Los demás lo hicieron con la huella de un dedo.

Mientras su padre hablaba, Ceferino miraba esas caras esperanzadas y tristes a la vez. Lo primero que se propuso fue enseñar a leer a todos. Recordó cuánto deseaba leer en sus días de cuidador de cerdos y la felicidad cuando llegaba una hoja de

periódico limpia de suciedades imposibles, y él leía hasta el último aviso y se sentía conectado con el mundo.

Abelardo explicó para todos que su hijo Manuel se retiraba de la Administración de la finca porque pensaba tener su propio negocio y que, mientras buscaba el reemplazo definitivo, él mismo volvía a administrar directamente los asuntos que se encontraban en un punto difícil. Les pidió que indicaran a su hijo Ceferino el trabajo que actualmente desempeñaba cada uno, para que él lo anotara en la hoja de la nómina que ese día comenzaba a ser la lista oficial para el nuevo período de 'Los Antepasados'.

Luego les dijo que si llegaba alguno de los trabajadores nuevos, estuvieran pendientes de decirle que si traía la copia de su contrato de trabajo debía pasar a renovarlo con el dueño de la finca, y que si no la traía, debía devolverse a buscar esa copia.

Finalmente los despidió agradeciéndoles su fidelidad y confiando en su generosa colaboración para reimpulsar la marcha de la finca como empresa de todos.

A las ocho de la mañana la finca estaba en pleno trabajo. Entonces se presentó un comprador de grano. Dijo que don Manuel le vendía regularmente el grano y que estaba avisado de que ese día vendría a recogerlo y a pagarlo.

Don Abelardo mismo se acercó para atenderlo. Envío a dos trabajadores a empacar y pesar el grano y pidió una hoja de factura para llenarla por su propia mano.

El comprador, muy extrañado al recibir la factura, dijo que él siempre pagaba en billetes, sin factura y sin impuestos.

Don Abelardo le dijo que debía hacerse legalmente para bien de todos, de la finca y del comprador mismo y su empresa. Así se evitarían muchos problemas con el fisco.

El comprador comprendió y pagó la factura. Solo dijo:

—Usted tiene razón. Lo que parece una gran jugada puede ser el comienzo de la ruina de una empresa. ¡Muchas gracias!

Los trabajadores ayudaron a montar las cargas para bajarlas hasta El Patio en la carreta tirada por una mula, carreta que para tal fin existía desde las primeras cosechas de 'Los Antepasados'.

Abelardo murmuró:

— ¡Ah!... así es como vamos llegando al fondo de nuestros recursos. Simplemente robando a la finca para pagar empleados inútiles.

Al llegar a las oficinas de la Administración, le pidió a Ceferino que se fuera a la posada a ayudar a limpiarla y que lo hiciera sin abrir puertas ni ventanas exteriores. Esto lo dijo porque él no quería que estuviera presente a la llegada de Manuel, ni se enterara de lo que hablaría con su hijo mayor.

Poco antes de mediodía apareció Manuel. Preguntó por sus empleados y le dijeron lo que don Abelardo había ordenado.

Entró furioso a su oficina y se encontró con su padre que ordenaba los papeles, en particular las facturas.

— Entra, Manuel; como no quisiste quedarte ayer, decidí que era hora de que descansaras de la Administración y desde hoy soy yo el Administrador de mi propiedad que está al borde de la ruina.

Miando de frente a su hijo, continuó:

— Tienes la opción de retirarte en silencio. 'Los Antepasados' no te debe nada y en cambio tú le debes los pagos del grano que has vendido sin facturas.

— Si quieres demandarme, hazlo, pero debes atenerte a las consecuencias.

— Además, un trabajador que se presente sin mostrar la copia de su contrato firmada por ti y por mí, no es un trabajador de esta finca. Si es empleado particular tuyo, pues págale y dale trabajo fuera de mi propiedad.

Manuel, furioso, se llevó la mano a la cintura con un ademán demasiado amenazador. Entonces cuatro trabajadores salieron de las sombras y lo inmovilizaron. Abelardo, sorprendido, les hizo un gesto de agradecimiento y les dijo:

— Acompañen a don Manuel hasta 'El Patio'. En la tarde encontrará en la estación de buses todas sus pertenencias. Puede llevar testigos. Yo haré llegar al Notario para que certifique lo que se le devuelve.

Manuel salió corriendo hacia la casa con ánimo de encontrar a su hermano. Pronto se dio cuenta de que Ceferino no estaba en ninguna parte y entonces se adelantó hacia la salida, sólo para encontrar sucesivamente nuevas parejas de trabajadores armados con sus herramientas, quienes simplemente lo miraban bajar. Algunos habían bajado más rápido por el camino corto, para advertir a los que estaban dentro de la posada que no hicieran ningún ruido. Todos entendían que don Abelardo no quería pelea entre sus hijos y ellos tampoco. 'Los Antepasados' era pertenencia de todos.

.....

Manuel no volvió nunca. Don Abelardo hizo escritura de la finca a su hijo Ceferino y continuó viviendo en esa casa de toda su vida hasta su muerte, que llegó veinte años después del reinicio de 'Los Antepasados' en esos días aciagos.

Y en esos años Ceferino se casó y le dio dos nietos, y el viejo disfrutó jugando con ellos y paseando incansablemente mientras les contaba la historia de la gran familia de 'Los Antepasados'.

Ayudó mucho a su nuera con la escuela que volvió a abrirse para todos los niños cercanos, y dos tardes por semana comenzaron a reunir a los trabajadores para que aprendieran bien a leer, escribir y hacer cuentas, como mínimo.

## CONCLUSIÓN

En la vida siempre tenemos opciones para mejorar y para ser felices. Es necesario elegir las y cumplir valientemente las exigencias que traen consigo.

Los enemigos se camuflan bajo la capa del orgullo, de la falsa dignidad, de la zalamería, de la apariencias... pero la sinceridad y la rectitud son nuestros apoyos para impedir que esos enemigos, ocultos en nuestro propio mundo interior, nos dominen y ganen la batalla en contra de la paz y la verdadera felicidad.

\*\*\*\*\*

Fin de

"HISTORIA DE LA FAMILIA SANISIDRO"

## LOS LOBOS DEL DESIERTO



Historia de errores, de crisis y de superación

## **Dos pueblos vecinos**

El pueblo 'El Vergel' llevaba muchos días sin ver caer ni una gota de lluvia. El río estaba tan bajo que se podía atravesar a pie descalzo por cualquier parte. Los sembrados parecían muertos antes de florecer. La gente pudiente del pueblo se había ido a su casa de la ciudad, la gente pobre no hablaba de irse porque no tenía cómo salir de viaje ni a dónde ir.

En la casa del campesino Demetrio todos seguían haciendo sus trabajitos diarios: la madre buscaba raíces comestibles y los niños recolectaban tunas maduras, pequeñas frutas silvestres y caracoles comunes de tierra, sobre los cuales un visitante europeo les había enseñado que se podían comer y la forma de prepararlos.

Demetrio recorría distancias buscando hierbas verdes o secas que sirvieran como forraje para su vaca Lorenza. Ella era el tesoro de la familia.

A pesar de tal estado de cosas, los habitantes del pueblo 'El Vergel' sabían que los de 'Las Piedras' estaban en peores condiciones. Allí no tenían río, sino un par de aljibes, y sus casas bordeaban el desierto; en el desierto vivían lobos de una especie pequeña de pelaje pardo.

Los lobos eran una amenaza constante para todos los habitantes de ambos pueblos, sobre todo para los niños de Las Piedras, que era el más cercano a sus guaridas. Cuando los lobos andaban hambrientos y en manada, podían matar a un hombre adulto y comérselo en muy poco tiempo.

Cada año se repetía el ciclo de las lluvias y a la vez el ciclo de las preocupaciones correspondientes.

Si el agua era muy poca, vendría tiempo de escasez, pérdida de las siembras, agotamiento y enfermedades de las personas y de los animales, y crecería la amenaza de los lobos.

Si las lluvias eran demasiado fuertes y seguidas, entonces los sembrados se anegaban y muchos productos perecían entre el barro. Además solían formarse arroyos que arrastraban la tierra y deterioraban las casas de adobe. Las familias del campo enfermaban de fiebres y fríos, y pasaban hambre.

El Vergel tenía su río y Las Piedras sus dos aljibes. Los pobladores de ambos sitios pasaban dificultades. En esos períodos solían presentarse discusiones y peleas por 'robos del agua o de parte de las cosechas', robos que podían ser reales o supuestos, además de muchos otros motivos que todos conocían, porque es irremediable que dos pueblos vecinos tengan sus diferencias y sus enemistades.

Desafortunadamente eso pasaba entre los habitantes del Vergel y los de Las Piedras desde los primeros años de la existencia de estos pueblos.

Sin embargo, también sucedía que cada año llegaba a su final y los vecinos de ambos pueblos se reunían para el baile común del 31 de diciembre, y brindaban en gran amistad por un Nuevo Año lleno de cosas buenas para todos. Así renacía el ánimo y la esperanza en las familias, y había un flujo de buenas obras y ayudas generosas de parte y parte.

### **Aparición de los caminantes**

El Vergel y Las Piedras se encontraban en una región fronteriza de poco atractivo económico debido al desierto, a la escasez de agua y a que la vía que unía áreas similares de las dos provincias vecinas, estaba muy descuidada. Además del piso irregular, en sus bordes se producían derrumbes frecuentes que

podían paralizar el tráfico por varios días, hasta que llegaran las máquinas necesarias para despejar el paso.

En un año particular, el exceso de lluvias produjo muchos derrumbes y llevó al extremo la estrechez del espacio para el tránsito de vehículos entre las dos provincias. Cuando terminaron las lluvias desapareció el paso por la erosión subsiguiente y dejaron de transitar carros. Los choferes encontraron un desvío que alargaba el camino pero que no tenía esos problemas y de esa forma el par de pueblos quedaron todavía más aislados.

Hasta que un buen día los habitantes de Las Piedras, el más próximo de los dos pueblos a la frontera, vieron aparecer por el desierto una fila de caminantes que se dirigían hacia ellos, procedentes del 'otro lado'.

Todos los hombres que estaban en el campo, automáticamente se agruparon para esperar a los peatones. Las madres y los hijos pequeños se metieron en sus casas.

Los caminantes llegaron y pidieron, "agua para la sed, por favor". Los campesinos les ofrecieron de la que tenían a mano para ellos mismos. Cada sediento tomaba un poco, entregaba la taza y continuaba su camino.

En El Vergel eran pocos los pobladores que estaban a la vista. Los viajeros descubrieron el perfil del río casi seco y se lanzaron hacia allá, alejándose del camino y de las viviendas y sin pensar en nada. Lo que no vieron fue que detrás de ellos se acercaban lobos con el mismo deseo de beber, más un apremio del hambre estimulada por el olor de los cuerpos sudorosos.

Los gritos de gente que pedía auxilio llegaron a oídos de Demetrio, quien inmediatamente imaginó que se trataba de un ataque de lobos a algún vecino y, agarrando un par de palos fuertes que siempre tenía a mano, salió en la dirección que

indicaban los gritos. Desde lejos vio que eran gente pobre y que eran extraños. "Mala cosa para todos", pensó, y se detuvo para hacer un plan posible, sabiendo que ninguno de sus vecinos estaría cerca pues era hora de trabajo en los sembrados.

Entonces, levantando los dos palos que llevaba, uno en cada mano, salió corriendo y gritando en dirección a los lobos: "¡Agarren palos y levántenlos, y griten muy fuerte para que los lobos se asusten y se vayan! ¡No se les acerquen demasiado!". Y a la vez que gritaba, daba el ejemplo.

Cuando los lobos huyeron, Demetrio se acercó. Todos los caminantes, excepto dos hombres, habían echado a correr hacia el camino y se alejaban gritando y con palos en alto. En el suelo, un cuerpo sin vida, completamente destrozado, daba cuenta de lo ocurrido.

### **Historia del 'otro lado'**

Demetrio se acercó a los hombres que se habían quedado y, señalando el cuerpo, preguntó:

— ¿Quieren que lo enterremos?

— Es mi hermano —empezó diciendo uno de ellos.

— Y sí, lo mejor es enterrarlo para que no se lo acaben de comer las fieras... y para poner una cruz —concluyó.

Demetrio los invitó a buscar un lugar apropiado para abrir un hoyo. Luego de caminar un poco, encontraron una piedra grande. El hermano del muerto escogió ese lugar y, con una pala que trajo Demetrio, entre todos cavaron un hoyo poco amplio pero suficientemente hondo contra la piedra, del lado más vertical de la misma. Arrastraron los restos del hombre muerto y los pusieron en el hueco, arrojaron encima la tierra que habían sacado y, antes de traer piedras, se santiguaron y rezaron la primera parte del Padre Nuestro, porque no sabían

más. Luego trajeron piedras grandes, pequeñas y medianas y cubrieron completamente el área, formando un montículo. Entre los tres construyeron una cruz que aseguraron firmemente entre las piedras.

Entonces los dos viajeros quisieron hablar con Demetrio para decirle 'gracias' y explicarle quiénes eran.

Demetrio los llevó al lugar de su trabajo y les compartió el 'aguadulce' y un poco de pan que tenía. Sentados en el suelo a la sombra de un sauce, hablaron.

— En nuestro pueblo, 'El Chorote', de la provincia vecina, más allá de Las Piedras, ya no queda casi nadie ni nada. La sequía acabó con todo. Nosotros fuimos los últimos en salir. Solamente los ancianos permanecen mirando al camino. Los demás se fueron antes hacia el interior, pero muchos murieron por el camino y otros volvieron para decirnos que tal vez los de este lado nos aceptaran mejor que los de nuestra propia provincia —dijo Nel.

— Mi madre murió hace un mes y nos dijo que viniéramos hacia acá. Que la tierra no era buena para las siembras pero la gente sí. Hoy que pienso en ella, creo que mi hermano ya la encontró y que están bien porque ambos descansan a la sombra de una cruz. Ahora yo quiero hacer algo bueno con mi vida, —dijo Luis, el hermano del muerto.

— Y todos los demás que venían con ustedes, ¿en dónde piensan quedarse? —preguntó Demetrio.

— Pues cada uno tiene su idea. Algunos tienen familiares que se vinieron hace tiempo... Ojalá los encuentren —respondió Nel.

— Aquí en el Vergel la vida es difícil, pero es menos dura que en Las Piedras. Si ustedes se quieren quedar en cualquiera de

estos dos pueblos, tienen que aguantar la desconfianza que siempre nace en las gentes ignorantes y simples cuando un extraño aparece. Pero con voluntad de obrar bien y ayudar de verdad, esa desconfianza se va borrando y pueden nacer verdaderas amistades —explicó Demetrio.

— Y ¿cómo sería mejor: quedarnos juntos en el mismo pueblo o uno en cada pueblo? —preguntó Luis, a lo cual Nel asintió por su parte, mostrándose muy interesado en la respuesta.

Demetrio pensó un tiempo. Finalmente propuso:

— Puesto que su hermano quedó enterrado aquí, yo puedo presentarlos como dos trabajadores que desean quedarse por esa razón. La cercanía de los muertos es una buena y respetable razón para permanecer en un lugar. Diré que yo los conozco y les puedo dar posada mientras estén sin trabajo fijo.

— Así que, si alguien necesita un trabajador, sea aquí o en Las Piedras, puede venir a contratarlo. De esta forma pienso que puede ser más fácil para ustedes y también para los que pudieran querer contratar a alguno de los dos. Difícilmente un campesino de estas tierras necesita dos obreros a la vez, salvo en tiempo de cosecha... pero eso todavía está lejos.

— ¡Muchas gracias! Entonces comencemos por hacer algo para usted, para pagarle esa posada que nos ofrece —expresó Nel, y Luis asintió.

— De momento, revisemos el establo de la vaca Lorenza, que es un miembro más de la familia, para que ubiquemos un rincón en donde puedan dormir por el comienzo. Tengo una casa muy pequeña en la que vivo con mi esposa y mis dos hijos. Por eso no puedo ofrecerles un lugar allá. Pero poco a poco iremos viendo cómo mejorar —dijo Demetrio y, sin más palabras, caminaron hacia el pequeño establo.

No había oscurecido del todo cuando Demetrio, Luis y Nel vieron a algunos de los caminantes que volvían sobre sus pasos en dirección a su tierra.

— Siempre es así. Muchos se apresuran a salir, creyendo que van a tener grandes ganancias con solo caminar y, cuando el cansancio los vence, se devuelven. Claro que algunos continúan en el empeño y los que regresan, de alguna forma aprenden a esforzarse en lo que conocen y no se dejan morir porque no están dispuestos a salir otra vez, sobre todo cuando han tenido una experiencia muy mala, como este ataque de tres lobos a mi hermano —dijo Luis.

Aunque se hizo rutinario el paso de caminantes frente a los dos pueblos, el relato que los primeros hicieron al regresar a sus lugares de origen, del ataque de los lobos, fijó la idea, para los siguientes que lo intentaran, de que no debían detenerse hasta después de pasar los pueblos de Las Piedras y El Vergel, y todos los terrenos de desierto de la zona.

Ese comportamiento evitaba enfrentamientos directos, pero ver pasar extraños a diario hizo crecer en los habitantes de los dos pueblos y sus alrededores una mala voluntad expresa hacia todo viajero que atravesara la región.

Luis y Nel, muy decididos a trabajar lo mejor posible para ayudar a Demetrio, comenzaron por explicarle que en su pueblo habían tenido visitas de personas especialmente informadas sobre cómo cuidar los bordes de los ríos y quebradas para que el agua se conservara mejor. A continuación le propusieron hacer un plan para cuidar los pequeños retoños de las semillas que sin duda caían antes del invierno y comenzaban a nacer apenas les caía agua de lluvia, a fin de que pudieran crecer y convertirse en árboles. También podría ser muy útil prever espacios para recoger el agua de la lluvia y evitar que se

escapara toda en las riadas que se formaban con los aguaceros fuertes.

Demetrio comprendió el tema y los invitó a comenzar. Hablaron con franqueza sobre cómo alimentarse ellos, y decidieron que pondrían trampas para conejos y roedores y tratarían de sembrar algunas semillas de hierbas comestibles y de pequeños frutos que crecían a la orilla del río, llevándolas a espacios retirados en donde fuera fácil regarlas con muy poca agua y con chamizos protegerlas de los pájaros.

### **Desconfianzas y curaciones**

Demetrio hizo un viaje a Las Piedras para conseguir una pala y una barra que necesitaba. Allá era fácil encontrar herramientas, tanto nuevas como usadas, pues los viajeros y también los comerciantes de la otra provincia las vendían a un precio que resultaba ventajoso para los compradores de los dos pueblos, ya que se evitaban el pago del transporte mucho más largo desde las ciudades.

Mientras Demetrio negociaba, varios parroquianos se acercaron y, cuando él iba a salir, lo detuvieron no muy amistosamente para preguntarle quiénes eran sus nuevos trabajadores y por qué estaban en su propiedad.

— Cuando pasaban por el camino frente a mi propiedad, tres lobos los atacaron y mataron al hermano de uno de ellos. Yo les permití enterrarlo y quedarse mientras vuelven las lluvias. Los muertos merecen respeto y esos muchachos son trabajadores —explicó Demetrio.

Los hombres se alejaron pero no todos de buen talante. Uno de ellos se quedó murmurando en voz alta:

— Eso lo veremos... Será por lo mucho que pueden trabajar en este tiempo...

A lo cual otro contestó:

— Yo los he visto dos veces, siempre amontonando piedras...  
¡quién sabe para qué!...

Dos más se rieron y todos siguieron sus respectivos caminos sin hacer nada, aparte de soltar unas semillas de desconfianza que quedaron flotando en el ambiente.

Mientras Demetrio estaba en la consecución de herramientas, Luis y Nel recorrieron las siembras de la finca y reconocieron que se podrían salvar algunos parches de la avena que aún se conservaban vivos. Para eso necesitaban algo de agua.

Caminando por la orilla del río localizaron una zona en la cual el piso, bajo de la superficie del agua, estaba más hondo; por eso ahí el agua tenía algo más de profundidad completamente disimulada por la cantidad de hojas secas y ramas que la cubrían por encima.

Examinando con cuidado el suelo del fondo, se encontraron con tierra arcillosa, sin duda impermeable, que impedía que se filtrara el agua. Entonces, usando solamente las manos y los pies descalzos, comenzaron a ahondar ese piso cuidando de que siempre quedara una buena capa de la arcilla contra el fondo. Después volvieron a cubrir la superficie con ramas y hojas y reforzaron el borde más bajo para evitar que la corriente se lo llevara.

No hicieron más, aparte de observar que de momento se suspendió la corriente del río, de ese pozo para abajo. Ellos estaban seguros de que una vez lleno el pozo, el agua continuaría fluyendo normalmente.

Ese trabajo lo dejaron para darle una sorpresa a Demetrio. Retornaron al acopio de piedras que venían haciendo con la idea de construir una habitación amplia que pudiera servir para

guardar los elementos necesarios para las siembras y para almacenar los frutos de las mismas, y también para poder trabajar a la sombra cuando se tratara de elaborar algún artefacto útil. Pensaban, además, que en ella podrían dormir esporádicamente uno o dos trabajadores.

Al regreso de Las Piedras, Demetrio les refirió las dudas y desconfianzas de los habitantes, pero los animó a continuar con los proyectos que llevaban porque él estaba convencido de que en ese tipo de previsiones se encerraban las únicas posibilidades duraderas para el futuro de ambos pueblos.

Luego trazaron los contornos de la construcción dentro del espacio que había quedado despejado de piedras, y esa misma tarde, después de la atención a la vaca y de comer algo, los tres comenzaron a cavar las zanjas para los cimientos.

Al otro día, luego de verificar que el río había vuelto a fluir normalmente, Luis y Nel se concentraron en buscar alimento para Lorenza y de paso detectar capas arcillosas, cosa que podría servirles mucho en el desarrollo de los planes que tenían. Estaban muy concentrados en ese asunto, un poco alejados del río y del camino, cuando oyeron un grito de auxilio.

De inmediato tomaron los palos que desde el primer día llevaban siempre consigo, y salieron a la carrera y dando gritos en dirección al camino.

Efectivamente, dos lobos atacaban a un hombre que acababa de caer, al ser agarrado por un tobillo. Luis y Nel gritaban y corrían con los palos en alto y los lobos, indecisos entre llevarse a su víctima o correr, les dieron tiempo de aproximarse lo suficiente para que Luis pudiera asestar un golpe a uno de los atacantes que se acercaba al cuello de la víctima.

El hombre, con el pie contra el suelo, sangraba pero estaba bien vivo. Luis se le acercó y con cuidado observó la herida que dejaba ver el hueso, por suerte sin fractura.

Demetrio llegó corriendo con unas tiras de tela que su esposa aumentaba cada vez que una prenda de ropa dejaba de servir como tal, y entre los dos, Luis y él, acomodaron y ataron firmemente la carne desgarrada contra el hueso, para cortar la hemorragia.

Nel había perseguido a los lobos hasta el borde del matorral y regresó para ayudar a cargar al hombre herido hasta una sombra cercana.

Poco después, cuando el herido –cuyo nombre era Juan Seri– estuvo calmado y hubo bebido agua, Demetrio le preguntó a quién quería que llamara, para ir a buscarlo. Él le dijo que al curandero de Las Piedras, porque era su amigo y sin duda traería los remedios necesarios.

Luis y Nel permanecieron cerca. Le acercaron pequeños bocados de carne de conejo que habían conseguido y cocinado el día anterior, y agua para beber.

Cuando pudo hablar, el herido dijo:

— Gracias. Ustedes me salvaron y no tenían obligación. Gracias.

Luis le contestó:

— Demetrio nos salvó a nosotros y nos ayudó a enterrar a mi hermano sin estar obligado.

— ¡Ah!, al fin de cuentas todos podemos ser amigos.. —dijo el herido, esbozando una difícil sonrisa porque tenía mucho dolor.

Esa noche el herido y el curandero de Las Piedras compartieron el establo de Lorenza con Luis y Nel.

Al día siguiente, varios hombres de Las Piedras llegaron con una carreta para transportar a Juan y al sanador a su pueblo. Cuando se retiraban hubo apretones de manos entre todos y agradecimientos simples pero verdaderos.

### **Mantener la tierra**

Esa misma tarde, Luis y Nel llevaron a Demetrio al río. Demetrio les preguntó:

— Y, ¿es que vamos a ordeñar a Lorenza?, ¿Para qué es el balde?

— Es para traer agua limpia. No se preocupe —contestó Nel.

Demetrio aceptó sonriente y caminó con ellos hasta el punto del pozo. Fue muy grande su sorpresa cuando los vio levantar la capa de hojas y ramas y meter el balde para sacarlo lleno de agua.

— Con esa agua, diariamente podemos regar un poco de la avena y recuperar parte de la cosecha —le explicó Nel.

Acto seguido, con cuidado fueron vertiendo pequeños chorros de agua sobre las plantas del sembrado que no estaban completamente muertas.

— Por este primer día se nos fueron dos baldes de agua, pero desde mañana, cuando las plantas estén en mejor condición, será suficiente un balde; con eso el río no va a sufrir y, en cambio, salvaremos una buena parte de la avena.

Demetrio se quedó pensativo. Luego escuchó todo el relato de Nel.

En su pueblo, que no era cercano a la frontera como el de Luis, habían tenido una visita de unos extranjeros que les enseñaron mucho sobre cómo vivir en zonas desérticas y les dieron indicaciones precisas de cosas que se podían hacer, como el

asunto de la arcilla y su importancia, la utilidad de encontrar en el terreno algo así como minas de arcilla, las cuales pueden convertirse en una riqueza útil para muchas cosas relacionadas con el agua, su cuidado y su distribución.

— Es que el agua es la sangre de la tierra. Si se acaba completamente, la tierra se muere y con ella se mueren todos los seres que necesitan el agua para vivir.

Luego habló de los muchos usos de la guadua y de las ramas secas de los matorrales y, sobre todo, de la importancia de tener árboles...

Después, pensando en el trabajo que tenían pendiente y para el cual estaban limpiando un área y recogiendo piedras, Nel dijo:

— Creo que, entre los tres, en dos semanas podemos tener las cuatro paredes de la habitación que trazamos y en una semana más le hacemos el techo. Ése se demora un poco porque no es tan fácil. Lo importante es tenerlo todo antes de que lleguen las lluvias.

Nel y Demetrio siguieron de una vez para continuar la apertura de las chambas para los cimientos. Luis fue a mirar las trampas, antes de regresar al trabajo de la construcción.

Trabajaron duro y parejo. En cuanto terminaban un lado de la zanja para los cimientos, lo llenaban con piedras grandes, agregaban piedras pequeñas y tierra en los espacios vacíos, y seguían con el otro. En tres días estuvo el cemento de tres por cuatro metros, relleno completamente con piedras y tierra. En ese punto trajeron agua del río para humedecer la tierra y aplanar un poco, antes de comenzar a levantar las paredes.

Nel explicó que mientras menos cemento metieran en el campo, menos se dañaba la tierra. Pero que era muy importante que las paredes quedaran bien hechas.

Por eso, antes que nada debemos conseguir arcilla para ayudar con la estabilidad de las paredes, pues no vamos a meter cemento; y necesitamos cuatro postes rectos para las esquinas. Pueden ser guaduas gruesas que no tengan daños para que no se les meta el agua. Esas van a quedar en las esquinas, bien derechas y enterradas por lo menos medio metro, pero por fuera de las paredes. Sirven para enmarcar y ayudar a mantener la vertical de cada pared que se va levantando y, al final, para recibir las esquinas del techo.

En la finca, más allá del comienzo de los matorrales había una mata de guadua. La gente no conocía todas las buenas propiedades de esta planta y no la usaba sino para cosas provisionales.

Consiguieron arcilla en abundancia y prepararon un hoyo amplio y de poca profundidad en un espacio cercano a la construcción. En esa especie de batea mantenían la arcilla húmeda para amasarla con facilidad y meterla entre las piedras.

Clavaron en las esquinas, por el exterior del recuadro del piso, las guaduas, altas y gruesas, y con una plomada las enterraron una a una sobre una base de arcilla en el fondo; luego envolvieron una buena parte con una mezcla de arcilla y piedras pequeñas, para terminar rellenando con tierra y pisando y apretando. Al final le pusieron tres soportes provisionales a cada poste. Cuando estuvieron todos cuatro parados, aplomados y bien soportados, los dejaron quietos durante tres días para que se asentaran todos los elementos. Luego comenzaron a levantar las paredes.

Luis era experto en el arte de levantar paredes de piedra. Tener siempre a mano una pequeña piedra atada a una cuerda para usarla como plomada y mantener la verticalidad, y meter porciones de arcilla amasada para pegar las piedras en algunos puntos, eran los dos pasos de cada movimiento. Luis llevaba la

voz cantante en ese trabajo y sus dos compañeros lo aprendieron; y mientras lo repetían, iban comprendiendo la importancia de todos los detalles.

A dos metros del piso y en todas las paredes, en lugar de ventanas dejaron algunos huecos del tamaño de un ladrillo para que entrara la luz y para poder mirar hacia afuera sin salir. Suspendieron el trabajo cuando las cuatro paredes, salvo el espacio correspondiente a la puerta, tuvieron una altura de dos metros y medio por el frente y dos treinta por la parte de atrás.

Antes de continuar era necesario conseguir una base para el techo. Como no querían utilizar madera, decidieron tratar de tejer ramas de matorrales y endurecerlas con arcilla, pero necesitaban al menos tres vigas de cuatro metros para ponerlas de lado a lado sobre los muros largos y por la mitad del espacio entre ellos. Las esterillas con arcilla se acomodarán transversalmente sin mucho problema.

Entonces resolvieron ir en busca de casas que estuvieran en demolición para obtener maderas que pudieran servir. Así, en El Vergel consiguieron por poco dinero, dos vigas y una puerta vieja en buen estado. Las estaban vendiendo como leña para hacer fuego. En Las Piedras encontraron otras dos vigas.

Con esos tesoros tuvieron listo todo lo necesario y terminaron de armar la base para las tiras del techo.

Demetrio observó que en una finca cercana habían puesto un techo negro en una construcción similar a la suya. Preguntó a los obreros y le dijeron que era un cartón ondulado e impermeable que vendían para techos, pero que no duraba mucho. Donde lo habían comprado lo llamaban 'paroy' y ellos creyeron que ese nombre quería decir 'para hoy', lo que les hizo pensar que era una pérdida de dinero comprar esas tejas de cartón. La ventaja era, además de su bajo costo, que se ponían

muy fácilmente y no necesitaban tantas vigas y, sobre todo, en los días de sol no se calentaban tanto como las tejas de zinc.

Todos tres fueron al pueblo a ver el paroy donde lo vendían.

Nel estuvo muy de acuerdo en utilizarlo para terminar pronto pues el cambio en el cielo y en el viento anunciaban la proximidad de las lluvias.

— Después de que pasen las lluvias lo recubrimos con las esterillas que pensamos y así lo protegemos y le damos una mejor calidad, para que dure por varios años. Ya verán cómo es que lo logramos.

Así terminaron el taller de trabajo, añadiendo una canal de guadua por el lado de atrás, que era el más bajo, colgada debajo del borde del tejado, para que recogiera el agua de la lluvia que caería sobre el techo. Prolongaron esa canal hasta que su extremo quedó sobre el hueco en el que había estado la arcilla que utilizaron en la construcción, y ahí la sostuvieron amarrándola firmemente a una horqueta de la altura necesaria, bien enterrada en el piso.

El hueco de la arcilla fue ampliado y pisado para adherir la arcilla y aplanar el fondo, de modo que cuando se llenara de agua no fuera un peligro para los niños, sino un buen pozo de poca profundidad en cuyo borde pudieran crecer árboles. Nel insistía en la urgencia de retener la humedad del piso después de la época de lluvias para que las siembras alcanzaran a sobrevivir hasta dar sus cosechas.

Les contó que los señores que les enseñaron estas cosas, en cinco años habían logrado crear bosques en el desierto, y que a esos bosques llegaron a vivir pájaros y conejos y ardillas.

Otra cosa que hicieron fue acercarse a los matorrales y recolectar las ramas secas que no se quebraban, para hacer cestas y esterillas.

### **Convivencia con los lobos**

Después del incidente de Juan Seri, la gente de Las Piedras comenzó a interesarse en lo que hacían en la finca de Demetrio esos foráneos que se habían quedado ahí. Demetrio contaba a cualquiera que manifestara interés, lo que iban haciendo y con qué objeto lo hacían, y los invitaba a visitarlos.

Esto llevó a hablar del peligro de los lobos. Nel expresó que, puesto que los palos levantados y los gritos los espantaban, podrían tal vez ensayar a tener a mano algo así como uno o dos muñecos desarmables que, cuando salieran a trabajar, los pusieran a modo de vigilantes. Los lobos no se atreverían a acercarse. Ellos —los lobos— seguirían en sus áreas si tenían agua, sombra y sus presas de siempre.

Entonces, aunque de vez en cuando fuera necesario entrar en esos espacios, lo ideal era no hacerlo; e igualmente había que evitar el corte de árboles, aunque pareciera que nadie los necesitaba. Esa práctica de cortar árboles sin tener un cultivo para reemplazarlos era la principal causante del crecimiento del desierto.

De todos modos el peligro de los lobos existía, sobre todo para los niños. La idea de los 'vigilantes espanta-lobos' sin duda ayudaría a mantener la vida de todos porque no era buena solución matar a los lobos, pero no era suficiente.

### **Llegada de las lluvias**

Cuando se desataron los primeros aguaceros, esos que siempre lavan la tierra y las piedras y forman corrientes que bajan

barriendo todo lo que encuentran, Demetrio, Nel y Juan salieron a ver en dónde podían trancar el agua. Llevaban estacas para marcar los puntos en los que fuera necesario reforzar algún borde, o ahondar un espacio para que el agua se profundizara, en vez de seguir arrastrando la poca tierra de la superficie.

En los intervalos sin lluvia, llevaban piedras para remendar los huecos y, con hojas y piedras más pequeñas, iban haciendo una especie de tendido que el agua movería hacia las piedras más grandes; y ahí comenzarían a fortalecerse los nuevos bordes. Poco a poco, las mismas hojas caídas se quedaban enredadas en las piedras acomodadas para tapar y así comenzaron a formarse pozos.

— Ensayemos a poner algunas semillas mezcladas con las hojas, a ver qué pasa —propuso Demetrio.

La mujer de Demetrio tenía semillas de limones, de naranjas y de peras, porque siempre soñaba con tener algunos frutales... de momento eran solo sueños. No se le ocurría cómo se podría hacer. Entonces, al oír que los hombres buscaban semillas y saber para qué eran, les dio las que tenía.

— Si nacen arbolitos, ¿cómo puedo cuidarlos cuando no haya lluvias? —preguntó.

— Pues lo primero es buscar el sitio en donde sea conveniente que crezcan. Luego preparamos el suelo y los trasplantamos, y por el primer año tenemos que cuidarlos mucho para que crezcan fuertes, para que no se los coman los pájaros ni los gusanos. Si todo va bien, el segundo año es mucho más fácil; y de ahí en adelante sólo habrá que regarlos un poco. A los cuatro años, más o menos, van a dar las primeras flores y tal vez una o dos frutas, pero luego ellos solos se defenderán —le contestó Nel sonriendo.

## **Las semillas que retoñan**

En ambos pueblos, los vecinos comenzaron a unirse para hacer trabajos similares a los que estaban desarrollando Demetrio y sus amigos. La gente se entusiasmó y, sin ningún resto de orgullo tonto, iban a preguntar y a pedir consejo, según sus circunstancias y sus problemas.

Cuando pasaron las lluvias más fuertes, el campo se veía cambiado. No eran muchas cosas nuevas, pero la gente estaba optimista. Los caminantes fluían en el sentido contrario. Volvían a su tierra y no dejaban de observar los cambios en los pueblos próximos a la frontera. Ellos también preguntaban y obtenían respuestas. Lo que no imaginaban era que el mejor estar que observaban en sus vecinos lo habían traído ellos. Uno de los suyos había aprendido la lección que en su momento les había llegado a ellos pero que ellos no habían aprovechado, lección que sí fue acogida en esta tierra lejana. Claro que esto solamente Demetrio lo sabía con total claridad, y se abstuvo de comentarlo.

El taller, con su puerta quedó completo. Entonces Demetrio y su esposa hablaron y decidieron que ese taller sería fundamentalmente la habitación de Luis y Nel, mientras construían una ampliación de la casa para que se ubicaran definitivamente como parte de la familia.

Los amigos agradecieron y se ubicaron en él, dejando siempre abierta la puerta para que el espacio pudiera usarse como todos habían pensado. Demetrio comenzó a diseñar mentalmente cómo sería el apartamento que, en cuanto pasaran las tareas de recolección y nuevas siembras, construirían entre todos.

Pasaron las lluvias y maduró la avena rescatada. Más de la mitad del sembrado total se recuperó.

El pozo de las aguas lluvias bajó de nivel y fue dejando al descubierto plantas nuevas. Nel pidió a todos que no pisaran hasta que se hubiera absorbido toda el agua, para evitar dañar las plantas que brotaban.

Un mes pasó hasta que el piso estuvo duro como para no enterrar los pies al caminar sobre él.

Nel y Luis se acompañaron mutuamente a la zona de los lobos para sacar retoños de guadua y trasplantarlos, con el fin de tener un gradual contra el borde inferior del pozo de las lluvias.

Hecho esto, se acercaron hacia el centro del pozo y tuvieron sorpresas: Indiscutibles retoños pequeñitos de cuatro cítricos y dos perales, mucho pasto fresco y unas plantas altas muy derechas que Demetrio y Nel examinaron con cuidado.

— Parecen árboles, pero ¿de qué? —dijo Nel.

— Voy a despejar el piso para ver de cerca —dijo Luis, y comenzó a mover la tierra alrededor, primero con la mano y luego ayudándose con un trozo de una rama.

Nel miraba atentamente y de pronto dijo:

— ¡Son retoños de un tronco grande! —y comenzó a limpiar con las manos la superficie entre dos de esos retoños, hasta que se vio claramente que se trataba de un corte transversal del tronco de un árbol que en el momento de ser cortado debía ser muy alto y fuerte.

Entre los tres siguieron despejando y se encontraron con dos retoños más. Uno de ellos nacía más abajo, más próximo a la raíz y los otros tres prácticamente se desprendían del borde del corte.

— ¿Qué puede pasar si los dejamos crecer todos? —preguntó Demetrio.

— Yo creería que el que más opción tiene es el que está más abajo, pues está más próximo a la raíz y enseguida puede aprovechar lo que ella absorba del suelo. En cambio estos tres tienen que esperar a que la savia suba desde la raíz a todo el grueso del tronco y de ahí le llegue a cada retoño un poco...  
—dijo Nel, pero siempre como dudando.

Demetrio entonces decidió:

—Pues destapemos todo hasta el nacimiento del de más abajo y esperemos a ver qué pasa con la superficie de corte del tronco cuando quede expuesta al sol. Y no dejemos sino un retoño de los de arriba, el que está opuesto al de abajo, a ver si el de abajo y ése se salvan ambos. Si cualquiera de ellos comienza a decaer, enseguida cortamos el de arriba para dejarle toda la fuerza al de abajo.

Fue tan claro el pensamiento, que enseguida los tres, muy convencidos, comenzaron a retirar con las manos la tierra cercana, hasta que se vio muy claro en dónde comenzaba el tronco y se separaba del suelo. Luego ampliaron el hoyo formado, hasta que quedó un valle en cuyo centro nacía el tronco con un brote verde contra la raíz y otro en el borde del corte.

Demetrio llamó a María Luisa, su mujer, para que viera todo lo que habían encontrado hasta el momento. Ella se emocionó con las plantas pequeñitas y miró muy admirada cómo renacía ese árbol que ellos nunca vieron antes...

Quedaron en esperar unos días más, antes de mover los frutales recién nacidos.

### **Nuevos problemas**

Volvió a escasear la lluvia y volvieron los caminantes y, por imprudencias de los caminantes, volvieron los lobos que habían

permanecido en su espacio, gracias al recurso de los espantalobos que tanto Demetrio como sus ayudantes llevaban y ubicaban como sus guardaespaldas, siempre que iban a trabajar lejos de la casa,

Esta vez fue que los caminantes decidieron meterse al río cuyo cauce estaba muy bajo. Dos lobos percibieron el olor de los cuerpos sudorosos y salieron a buscar el origen del mismo y agua para la sed, y los encontraron en el mismo lugar. Por suerte una mujer que no se metió al agua vio salir los lobos de entre los matorrales y se puso a gritar como loca, y los del río salieron y echaron a correr gritando todos en grupo. Los lobos no salieron a la carretera, pero se devolvieron y, con rabia, comenzaron a tirar y romper la ropa que algunos bañistas dejaron caer por el afán.

Demetrio y sus compañeros de trabajo estaban en el proceso de la nueva siembra de avena y no escucharon nada. Cuando regresaban a la casa, observaron los restos de telas cerca del río y se acercaron para ver de qué se trataba.

Nel recogió todos los pedazos, hizo un atillo y lo colgó de una rama que daba sobre la carretera. Luego siguieron su camino..

Esa misma tarde, María Luisa escuchó que alguien llamaba desde la carretera.

Desde lejos, ella preguntó qué deseaban las dos mujeres que gritaban. Ellas contestaron groseramente diciendo que les tenían que pagar la ropa.

Demetrio salió y, al escuchar el asunto, les dijo que los lobos habían destrozado esa ropa, que para qué se metían al agua si los animales conocían enseguida por el olor del agua que había gente y salían a buscar comida.

La mujer dijo que él tenía que controlarlos.

Demetrio contestó que las fieras no eran suyas sino que ése era el territorio de ellas, porque los lobos vivían ahí desde mucho antes de la llegada de los hombres. Que si alguien se metía al agua, sabía que vendrían los lobos. Así que mejor les avisara a todos que esa quebrada era de los lobos y que ellos la cuidaban y no tendrían ninguna duda en atacar si alguien se metía.

Luego, en un tono razonable, dijo:

— Señora, en todas partes tenemos problemas con la sequía. Mejor quédese en su casa y trate de resolver sus problemas conocidos en lugar de salir en busca de problemas desconocidos que pueden costarle muy caros. Usted sabe que han muerto personas por esa misma imprudencia. Yo no puedo hacer nada porque tengo que trabajar en el campo y no puedo pasarme el día aquí para decirle a cada uno que no debe meterse en propiedades ajenas.

La mujer volvió al lado de su compañera y, tomándola del brazo, dijo:

— ¡Vámonos de aquí! ¡Esta gente no entiende nada de nada y encima son unos maleducados!

Luego, gritando, dijo:

—¡Quédese con sus malditos lobos!, ¡que le aprovechen! ¡Yo por aquí no vuelvo ni que me lo rueguen...!

Demetrio no pudo sino reírse del discurso de esa caminante y se devolvió recordando una frase que su padre repetía:

"Está furiosa mi vecina porque se comió mi gallina."

### **Acuerdos**

Los habitantes de Las Piedras y El Vergel empezaron a tratar en sus encuentros el tema de los caminantes. Todos estaban muy aburridos porque ni siquiera era que los caminantes fueran

huyendo de algo, sino que habían tomado como distracción ir a meterse en las fincas y a bañarse en los pozos y quebradas de la región.

Entonces surgió el asunto de los lobos y todos estuvieron de acuerdo en poner avisos del peligro real y de la prohibición de entrar en las fincas del borde de la carretera.

Los dueños no se hacían responsables de las consecuencias de ataques de los lobos a los caminantes.

Un dibujante que vivía en Las Piedras se ofreció a hacer los anuncios con pinturas de lobos. Demetrio se comprometió a pagar los materiales necesarios y un finquero de Las Piedras dijo que él se encargaría de alimentar al pintor y ayudarle a poner los avisos en puntos estratégicos de la carretera.

En cuanto los avisos estuvieron a la vista, automáticamente dejaron de pasar caminantes. Luis se encargó de difundir ampliamente la noticia de la muerte de su hermano entre los caminantes que se paraban al comienzo, al ver los avisos, y se devolvían enseguida con el propósito de no volver a intentarlo.

Así Demetrio y su familia ampliada, pudieron dedicar más tiempo a mejorar cuanto les fuera posible para que la tierra no se resecara excesivamente en los tiempos sin lluvias y para que la vida fuera más amable para todos.

### **Logros**

En el término de dos años el árbol grande tenía dos ramas de más de dos metros de altura. La que salía desde el piso era más gruesa y fuerte y la otra, desde un corte del tronco, era más delgada y más alta. Entre las dos daban sombra al taller.

Con las ramas secas del matorral y hojas de guadua, entre todos, incluidos María Luisa y sus dos hijos, tejieron unas esterillas livianas para cubrir los tejados de 'paroy' por encima y

darles así sombra, sin dañar la forma de las tejas y permitiendo el paso normal de la lluvia, a la vez que las protegían del sol para hacerlas durar más tiempo y para refrescar el interior de las tres habitaciones nuevas: el taller y los cuartos de Luis y Nel.

Con los pozos preparados para recibir y guardar el agua de las lluvias hasta que el suelo la absorbiera completamente, Demetrio y familia lograron en cuatro años, tener un gradual joven junto a un huerto con diez frutales, y rescatar cinco árboles de tiempos antiguos cuyos pedazos de tronco volvieron a retoñar. Además comenzaron un vivero de árboles, para reforestar y reemplazar los que fuera necesario cortar.

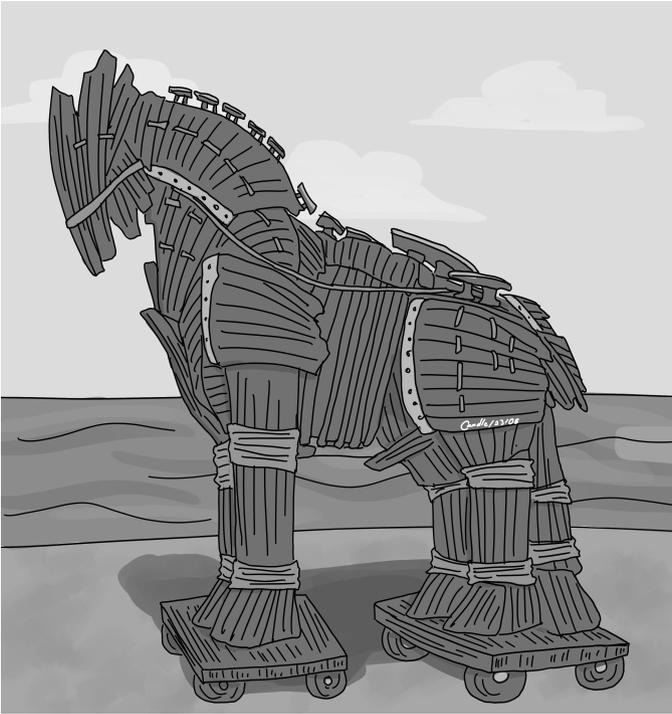
En muchas fincas y familias se lograron similares adelantos y la región prosperó; los niños crecieron mejor nutridos y todos aprendían en la escuela las formas de cuidar la tierra y la importancia de hacerlo, para el futuro de la humanidad.

Claro que hubo gente que no quiso aprender nada. Siempre sucede algo así. Pero siempre son más los que quieren que se salve el planeta que los que no sienten ningún deseo de nada.

De todos modos debemos continuar. No importa si es poco lo que logramos, cada poco cuenta y entre todos los que hacemos un poco cada uno, podemos lograr el nivel necesario para que la gran familia humana siga adelante, hacia la felicidad y la paz, en lugar de agotarse en peleas por el orgullo, por la ambición de dinero, por la soberbia de sentirse más que los otros...

Fin de        \*\*\* "LOS LOBOS DEL DESIERTO"\*\*\*

## EVOCANDO A TROYA



Obra creada para representación teatral

**Protagonistas:** Principales personajes de la Guerra de Troya

**Autores clásicos:** Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Virgilio

## **Función educadora de la mitología**

A través de los siglos, los seres humanos pasaron del estado primitivo de tribus familiares cerradas y aisladas, a la conformación de grupos multifamiliares o pueblos con alguna forma de gobierno y normas de convivencia, cuya finalidad principal era la conservación y crecimiento de cada comunidad.

Así fueron concebidos los dioses propios de cada pueblo, dioses más o menos poderosos, más o menos justos, más o menos buenos, que marcaban el futuro de cada hombre en ese pueblo; también aparecieron los oráculos y adivinos, que descifraban el futuro de un hombre de acuerdo con las circunstancias de su nacimiento.

Las normas de convivencia fueron apareciendo paralelamente con los mitos que se iban creando y se divulgaban como explicaciones de lo misterioso y lo terrible, y como obligaciones derivadas de las creencias y sobre todo del temor por un futuro de castigos para las personas, las familias y los pueblos que no acataran y cumplieran tales obligaciones.

Cuando un suceso muy grande e importante tenía lugar en un pueblo, los testigos iniciaban de inmediato la narración oral de la historia, para grabarla en la mente de los contemporáneos quienes a su vez la transmitirían a las nuevas generaciones. Este proceso continuaba repitiéndose sin interrupción por mucho tiempo. Así se construía la memoria colectiva y la historia de cada pueblo.

Cuando pueblos cercanos establecían relaciones comerciales o de otro género entre ellos, las historias viajaban en las voces de los narradores de oficio, encargados de difundir no solo los hechos sino también los mandatos y las leyes civiles y morales derivadas de ellos.

## Guión para la representación teatral

Se inicia con la grabación de un informe periodístico, en el siglo veintiuno:

Antes de abrir el telón, solo se ve una pequeña luz detrás...

(se escuchan ruidos de una grabadora y un micrófono ... y cuchicheos de los técnicos)

Un periodista lee, desde algún micrófono que no se ve:

*Datos históricos comprobados:*

La Guerra de Troya fue un hecho real que sucedió en el siglo XII antes de Cristo. Gracias a la tradición oral, la memoria de la misma se conservó durante más de cuatro siglos en Grecia y regiones del Oriente Próximo, por obra de los recitadores, quienes heredaban el oficio y repetían por todos los pueblos, generación tras generación, los hechos de esa terrible guerra.

El resto de Europa supo de ella casi quinientos años después, en el siglo octavo a.C. cuando apareció Homero con los poemas escritos “La Ilíada” y “La Odisea” que unificaron las tradiciones de los pueblos griegos. Esquilo, Sófocles y Eurípides escribieron las tragedias griegas en los siglos sexto y quinto a.C., esto es, dos siglos después de Homero; tragedias que hoy, más de dos mil quinientos años después, en pleno siglo veintiuno, encontramos con gran facilidad en múltiples formatos, y en ellas obtenemos muchas y muy reales referencias a los motivos, los actores y las víctimas de la Guerra de Troya.

Pocos años antes de nuestra era, en el 70 a.C., Virgilio, escritor romano, compuso “La Eneida”, obra cuyo personaje Eneas fue el último de los troyanos que pudo

escapar vivo y libre, y la cual narra el final de la Guerra de Troya. La Eneida termina con el nacimiento de Roma" (Finaliza la lectura)

El periodista termina con la noticia:

— Hemos logrado los permisos necesarios para que los propios personajes de la Guerra de Troya nos hablen desde el lugar en donde esperan el veredicto final. Dos compañeras que han sido las abanderadas de este logro les informarán personalmente.

Se encienden las luces por fuera del telón que continúa cerrado.

\*\*\*\*\*

## **Presentadoras**

las periodistas Caludia y María José llegan y saludan al público

Claudia:

— Buenos días (tardes o noches) a todos. Por fin ha llegado el momento en que, superados los innumerables obstáculos, podemos cumplir la promesa que hace tanto tiempo hicimos de entrevistar a algunos de los muchos que participaron en la guerra de Troya.

María José

— Sí, Claudia, ha sido difícil conseguir todos los permisos y sobre todo lograr la firma de Hades para que los implicados pudieran venir a hablarnos de sí mismos y a justificar su participación en esa terrible guerra.

Claudia

— ¿Ya los viste? ¿Cómo son?

María José

— No. Ha sido imposible. El permiso que se logró es por una única ocasión y solamente dos minutos para cada uno. Por eso hemos convocado a todos los presentes para que los oigan y juzguen por sí mismos.

— El dios Hades concede su permiso a cada uno de los que hablarán de su participación en la guerra. Él mismo, Hades, los irá llamando según el orden que él establezca.

— Nadie podrá hacer preguntas. Solamente se nos permite escuchar la relación hecha por cada uno de los llamados a declarar, cuya figura podremos ver en el marco de la cueva que sirve de entrada del Valle de los Muertos.

— El entrevistado debe presentarse, relatar su actuación en Troya y finalmente, dar un consejo a quienes leerán o escucharán su declaración.

Claudia

— Pero al fin, ¿Cómo empezó todo? ¿Quién fue el culpable?

María José

— No lo sé. He buscado todos los reportes que he podido y en últimas parece que fueron los dioses los que ocasionaron el desastre. Pero mejor, dejemos que los muertos nos hablen y sacaremos la conclusión entre todos.

Claudia

— Entonces, comencemos. ¡Invoquemos a Hades!

Se abre el telón. Se ve la entrada de una cueva oscura (hay ramas y plantas por fuera de la cueva)

María José (se inclina, toma una rama de olivo y levantándola dice:)

— ¡Oh Hades! Dios del mundo de los muertos para los griegos y los troyanos!. Concede, según tu palabra, a cada uno de los que se encuentran bajo tu poder, los minutos necesarios para que explique su participación en la Guerra.

— Aquí te presentamos esta rama de olivo en señal de que buscamos encontrar los caminos de la Paz a través de los relatos de la guerra. Quizás las palabras de los muertos nos muestren cuáles deben ser las acciones de los vivos para merecer la Paz.

(Se oye un ruido como de piedras que se rompen)

.....

**Hades** (Habla desde atrás con voz fuerte y poderosa.)

**—¡Oh incautos! Ustedes han esgrimido razones irrefutables para obtener mi consentimiento. Pero, ¡tengan cuidado!. Los relatos de los muertos de hace 25 siglos pueden parecer ajenos a los hombres de este mundo tecnificado y, después seguirán creyendo que son más listos y que ninguna desgracia vendrá sobre ustedes porque tienen armas y dinero. ¡Insensatos! Mil veces preferible fuera que no escucharan a los muertos porque sus palabras les servirán de advertencia y los juzgarán si su deseo de Paz es mentira!**

.....

Claudia (Dirigiéndose a la concurrencia)

— Es muy importante que escuchemos con atención. Los héroes y villanos de esa guerra tan lejana están todos en el mismo lugar. Ya no son enemigos, tampoco amigos, ahora pueden ver lo bueno y lo malo de sus acciones. Escuchémoslos y tratemos de que este esfuerzo no sea vano.

María José (Dirigiéndose a Hades)

— ¡Oh Hades!. Estamos listos para escuchar. \*\*\*\*\*

## **I. Declaraciones de los Aqueos** (Los pueblos griegos)

Hades.

**¡Agamemnon Atrida. Sal de tu oscuro reposo y ven a justificar tu participación en Troya!.**

Ruidos, truenos y luces como de rayos.

**Agamemnon** (Llega desde atrás hasta la boca de la cueva) y habla mirando al frente hacia lo lejos, como si no viera a nadie):

—Yo soy Agamemnon rey de Argos. Fuí el hijo mayor de Atreo, y el hermano de Menelao a quien fue secuestrada su esposa Helena por Paris el hijo mayor de Príamo rey de Troya.

Yo organicé la gran armada de mil barcos para atacar a Troya y devolver el honor a los Atridas.

Después de nueve años de preparativos y de haber convencido a todos los reyes de la gran Grecia, estuvimos listos para partir en Aulis.

Allí mi orgullo me llevó a desafiar a la Diosa Cazadora Artemisa, dando muerte a una de sus cervatillas y ella se vengó logrando de Eolo y Poseidón tal quietud del viento y tanto calor que nuestras naves no podían zarpar y una peste comenzó a minar nuestras huestes.

Consultado Calcas, nuestro augur, pronunció la terrible sentencia:

Para que tuviéramos viento favorable, yo debía sacrificar a mi hija Ifigenia, virgen aún, en el altar de Artemisa.

Muchos me aconsejaron desistir de esa empresa. Los mayores decían que no podía pagarse un precio tan alto. Pero mi soberbia de comandante de una gran flota que perdería prestigio con un retroceso, fue mas fuerte que el amor a mi hija y que los consejos de los sabios.

Con engaños de una próxima boda con Aquiles la hice llegar a Aulis y allí, yo mismo la sacrificué. Este es el crimen más nefasto que cometí y de él se derivaron todos mis males, incluida mi muerte.

Cuando regresé triunfante a mi palacio en Argos, encontré el falso amor de mi esposa Clitemnestra, quien nunca me perdonó la muerte de Ifigenia y la vengó quitándome a mí la vida... ella había meditado largamente todos los detalles de mi propio martirio y los cumplió a la perfección.

¡Oh, los que están vivos vivos! Aprendan que el orgullo NO sabe aconsejar. No hagan caso a ninguna de sus insinuaciones!

(Desaparece sin ruido)

\*\*\*\*\*

(Como en el caso de Agamemnon, Hades habla siempre desde atrás con voz potente y autoritaria). El interpelado sale a la boca de la cueva y responde, siempre mirando al frente, a lo lejos, como si no viera a nadie. Al terminar su parlamento, desaparece)

**Hades :**

**¡Menelao Atrida!. Ven hasta este público y explica los motivos de tus acciones.** (Ruidos y rayos)

**Menelao**

—Yo soy Menelao, rey de Esparta. El menor de los hijos de Atreo. Fui elegido entre los muchos pretendientes, por la propia Helena hija del rey Tíndaro de Esparta, y la hice mi esposa. Por esta boda reiné en Esparta.

Ella, la más bella y honesta de las mujeres griegas, había logrado, antes de decidir a quién aceptaría, que todos sus pretendientes hiciéramos el voto de ser como hermanos y defendernos unos a otros como tales. Así evitó que hubiera discordias después de que eligiera a uno solo entre todos.

Ese elegido fui yo y vivíamos felices, respetados por todos los habitantes de Esparta y de los otros pueblos griegos.

Apareció entonces Paris, en visita protocolaria, de parte del rey Príamo, su padre, y, sin ninguna vergüenza, sino como quien tiene derecho a tomar lo que quiere, se la llevó por fuerza y huyó amparado por la negra noche y por Afrodita, la diosa que lo cuidaba especialmente.

Entonces, yo, recordando el voto de todos los que fuimos pretendientes de Helena, acudí a ellos y, claro está, en primera instancia a mi hermano mayor Agamemnon, para organizar el rescate de mi esposa, por el único medio conocido, la guerra.

Cuando Agamemnon mi hermano sacrificó a su hija Ifigenia en Aulis, antes de salir, vi que era excesivo el dolor que ya padecían algunos de los nuestros y temí por lo que vendría después, pero mi orgullo me decía que ya comenzada la obra era preciso terminarla.

Este fue el engaño de la soberbia. Debimos intentar otros medios para lograr el rescate, pero NO lo hicimos, y por nuestro honor murieron miles de hombres fuertes y valerosos.

**¡Ustedes que están vivos! Sepan que la guerra es el peor camino para resolver las discordias. Evítela!.**

\*\*\*\*\*

**Hades:**

**Clitemnestra, reina de Argos. Preséntate!**

## **Clitemnestra**

—Yo, hija de Tíndaro y hermana de Helena, fui la desgraciada esposa de Agamemnon.

Cuando él decidió con todo su orgullo comandar la escuadra de naves argivas para rescatar a Helena, no me opuse. Pero cuando llegué con Ifigenia a Aulis para desposarla con Aquiles y en lugar de eso me obligaron a apartarme porque la boda era una mentira de Ulises y mi hija iba a ser sacrificada, juré matar al padre inicuo.

Durante los diez años de la guerra de Troya me preparé para recibirlo y despedirlo por mi mano hacia el reino de los muertos, a donde él envió a nuestra hija.

Tuvo el descaro de llegar con una hija de Príamo, dizque botín de guerra, como esclava para mí, y a ella también le dí muerte.

En pocas horas, después de desembarcar triunfante, el rey de Argos había bajado al mundo oscuro de la muerte.

Mis dos hijos vivos, Electra y Orestes buscaron y tramaron mi muerte. Es terrible para una madre morir a manos de un hijo. Los dioses lo absolvieron, luego todo este terrible destino fue obra de los dioses.

Solamente sé que de nada sirve la venganza. No nos devuelve a los seres amados y en cambio nos sume en un mundo de temores y remordimientos. \*\*\*\*\*

### **Hades:**

**¡Helena! Es preciso que hables. Sal de tu silencioso retiro.**

**Helena.** (Se encienden luces)

—Yo, Helena, hija del rey Tíndaro, nací en Esparta y allí crecí y llegué a la edad en la cual debía casarme. Mi padre tenía todos los días visitas de pretendientes que llegaban cargados de

tesoros y sufría pensando en que cuando eligiera a quien debería casarse conmigo y heredar su trono, todos los rechazados se convertirían en enemigos temibles para él y para el pueblo de Esparta.

Entonces Ulises de Ítaca me aconsejó que antes de elegir a uno exigiera a todos el voto del cual habló Menelao y así los pretendientes se convirtieron en amigos fraternales en lugar de enemigos y rivales. Después elegí a Menelao, el segundo hijo de Atreo y se celebraron la bodas.

El hijo mayor del rey Príamo, Alejandro a quien un pastor había llamado Paris, vino en visita de negocios a nuestro palacio, se enamoró de mí y con la ayuda de Afrodita me raptó una noche y me llevó a Troya. Allí, sola, lejos de todos los conocidos y amigos, fui obligada a contraer nupcias con Paris y pasé a ser su esposa y a vivir en el palacio de Príamo.

Siempre soñaba con Esparta y con mi hogar. Nada sabía de los preparativos de guerra hasta el día en que vi la escuadra argiva aparecer en el horizonte.

Deseaba mucho regresar. Pero las calamidades y sufrimientos de tantas mujeres troyanas y de sus hijos aun pequeños que ninguna culpa tenían de lo sucedido, y sin embargo fueron sacrificados sin piedad por los aqueos, me quitaron la alegría para el resto de mi vida.

**Volví a Esparta pero no pude volver a ser feliz.**

\*\*\*\*\*

**Hades:**

**Ifigenia, hija de Agamemnon. Relátanos tu vida.**

## **Ifigenia.**

—Yo, la mayor de las hijas del rey de Argos, Agamemnon, fui llevada por el embustero Ulises junto con mi madre Clitemnestra cuando ella criaba a mi hermano menor Orestes, con el pretexto de que mi padre me iba a desposar con Aquiles, antes de salir para la guerra que emprendían para rescatar a mi tía Helena que había sido secuestrada y llevada a Troya. Pero Ulises mentía y me llevaba para ser muerta por mi propio padre.

Cuando llegamos a Aulis, mi padre me llevó a su barco, el principal de todos y en lugar de los preparativos de una boda, vi un altar listo para el sacrificio a la diosa Artemisa Cazadora. El, Agamemnon mismo, mi amado padre, me puso sobre el altar y desoyó mis súplicas y lamentos. Levantó la espada y me vió morir y derramar mi sangre.

Pero no fui yo quien murió, pues la diosa me cambió por una cierva, a la que dió mi apariencia, y a mi me llevó a una ciudad lejana, Tauris, en donde gobernaba un rey malvado llamado Toas que hacía matar a todo extranjero que llegara a sus tierras.

La diosa me dejó caer en Tauris junto con una estatua suya y por haber caído del cielo con la estatua, el rey me hizo sacerdotisa de la diosa, encargada de humedecer con las aguas lustrales a todo extranjero que llegara, para que los encargados lo sacrificaran. Así viví muchos años, soñando con mi patria Argos, con mi madre y mi hermano quien debería heredar el trono de mi padre, pero no podía de ninguna manera hacerles saber que estaba viva.

Un día aparecieron dos extranjeros, griegos ambos. Quise interrogarlos antes de hacerlos morir a manos de los verdugos y oh gran sorpresa, uno de ellos era mi hermano Orestes, quien había dado muerte a mi madre en venganza por la muerte que ella proporcionó a mi padre, y huía de los hombres y de los

dioses. El me contó todos los horrores que narraban los que regresaron de la guerra.

Entre los tres ideamos un plan para poder salir y logramos engañar a Toas y zarpar en el barco que Orestes traía.

Llegamos a Atenas, allí Orestes fue juzgado y absuelto por los dioses quienes le permitieron ocupar el trono de Argos. Yo nunca acepté el matrimonio y pude vivir largos años en paz. Mi padre siempre pensó que él me dió la muerte y el recuerdo de ese crimen lo atormentó por siempre.

Mi vida, aunque tuvo sufrimientos, no fue tan desgraciada como la de los que vivieron y murieron en Troya.

Un corazón puro es garantía del favor de los dioses y del respeto de los hombres.

\*\*\*\*\*

## **Hades**

**¡Odiseo de Itaca, denominado Ulises. Háblanos de tus acciones!.**

## **Ulises**

—Yo, Odiseo, hijo de Laertes, fuí el Rey de Ítaca. Los griegos me llamaron Ulises debido a mi capacidad para crear artificios y trucos.

Entre mis ideas más reconocidas está la de aconsejar a Helena que, antes de elegir esposo, les exigiera a todos los pretendientes el juramento de comportarse en el futuro como hermanos.

También fui yo quien engañó a Ifigenia con la ilusión de una próxima boda con Aquiles y así logré llevarla a Aulis para que fuera sacrificada por su padre en el altar de Artemisa y la diosa nos dejara salir a la guerra.

Con Aquiles, a quien su madre tenía muy escondido, me ingenié para descubrirlo entre todas las mujeres del palacio de Laomedonte, y lo convencí de venir a Troya.

A mí se debió la idea del caballo lleno de guerreros argivos que introdujeron los troyanos en su ciudad después de creer todas las mentiras de Sinón, nuestro supuesto enemigo que buscó refugio en el reino de Príamo siguiendo mis instrucciones. Estas acciones y palabras ideadas por mí nos llevaron al fin propuesto de entrar en Troya cuando nadie allí estaba preparado para dar batalla.

Mi regreso a Ítaca, al finalizar la guerra estuvo lleno de accidentes y terribles enemigos. Cuando entré a mi palacio después de tantos años de ausencia, lo hice como mendigo. Solamente mi fiel perro Argos me reconoció y desde mi disfraz pude ver la falsedad de mis amigos y la fidelidad de mi esposa Penélope.

Reiné hasta mi muerte, pero no era feliz. Las escenas de la guerra troyana rondaban mis sueños y no encontraba descanso. Habíamos triunfado con tanta crueldad que ese triunfo se llenó de amargura.

Si volviera a vivir emplearía el ingenio que me dieron los dioses para evitar las guerras. Si lo hubiera pensado así, habría encontrado la forma de rescatar a Helena sin que tuvieran que morir tantos inocentes. Pero no lo hice. Por eso, tampoco aquí encuentro descanso.

A quienes viven hoy sobre la tierra les digo: **Busquen los caminos para resolver dificultades y peleas sin necesidad de armas mortales. Siempre mueren los mejores y más valientes.**

\*\*\*\*\*

## Hades

**Penélope, reina de Ítaca, hálbanos de lo que la guerra de Troya fue para tí.**

### Penélope

—Yo fui la esposa del valiente Ulises u Odiseo. Llegué a Ítaca después de las bodas y allí viví hasta mi muerte.

Cuando apenas había nacido mi único hijo Telémaco, su padre Ulises salió para acompañar a los Atridas en los preparativos y en la guerra de Troya.

Nunca fui a Troya pero fueron muchos los sufrimientos que esa inicua guerra nos trajo a todos.

Pasaron veinte años desde que Ulises salió y en todo ese tiempo nosotros no tuvimos ninguna noticia de su suerte. El palacio se llenó de huéspedes que pretendían mi mano y que iban consumiendo día a día todos nuestros bienes en fiestas y comilonas.

Todos los otros reyes habían vuelto a sus casas y ninguno sabía nada de mi esposo. Creíamos que Ulises había muerto pero yo no deseaba aceptar ningún nuevo matrimonio.

Al fin llegó. Al principio como un mendigo, pudo comprobar la triste situación. Después echó fuera a todos los pretendientes y restableció su reinado y todos volvimos a estar juntos.

Nunca olvidé mis deberes de esposa fiel y de madre. Por esto los dioses que premian la virtud, me concedieron terminar la vida en paz.

Mi consejo es: **Practicemos el bien, cumplamos nuestras obligaciones y no perdamos la fe. Al fin se cumplirán verdaderamente nuestros deseos.**

\*\*\*\*\*

## **Hades**

**Aquiles hijo de Peleo, abandona tu lúgubre silencio y ven a explicar tu suerte.**

### **Aquiles**

—Yo, hijo de Peleo y la nereida Tetis, estoy muerto porque fui herido por Paris en el talón, único punto vulnerable de mi cuerpo.

Durante mi niñez, para esconderme de la envidia de otros dioses y diosas, mi madre me entregó al centauro Quirón quien me alimentaba con corazones de león y médula de otros animales.

Como ella conocía el futuro sabía que si yo participaba en una guerra, moriría. Entonces, siendo muy joven me llevó a la isla del Rey Licomedes quien juró a mi madre que a nadie diría de mi vida en su tierra. Fui vestido de muchacha y vivía haciendo oficios de palacio. Sin embargo, sentía gran inclinación y tenía habilidad para manejar la espada y el escudo y fue esta disposición la que me descubrió.

Los augures dijeron a Agamemnon que no ganarían la guerra a menos que yo, Aquiles, descendiente del fundador de la ciudad de Troya, peleara en ella. Nadie sabía en dónde me encontraba, pero siempre hay adivinos para descubrir un secreto y Ulises supo por ellos de mi escondite.

Llegó disfrazado de mercader ofreciendo muchos objetos apropiados para muchachas.

Al final presentó una espada y un escudo y cuando los mostró, todas las mujeres se retiraron y me quedé yo, vestido de mujer, pero fascinado por las armas. Así me descubrieron y fui llevado a Troya.

Sufrí muchos furores por la prepotencia de Agamenón pero al final decidí quedarme y pelear, aunque no me importaban ni Menelao ni Helena y yo no había hecho ningún juramento.

Mi proyectado matrimonio con una de las hijas de Príamo hubiera puesto fin a la guerra, pero Paris lo hizo imposible, y Troya murió después de mi.

¡¡ No se dejen hipnotizar por el brillo de las armas. Luchen y trabajen para que no haya guerras !!.

\*\*\*\*\*

## **II. Declaraciones de los troyanos**

### **Hades**

**Príamo, rey de Troya!. Expresa tus sentimientos.**

### **Príamo**

Yo fui el último rey de Troya. Bajo mi responsabilidad estaba la ciudad y por mi culpa pereció. Esta pena no me dejará descansar jamás.

Yo, que sabía los oráculos respecto de mi hijo mayor, en lugar de vigilarlo y cuidarlo, intenté quitarle la vida haciendo que un pastor lo abandonara en el monte Ido cuando estaba recién nacido. Y cuando volví, no solamente no cuidé sus acciones sino que permití que celebrara unas bodas infames con la esposa del rey de Esparta que era nuestro amigo.

Esa excesiva benevolencia con la cual quise reparar el abandono en la niñez llevó a mi reino a la destrucción y a la muerte. Vi morir a Héctor mi amado hijo, honor y gloria de todos los troyanos y con él a los jóvenes que eran nuestro orgullo y esperanza. Me dió muerte el hijo de Aquiles, menospreciando mi avanzada edad y la amistad que nos unía

con su padre y su abuelo y olvidando que el padre de su abuelo fue el fundador de Troya.

¡Oh padres de todos los tiempos! El trato hacia los hijos debe ser justo. No los castiguen por encima de sus faltas pero no les consientan todos sus deseos, sobre todo cuando obran en contra de las leyes y de la lealtad.

Críen y eduquen hijos respetuosos de Dios y de los hombres, cumplidores de la ley y leales a los amigos para que padres e hijos puedan vivir y morir en Paz.

\*\*\*\*\*

## **Hades**

**Héctor, hijo de Príamo, héroe de los troyanos, ven y háblanos de tu valor.**

## **Héctor**

—Yo, hijo de Príamo, fui el más valiente y decidido luchador del ejército troyano. Por los excesos de mi hermano mayor, a quien conocí muy poco tiempo y de quien no sabía nada antes, entramos en esa guerra que acabó con la gloria de mi patria y de mi familia.

Di muerte a Patroclo, el gran amigo de Aquiles y tuve el descaro de presumir ante él, moribundo. Ay, qué orgullo perverso nos hace disfrutar en el sufrimiento de nuestros contrarios y ganarnos con ello el cambio de la fortuna.

Aquiles, dominado por la ira y el dolor de la muerte de su amigo, lo vengó duramente y me dió muerte.

No contento con verme muerto, arrastró despiadadamente mi cuerpo por todo el campo para dolor de mis padres y hermanos. Pero los dioses hicieron algo que obligó a los argivos a suspender la guerra durante doce días y sus noches.

Mi cuerpo, a pesar de tan terribles golpes y del tiempo que pasaba, más de diez días tirado en el suelo sucio, al sol y al agua, no se descomponía ni siquiera se marcaba un rasguño en la piel.

Una diosa llevó a mi padre hasta la tienda de Aquiles, con presentes para el rescate y un carro para cargar mi cuerpo y darle sepultura según la fe de los troyanos, y también ablandó el corazón de Aquiles quien accedió a eso y a doce días de tregua, mientras en Troya se celebraban mis funerales.

Tengo que agradecer a los dioses por este cuidado que permitió a mi madre llorar sobre mí y despedirme para el Hades según mi rango y nuestras costumbres.

La guerra acaba con los mejores hombres de todos los pueblos que participan. Por eso, ustedes que están vivos:

**¡¡ Conserven la fe en el poder de la justicia para construir el bien y reparar el mal. No crean en el poder de la guerra que solo puede destruir !!.**

\*\*\*\*\*

**Hades**

**Alejandro, apodado Paris, hijo de Príamo! Di lo que tengas que decir.**

**Paris**

—Yo soy Alejandro el hijo mayor de Príamo rey de Troya y fui apodado Paris por un pastor que intervino en mi destino.

Mi suerte, que puede parecer llena de placer estuvo manchada de temores y marcada por los dioses.

Un adivino dijo a mis padres, Príamo y Hécuba, reyes de Troya que el primer hijo que tendrían sería la causa de la destrucción de Troya, antes de cumplir los 30 años.

Entonces mis padres decidieron sacrificarme apenas nacido y me entregaron a un pastor de nombre Arquelao con la orden de llevarme lejos, hasta el monte Ido y allí abandonarme para que muriera. El pastor cumplió la orden, pero dos días después regresó al lugar y me encontró todavía vivo. Entonces me recogió y me ocultó en el monte con otros pastores, dándome el nombre de Paris.

Crecí como pastor y así viví hasta avanzados los veintinueve años. En esa época me gané el afecto de Afrodita por haberla reconocido como la más bella de las diosas y ella me prometió que tendría como esposa a la más hermosa de las mujeres griegas. Además los pastores me contaron mi propia historia.

Desde ese día dediqué especial cuidado a conocer todo lo que sucedía en Troya y como pronto cumpliría los treinta años, me sentí seguro de no ser el causante de ninguna destrucción.

Sucedió que mi padre convocó a unos juegos en la ciudad y yo fui, como pastor, a probar suerte. Nuevamente la ayuda de Afrodita me hizo ganar. Entonces me presenté en el palacio y todos tuvimos gran alegría. Recuperé mi nombre Alejandro.

En esos días mi padre enviaba embajadas a todos los reinos para hacer negocios con los gobernantes y a mí me envió a Esparta. Allí fuí recibido con honores por el rey Menelao y su esposa Helena, la más hermosa mujer que hayan visto los mortales. Mi amor por ella fue inmenso y reclamé a Afrodita que cumpliera su promesa.

La diosa me ayudó y así pude huír llevándome a Helena y llegué con ella a Troya.

En mi prepotencia por el favor de la diosa Afrodita, creí que todo me pertenecía y, desconociendo el matrimonio de Helena en Esparta, celebré las bodas con ella en Troya y pasé a vivir en el palacio de mi padre, como heredero al trono.

Ay, ¡desventura!, no duró mucho el proyecto. Troya murió por mi ceguera y presunción. Hice infelices a todos mis hermanos, a mi padre amado y también a Helena quien no volvió a sonreír jamás aunque fue rescatada y regresó a su patria.

Un momento de locura, así sea por culpa de un amor inmenso, dió inicio al sacrificio de muchos, muchos que no merecían morir de esa manera.

**¡Ustedes que están en el mundo de los vivos!, aprovechen el tiempo haciendo algo que sirva a quienes aman y no pongan en peligro vidas inocentes por altanería y orgullo.**  
(Desaparece)

\*\*\*\*\*

## **Hades**

**Cassandra, esclava de Agamenón. Cuéntanos tu suerte.**

### **Cassandra:**

Yo soy Cassandra, la hija menor de Príamo, rey de Troya. Cuando los argivos quemaron nuestra ciudad, dando muerte a mi padre y hermanos, me encontraron en un templo y se abalanzaron sobre mí con el afán de llevarme cada uno consigo.

Por suerte el Rey Agamemnon apareció y dijo que me llevaría como esclava para su esposa en Argos.

Así llegué a Argos, siendo todavía muy joven, pero después de haber vivido tan grandes sufrimientos como algunas ancianas ni se pueden imaginar.

Tengo que decir que odiaba a Helena y también a ese hermano mío, Alejandro o Paris, que apareció cuando no teníamos ninguna noticia de su existencia y fue la causa de nuestra ruina.

En Argos encontré a la esposa del Rey, Clitemnestra llena de odio disimulado contra él y supe por mi intuición que planeaba matarlo y que también me mataría a mí.

Sufrí la muerte de su mano, y la muerte fue mucho más soportable que la vida de los últimos años.

Aquí en el Hades, descanso y espero.

\*\*\*\*\*

## **Hades**

### **Hécuba, reina de Troya, habla a la asamblea**

#### **Hécuba**

—Mi dolor de madre es tan grande como ninguna otra mujer puede imaginar siquiera. Nueve hijos tuve y a todos vi morir, menos a Casandra, mi pequeña, llevada como esclava al palacio de Agamemnon.

Cuando los jefes vencedores echaron suertes sobre nosotros los que quedamos vivos en Troya, a mí me tocó ser esclava en Ítaca, en el reino de Ulises.

Yo, anciana, hija de un rey y esposa de otro rey, moriría como esclava en tierra lejana, sin nadie que me llorara, sin una sepultura al lado de los míos!...

Pero no llegamos a Ítaca. Los dioses bondadosos hicieron naufragar nuestro barco y mi cuerpo reposa en el fondo del océano. El destino me libró de esos años de humillación que me esperaban en el reino de Ulises.

La vida es corta y es bueno preparar a los hijos para una vida dura, aunque todo sea felicidad. La suerte puede cambiar en un solo día y es necesario que estén preparados para todo.

\*\*\*\*\*

## **Hades**

**Eneas, eres el último en hablar. Hazlo brevemente.**

### **Eneas**

—Yo soy Eneas, hijo de Anquises. Nací en Troya, viví y luché en la guerra.

Los dioses me ampararon y pude salir de Troya en el último momento en compañía de mi anciano padre y de mi pequeño hijo Ascanio a quien después llamaríamos Julio.

Innumerables fatigas llevaron a los sobrevivientes de Troya por todas las playas y rocas del mar. Incansablemente luchamos por restaurar la progenie troyana en otras tierras, pero no logramos construir ninguna ciudad como Troya.

De todos modos, nuestros descendientes se mezclaron con los pueblos que habitaban lo que hoy se llama Italia y, según algunos, de nosotros descienden los romanos que hicieron un gran imperio que también se derrumbó.

La sangre de Troya no desapareció de la faz de la tierra.

Por mucho que duren los dones de la fortuna y de los dioses, es corta su existencia comparada con la vida de todos los hombres y de todos los pueblos.

**Mejor es evitar la guerra y trabajar juntos para progresar en la Paz.**

\*\*\*\*\*

### **Hades (Concluye la audiencia)**

**Está cumplido mi compromiso. Quienes escucharon a los muertos, tienen gran responsabilidad con lo que ahora saben. Busquen la Paz en la bondad y en la sencillez porque ella no existe para los corazones que solo tienen odio y**

**orgullo. En el reino de los muertos no se pueden reparar los males. ¡Deben hacerlo mientras estén vivos!**

Muchos ruidos y al final oscuridad. (Se cierra el telón)

\*\*\*\*\*

## **Finaliza la obra**

### **Periodista Claudia**

—Bueno, creo que sobran las palabras después de lo que hemos escuchado. Los invito a una mesa redonda sobre este tema dentro de unos dos meses. Les avisaremos.

### **Periodista María José**

—Pues yo estoy sorprendida. Nunca pensé que seres que vivieron hace tanto tiempo fueran tan parecidos a los que hoy, en medio de la tecnología de este siglo veintiuno, quieren ser reyes y soberanos y hacen la guerra sin darse cuenta de que al final a ninguno le sirve para nada.

Muchas lecciones nos dejan los relatos que hemos escuchado. ¡Tratemos entre todos de aprovechar las enseñanzas recibidas y sobre esa base, construyamos un futuro verdaderamente fraternal para nuestros descendientes.!

Fin de "EVOCANDO A TROYA"

\*\*\*\*\*

# EL ARRUINADO



Novela sobre la buena suerte que no se espera y la ruina que llega sin avisar

## ***Introducción***

*Cuando un golpe de suerte llega a un pobre y de la noche a la mañana lo convierte en rico, el resultado es impredecible. Sin embargo, tras el análisis de algunos casos conocidos, mis cortas estadísticas me han mostrado que en general esa 'buena suerte' se convierte en una 'muy mala suerte' y el afortunado termina en peores condiciones que las anteriores a su prosperidad, a menos que sea capaz de pisar las ruinas del castillo de arena que se le derrumba y volver a sus quehaceres y costumbres del tiempo de las 'vacas flacas' con una mirada*

*mucho más sabia y prudente.*

*Esta historia se parece sin duda, en todo o en parte, a alguna o algunas que el lector ha conocido. Los personajes y la trama son todos fruto de la imaginación de la autora, pero la realidad se empeña en formar parte de esas vidas inventadas.*

*Quiero compartir contigo, paciente lector, este forcejeo que siempre lucha en mi mente cuando mis personajes no se someten al destino que quiero darles, sino que se imponen sobre mis dedos para teclear lo que ellos quieren hacer y decir. Es mi pelea. Puede gustarte tomar parte en ella y apostar por otros destinos finales. Estas luchas van conformando nuestra visión interior con la lógica de la vida y nos ayudan a aceptar sus variaciones y a sobreponernos a lo que inicialmente nos parece irremediable.*

*Nuestra mente es el puente entre la realidad exterior y concreta y el espíritu interior e insible que nos impulsa.*

### **Nuevos vecinos**

El 28 de mayo de 1958 Bety Millán cumplió nueve años. El año escolar estaba a unas pocas semanas de terminar. Después llegarían las vacaciones y, después de las vacaciones, todo comenzaría nuevamente y Bety vería de nuevo a sus amigas y todas estarían en el tercer grado y podrían jugar todos los días... ¡Parecía mucho tiempo!. En su barrio no vivía ninguna de las compañeras de su escuela, aunque esa escuela no estaba muy lejos.

La familia Millán vivía en un barrio obrero de 'T' la ciudad más grande de la región. Oscar, el padre, era técnico en metalistería y tenía su taller en un local arrendado que estaba a cinco cuadras de su casa, también arrendada. Con sus ingresos pagaba los arriendos, sostenía a su familia y se daban el lujo de tener a

Bety en una escuela privada, según su decisión conjunta de hacer cuanto estuviera de su parte para garantizar un futuro mejor a la niña. Su esposa Lilia, además de atender su casa y cuidar del pequeño Andrés, cinco años menor que Bety, preparaba empanadas y tamales que vendía en las dos tiendas del barrio. Con esas ganancias ella completaba para comprar la ropa de los niños cuando ya no era posible que usaran la anterior por el desgaste y por el crecimiento, y para celebrar el cumpleaños de ambos con una fiesta a la cual invitaban a los primos y a los vecinos de la cuadra.

El día 2 de julio de ese mismo año, en plenas vacaciones, Bety vio un camión que se estacionó en la cuadra siguiente, frente a una casa que llevaba mucho tiempo desocupada. De él bajaron una pareja y una niña. Mientras el papá ensayaba llaves para abrir la puerta, la niña vio a Bety y le hizo una señal amistosa con la mano. La mamá de esa niña miró también hacia Bety y se interpuso entre las dos pequeñas, dando la espalda a Bety, mientras empujaba a su hija para que entrara en la casa. Bety no pudo verla más porque la señora cerró la puerta con un gesto de mal humor.

Los nuevos vecinos tardaron poco en bajar sus pertenencias y el camión salió del barrio en cuanto el conductor terminó su trabajo.

Esa noche Bety preguntó a sus papás si ella podía ser amiga de la nueva niña vecina, porque la señora la hizo entrar sin dejarla ni siquiera saludar. Los papás se interesaron en el relato de Bety. Al final Oscar dijo que era mejor esperar un poco. Él preguntaría a don Ramón, el dueño de esa casa, para saber algo de sus nuevos arrendatarios.

Lilia sentía un poco de desconfianza. "¿Por qué impedir que dos niñas se saluden?" Oscar le dijo que mejor no hacer suposiciones. Por la mañana buscaría alguna información sin

demostrar demasiada curiosidad.

— Una cosa está clara, —dijo Oscar a su mujer después de que la niña se fue contenta a dormir—, deben ser muy pobres, porque esa casa está en muy mal estado y casi no es habitable. Necesita muchos arreglos. Además no trajeron más muebles que una mesa, un par de bancos, y... ojalá una cama. Pero ésa no la vi cuando yo venía y caminé a lo largo del camión, por el otro lado de la calle.

Al día siguiente Oscar salió temprano y pasó por la tienda para comprar el periódico y escuchar los comentarios que pudieran darse...

Lo distrajo la voz del propio don Ramón que hablaba con la señora:

— Sí, doña Concha, arrendé la casa así, sin arreglar nada de todos los problemas que tiene. Ese señor tenía mucha urgencia... me pareció un poco como perdido...

—Y, ¿cómo supo él que usted tenía esa casa desocupada? preguntó doña Concha.

—Pues porque hace dos días me visitó un viejo amigo a quien yo no había vuelto a ver por lo menos en los últimos diez años, para preguntarme si todavía tenía el negocio de arrendar casas de bajo precio. Yo le conté que solamente me quedaba ésa, que era imposible de arrendar sin arreglarle aunque fuera lo más necesario, pero que sin dinero ni eso podía hacerle. Él me pidió que se la arrendara a él así como estaba, para una familia que acababa de quedar en la ruina. Con él, con mi amigo, hice el negocio, pero las llaves se las entregué ayer temprano al señor Juan Pérez, que así se llama el arrendatario, quien volvió por la tarde con trasteo y familia para vivir en ella...—Don Ramón hizo una pausa y continuó:

—Anoche fui a saludarlos y hablamos en la puerta. Comprendí que no quería que mirara hacia adentro. Él me dijo que él mismo podía comenzar a arreglarla pero que no tenía con qué comprar los materiales. Hablamos muy poco..., en ese rato el hombre me agradó: lo vi tranquilo y como resignado; me dijo que su esposa estaba desesperada. Hablamos de conseguir materiales de segunda... y eso es lo que haremos. Quedé de buscarlo hoy a las diez.

Oscar se acercó a don Ramón en cuanto la señora Concha se volvió para atender a otros clientes que llegaban. En voz relativamente baja lo saludó y le ofreció su colaboración. Ambos se despidieron de la tendera y salieron.

Naturalmente, como si se hubieran puesto de acuerdo, entraron a la cafetería de esa cuadra. Don Ramón inició:

— Pues mi querido Oscar, no sé si me estoy metiendo en problemas pero ese hombre tiene algo como muy inocente a pesar de que, según dicen, en quince años acabó con la fortuna realmente grande que heredó a la muerte del padre. Es el tema en todo el sector de los bancos y de los negocios de ganado de T. De algún modo siento que él no puede ser tan culpable como dicen.

Oscar le contó a don Ramón lo que Bety había comentado y la actitud desconfiada de Lilia. Con ese precedente, acordaron que don Ramón iría solo a saludar. Luego saldría con Pérez o acordarían una cita en el taller de Oscar, para evitar de momento que la señora Pérez identificara a su vecino, hasta que tuvieran una idea clara de lo que podría ser más conveniente para todos.

Oscar volvió a su casa a informar a Lilia del plan y salió para el taller. Don Ramón llegó solo, pocos minutos después. Al entrar, solamente comentó que el hombre llegaría una hora más tarde.

Se sentaron a conversar y durante ese rato don Ramón le contó todo lo que su viejo amigo, un abogado en retiro que era quien pagaba el arriendo, le había confiado al respecto, y de lo que nadie debía saber nada, para evitar más problemas al arruinado Juan Pérez.

Oscar supo que el nombre completo del hombre en cuestión era Juan Dionisio Pérez López, que era hijo único del hacendado don Dionisio Pérez Salgado y Rosa López, pero que había crecido como hijo de José Pérez y Rosa López, unos campesinos casados que vivían en la finca de don Dionisio. Que Juan Dionisio había llamado siempre "don Dionisio" a su padre y "papá" a José.

Además, el señor Pérez le había contado a don Ramón los hechos más relevantes de su vida adulta:

A los dieciocho años, Juan Dionisio Pérez López se fue al Ejército a prestar el Servicio Militar Obligatorio de dos años. Cuando faltaban tres meses para terminar, recibió la noticia de la muerte trágica de su papá José y de don Dionisio, en un asalto de ladrones de ganado cuando transportaban un lote grande de novillos para vender. El ejército le concedió un permiso de un mes para acompañar a su madre y dejarla ubicada con algunos parientes en 'R'. Hecho esto, regresó al cuartel a terminar el Servicio y recibir su certificado, después de lo cual volvió a R para reorganizar su vida junto con su madre viuda.

Después de finalizado el servicio militar, Juan Dionisio y su madre vivieron dos meses en R, en la casa de Elvira López, hermana mayor de la madre de Juan Dionisio y también viuda, mientras esperaban alguna noticia respecto de lo que había quedado sin pagar a José por el período final de su trabajo en la hacienda de don Dionisio. Durante esos dos meses Juan Dionisio trabajó a destajo en lo que pudo conseguir y con ello

pagó parte del arriendo y de la alimentación que debían a su tía.

Un día, finalmente Juan Dionisio recibió una carta dirigida a él, proveniente de un abogado de don Dionisio, solicitando su presencia en el despacho de la ciudad T.

Su madre prefirió quedarse en R y despidió a su hijo con la esperanza de que el pago que sin duda recibiría, les alcanzara para instalarse independientemente, de ser posible en C, el pueblo de José y de ella.

.....

Oscar Millán quedó pensativo después de escuchar el relato de don Ramón en relación con la historia de su nuevo vecino. Al igual que su hija, él también deseaba un nuevo amigo y se propuso lograrlo en la persona de Juan.

En ese momento el propio Juan Pérez llegó a la puerta del taller.

.....

### **Dos familias Pérez**

José Pérez y Marina López se casaron en el año 1927, en un pueblo de la cordillera al cual llamaremos 'C'. Ambos eran jóvenes trabajadores campesinos, nacidos en C. José por entonces era un hombre de treinta y dos años, fuerte y muy hábil en el trabajo de la tierra. La agricultura era la principal ocupación de su padre y José había aprendido a su lado todo lo relacionado con siembras en los terrenos próximos a su vivienda. También sabía algo de manejo de ganado, saber derivado de la práctica con las dos vacas de la familia y sus terneros. De letras José sabía muy poco: medio deletreaba palabras comunes y escasamente escribía su nombre a modo de firma. Marina, en cambio, había cursado los cinco años de la

escuela primaria, leía bien, podía escribir un mensaje corto y sencillo pero, sobre todo, sabía anotar datos y hacer cuentas.

Una vez casados, José y Marina deseaban encontrar un trabajo estable en una finca grande, en donde les asignaran una vivienda como parte del contrato. Mientras, ellos trabajaban a destajo en labores variadas y vivían en la casa de los padres de José, de quienes él era el único y esperado hijo, que había llegado como por milagro después de doce años de matrimonio. Marina, en cambio, tenía una hermana mayor casada y tres hermanos menores, de manera que sus padres aceptaron sin objeción alguna la decisión de la nueva pareja de vivir con los suegros de su hija mientras se independizaban.

José y Marina, al igual que sus antepasados por ambos lados, eran católicos bautizados y fieles cumplidores de los mandatos de la Santa Madre Iglesia.

.....

Por otro lado y sin ningún nexo con los anteriores, don Dionisio Pérez Salgado era por ese tiempo el dueño de una hacienda ganadera llamada "Los Novillos", ubicada en 'D', un municipio de clima cálido relativamente cercano a C. En contraste con los hechos de la familia de José Pérez, no fue tarea fácil para el narrador de esta historia hacer el seguimiento de unos pocos pasos hacia atrás en la línea familiar de don Dionisio. Los datos recuperados en diversos fragmentos de historias orales de distintas fuentes son estos:

En un lugar de clima frío que aún no se ha podido identificar completamente, en un rancho medio derruido ubicado lejos de los caminos veredales, hacia el año 1880 vivía con su hijo una mujer joven y pobre que, aunque llena de mugre, tenía un rostro y sobre todo una manera de mirar y de hablar que denotaban la procedencia de una familia educada.

Muy seguramente la madre joven cuyo nombre ignoramos absolutamente, había huido de su hogar, sin dejar señas ni explicaciones, como sucedía con gran frecuencia en las familias tradicionales de las clases media y alta de las ciudades, cuando una jovencita cometía 'el error' y quedaba embarazada.

Domingo, el niño, lucía tan sucio y famélico como su madre. Ellos se alimentaban de papas y cebollas que la mujer recogía en los campos cercanos, después de terminadas las cosechas, y las guardaba cuidadosamente en un rincón para tener algo que comer durante el tiempo en el cual no había trabajos ni productos del campo que pudiera tomar.

El lugar permanentemente habitado más próximo al rancho donde vivían Domingo y su madre, era una posada para arrieros. Allá, con el dinero que ganaba por ayudas ocasionales en el aseo del establecimiento, ella podía comprar fósforos y una que otra vez un par de huevos y algo de pan. A veces, después del paso de un grupo de arrieros que sacrificaban un novillo demasiado agotado como para continuar hasta el lugar de destino, la dueña le regalaba huesos frescos para que preparara sopa un poco más nutritiva.

Domingo tenía diez años cuando comenzó a sentir mucha curiosidad por la vida de los arrieros que de vez en cuando veía en la posada. Un día le dijo a su madre que él quería ser arriero y que, si ellos lo aceptaban, se iría cuando pasaran de regreso. La madre estuvo de acuerdo. Si su hijo se ganaba el sustento, ella podría irse a buscar un trabajo decente, quizá en la misma posada o, mejor aún, en el pueblo.

Domingo se unió a los arrieros. Ayudaba en todo lo que le pedían. Encendía el fuego, cocinaba lo que ellos tuvieran o consiguieran, y caminaba con ellos, siempre por caminos nuevos, de modo que pronto perdió completamente el sentido de orientación relativo al rancho de su madre; además estaba

seguro de que ella ya no debía estar allá. Así que, sin más reparo, se acomodó a la vida de arriero, pero sin perder la curiosidad por las vidas de otras personas, por el tema del dinero y de comprar cosas, por los animales que a veces arriaban hasta un río donde los pasaban a la otra orilla en unos planchones...

Un día escuchó a alguien que, señalándolo a él, le preguntaba a Vicente –otro arriero con quien Domingo había hecho varios viajes– quién era ese muchacho, y Vicente le contestó, — ése es Domingo Pérez. Es mi primo.

Y Domingo pensó que lo de 'Pérez' y lo de 'primo' lo había inventado Vicente, pero le gustó y desde entonces su nombre fue 'Domingo Pérez'.

Pensando en el oficio de arriar terneros, se le ocurrió ahorrar para comprarse uno en la siguiente ocasión, cuando viera que los ricos compraban muchos; entonces se lo llevaría solo, dejándolo pastar en las orillas, hasta el siguiente mercado en donde lo pudiera vender. Así lo hizo. Ese viaje le tomó más tiempo, pero el ternero tratado de esa forma, caminando lentamente, comiendo bien en las orillas y bebiendo suficiente agua, ganó peso y dos semanas después de haberlo comprado, Domingo lo vendió por el doble de lo que le había costado. Esa primera lección autoaprendida no se le olvidaría nunca.

Pronto Domingo hizo suyo el hábito de intercalar viajes unido a algún grupo de arrieros, con viajes en solitario y únicamente con un animal propio, para darle tiempo de mejorar su aspecto y venderlo con ganancia en otro lugar.

Así pasaron velozmente más de cinco años en la vida de Domingo. Aprendió mucho sobre el ganado: sus plantas preferidas, su necesidad de agua, el asunto de la sal que siempre lamían en los mercados cuando la encontraban...

En un tiempo de sequía en la tierra fría, los terneros estaban muy baratos y Domingo, que para ese tiempo tenía más o menos dieciocho años, decidió comprar dos y salir hacia tierras más bajas, confiando en que por el camino encontrarían agua. Pero la sequía era general y los terneros estaban exhaustos al tercer día. Al atardecer, cuando iba a paso lento y con la boca reseca, Domingo vio que, desde detrás de una cerca, un hombre le hacía señas de que lo esperara; entonces se detuvo y el hombre se acercó:

— Hola, joven, entre, que yo tengo agua; porque no le amanecen los animalitos si no beben.

Domingo estaba pensando que tendría que sacrificar uno de los terneros para tomarse la sangre, porque él mismo se moría de sed, de modo que enseguida entró. Pidiéndole esperar un momento, el granjero se alejó y muy pronto estuvo de vuelta con un balde de agua y un vaso. Los terneros bebieron en el balde y Domingo en el vaso. El hombre trajo otro tanto de agua. Después se fueron todos hacia el interior de la pequeña propiedad.

El granjero se presentó como Aristóbulo Salgado. Le dijo a Domingo que si quería trabajar, él podía darle trabajo, techo, comida y paga puntual. Y Domingo se quedó. Esa misma noche, en un lugar abrigado, sobre una cama de paja seca y suave se fue quedando dormido, después de haber comido jamón con pan que el señor Salgado le ofreció y de haber decidido darse una historia personal para la cual eligió y grabó en su memoria que él había nacido el 7 de marzo de 1870, en un pueblo de tierra muy fría que nunca conoció porque vivió en el monte, con su madre, hasta que se volvió arriero, a los diez años. De modo que en esa fecha de su contratación actual, él tenía casi diecinueve años.

Al amanecer escuchó una voz de mujer que lo llamaba desde

afuera:

— Joven, ¡venga a desayunar!

Domingo se sacudió. Con las manos trató de mejorar su pelo enmarañado y salió del lugar.

Entonces se conocieron Domingo Pérez y Ana Elvia Salgado.

Ana Elvia, de diecisiete años, era una joven bonita y sonriente. Domingo, recordando las enseñanzas de su madre, no tuvo ninguna dificultad para asumir una posición respetuosa y agradecida. Tomó el desayuno de caldo con huevos que le sirvieron y, mientras lo hacía, iba contestando a las preguntas de la señorita Salgado. Al final ella lo condujo para mostrarle la pesebrera donde su padre lo esperaba.

A Ana Elvia la conmovió el saber que Domingo no había ido nunca a la escuela ni había aprendido a leer, y que tampoco estaba bautizado ni sabía nada de la fe cristiana. Pero todo eso se solucionaría si él lo deseaba, y así se lo manifestó. Domingo no tuvo ninguna duda respecto de leer y escribir y hacer cuentas, y aceptó también lo de aprender el Catecismo, aunque no comprendió del todo de qué se trataba exactamente. Pero ya vería de cerca el asunto.

Con don Aristóbulo, el aprendizaje de trabajar con reses en el campo fue veloz. Sus conocimientos a partir del oficio de arriero se complementaron al observar los toros, al aprender a ordeñar las vacas, al surtir el agua y la sal y rotar los espacios para pastar. Realmente se vio a sí mismo como ganadero y así lo manifestó abiertamente.

Y, además, como era de esperarse, se enamoró. A la heredera de don Aristóbulo le pasó lo mismo. El amor ayudó mucho a Domingo en el aprendizaje y en la voluntad de ser un buen cristiano.

Con todos los hechos y las voluntades a favor, Domingo Pérez y Ana Elvia Salgado se casaron un año después de esa tarde en la cual el novio llegó moribundo, arreando dos terneros también moribundos, a las puertas de la pequeña finca llamada "Los Novillos."

El día 9 de octubre del año 1892 nació el hijo varón del matrimonio Pérez Salgado, a quien sus padres bautizaron con el nombre de Dionisio, en honor del santo del día.

El abuelo Aristóbulo y el padre Domingo hicieron prosperar la finca que heredaría Dionisio hasta convertirla en la "Hacienda ganadera Los Novillos", gracias a la anexión de lotes cercanos que fueron comprando y del manejo programado del levante de reses y adecuación de la tierra para la producción de pastos y forrajes.

La madre murió cuando Dionisio tenía doce años. Después de esa pérdida, el joven fue enviado por su padre a la ciudad para educarse. Regresó a los dieciséis años para acompañar a su padre y enfrentar el manejo de la hacienda. Domingo Pérez, el padre, murió al año siguiente. Dionisio se convirtió entonces en "Don Dionisio Pérez Salgado", dueño de la Hacienda Los Novillos, y se quedó a vivir en ella.

Don Dionisio no tenía hermanos ni se le conocían parientes. A los veinte años se casó con una joven educada y rica. Vivieron nueve años juntos. Tras un viaje por tierras selváticas e insalubres, ella enfermó de malaria y murió de fiebres seis meses después del regreso, sin dejar hijos. Él continuó solo dirigiendo la marcha de la propiedad.

### **Una relación laboral**

Con ocasión de una venta de ganado, José Pérez, el campesino de C, fue contratado junto con otros cinco hombres jóvenes por

el capataz de don Dionisio Pérez, el hacendado de D, para llevar un lote de reses a un mercado grande.

En ese mercado José tuvo oportunidad de ayudar de cerca a don Dionisio y éste tomó nota de la fuerza y pericia de su ayudante. De ahí resultó que, al regresar, José fue llamado ante el dueño de la hacienda y contratado como viviente para la atención del sector dedicado al levante de los terneros. Su esposa Marina viviría con él en la casa que correspondía a ese encargo y podría participar ocasionalmente en trabajos a su alcance, recibiendo el pago correspondiente según el caso.

Así fue como el matrimonio Pérez López se instaló en la finca Los Novillos de propiedad de don Dionisio Pérez Salgado, en las condiciones que la pareja había imaginado como las más deseables.

Hacia el final del segundo año al servicio de don Dionisio, José y Marina recibieron a su hijo primogénito.

Al día siguiente, José fue muy temprano a visitar a su patrón para comunicarle la importante noticia y para pedirle, según habían acordado con su esposa, que los honrara aceptando ser el padrino de bautismo de 'Juan Dionisio.' Tal era el nombre que ellos habían elegido para su bebé.

Don Dionisio agradeció mucho y aceptó el honor que sus muy apreciados empleados le hacían al nombrarlo padrino. José iría al despacho parroquial para concretar todos los detalles con el sacerdote y le avisaría a don Dionisio cuando todo estuviera determinado.

Así, tres semanas después, la víspera del día señalado por el párroco, José llevó a la parroquia las tres partidas de bautismo de los adultos y el nombre elegido para el nuevo cristiano.

Al día siguiente se cumplió el sacramento y todos firmaron en

el Libro de Bautismos, al lado de sus respectivos nombres escritos en letra de imprenta por el Secretario de la parroquia. Finalmente todos fueron avisados de que en el término de un mes podrían pedir copias de la partida correspondiente, documento único que actuaría como identificación oficial del bautizado a lo largo de toda su vida.

Como única salvedad derivada del hecho, don Dionisio pidió a los padres de su ahijado y, recíprocamente, él también se comprometió a abstenerse de llamarse mutuamente 'compadres', para evitar situaciones de poca simpatía por parte de algunos empleados más antiguos a quienes él no había aceptado la solicitud de apadrinamiento de sus hijos.

Así, el trato mutuo entre el patrón y sus empleados siguió siendo el mismo que existía con anterioridad al evento parroquial. En cuanto el niño fue creciendo, don Dionisio lo llamaba con el apelativo de "tocayo" y el niño aprendió a llamarlo "tío" o "don Dionisio" imitando en esto a su padre.

### **El heredero**

Juan Dionisio creció absolutamente como un niño campesino. En su momento entró a la escuela rural más cercana y fue siempre buen estudiante. A los quince años comenzó a ayudar a su padre en las faenas ganaderas. Había heredado la fuerza de José y el buen sentido de Marina.

Cuando cumplió los dieciocho, fue reclutado para el servicio militar que duraría dos años. En el informe del examen físico que le hicieron antes de entrar, anotaron los nombres de sus padres y de él mismo copiados directamente de la Partida de Bautismo y, al final, bajo un título de "señas particulares" y como dato hasta entonces desconocido para él, escribieron: *"lunar de medio centímetro de diámetro en la espalda, del lado*

*izquierdo."*

Pocos meses antes de la finalización del servicio, Juan Dionisio recibió la noticia de la muerte violenta de su padre y de su tío. Le fue concedido un mes para visitar a su madre. Después de dejarla en R, volvió al cuartel para terminar su compromiso militar, cumplido lo cual regresó junto a ella.

Marina había llevado, desde el inicio de su vida en la hacienda Los Novillos, un registro cuidadoso de todos los dineros que su esposo le entregaba y de las sumas que él iba recibiendo. La última correspondía al fin de mes anterior al viaje fatal. En consecuencia, debía ser poco lo que la hacienda les adeudaba, de modo que no eran muy grandes sus esperanzas por el lado de sueldos de José; pero ella pensaba que podría haber algo de don Dionisio a favor de su ahijado, a quien él había demostrado cariño durante todo el tiempo de la joven vida.

.....

Al día siguiente de recibir la carta del abogado Alberto Angulo, Juan Dionisio salió de mañana con destino a T. Llevaba su certificado del Servicio Militar, los papeles de su padre y de su madre, junto con el resumen de las cuentas y pagos recibidos.

El ambiente de la antesala del abogado le recordó a Juan Dionisio su espera anterior al ingreso en el Servicio Militar. Revivieron en él los sentimientos de tal momento: muchas preguntas en su cabeza, muchos temores y expectativas, cierta debilidad en las piernas... Por suerte reaccionó, recordó que todo eso había pasado y era historia vivida que había pasado sin dejarlo maltrecho ni fracasado. Ahora la cuestión era totalmente diferente, completamente objetiva y ajena a él mismo en cuanto a su persona. Se trataba de la historia de su padre, quien había servido fielmente por veintiún años a su patrón y había muerto en el trabajo, y que seguramente por tal hecho habrían destinado

una suma final para compensar de alguna manera a su madre.

Luego recordó los consejos que su tío le había dado antes de la fecha en la cual él salió para el ejército y que le habían servido muchas veces:

- Esperar siempre a que hable quien lo ha mandado llamar.
- Contestar con la verdad y de la manera más sencilla posible.
- No expresar sentimientos ni emociones. Concentrarse en permanecer sereno y comprender lo que le dicen.
- Pensar antes de hablar, y hablar el mínimo posible.
- Guardar la compostura y actuar siempre con educación y gentileza.

Finalmente se abrió la puerta del despacho y el propio abogado salió para llamar a Juan Dionisio Pérez López. El aludido se adelantó y saludó cortésmente. El abogado contestó el saludo e hizo entrar a su cliente y tomar asiento frente a él, del otro lado del escritorio.

Sin demoras innecesarias, el abogado leyó lo que había sido presentado ante las autoridades gubernamentales y aprobado por ellas:

1. Reconocimiento de Juan Dionisio Pérez López como hijo y heredero único de Dionisio Pérez Salgado.
2. En consecuencia de lo anterior, se le reconocía legalmente como propietario de la hacienda Los Novillos, ubicada en predios del municipio D, y de todos los bienes muebles e inmuebles en ella contenidos. Además debían transferirse a sus órdenes las cuentas bancarias del finado.
3. Todo lo adeudado a empleados y proveedores se encontraba listo para pagar en los días siguientes a la firma de

conformidad, por parte del heredero.

4. El abogado se ponía a disposición del nuevo propietario, si éste deseaba sus servicios, o, en caso contrario, una vez recibido su pago haría entrega de su puesto.

.....

Al final de la lectura, Juan Dionisio permaneció mudo durante varios minutos. Finalmente dijo al abogado:

—Abogado Angulo: estoy muy asombrado. Antes de nada quiero saber si existe alguna persona de la familia de mi padre a quien yo pueda encontrar en alguna parte. No conozco a nadie.

—Pues joven, este despacho hizo muchas pesquisas, muchos llamados a través de los periódicos locales, regionales y nacionales, y nadie se ha presentado en todos los seis meses que hemos esperado. Lo único absolutamente claro es que usted es su único hijo, —contestó el abogado.

Juan Dionisio entonces entró de lleno en la comprensión total del asunto y conservó la serenidad mientras expresaba su acuerdo con todo lo leído. En particular, con lo que se refería a pagar a quienes se debían dineros. El abogado, inmediatamente le presentó la relación de tales transacciones y Juan Dionisio firmó. Enseguida pidió al abogado que continuara en su puesto al menos por seis meses, al final de los cuales hablarían al respecto. Él desconocía totalmente los asuntos financieros y mercantiles y necesitaba su ayuda.

Mientras el abogado buscaba su propia cuenta, Juan Dionisio le preguntó por qué estaba tan seguro de que él era el único heredero.

— Pues por la partida de Bautismo de usted. La descubrimos hace poco, señor Pérez. En ella firma don Dionisio como padre del bautizado. Ese documento es irrefutable y se encuentra sin

ninguna alteración en el libro de Bautismos del despacho parroquial de D, —fue la contundente respuesta de Angulo.

A continuación el abogado aceptó su cargo. Pidió a Juan Dionisio que firmara el contrato y comenzó a ejercer sus funciones llevándolo al banco para que fueran transferidas las cuentas a su nombre. Juan Dionisio aprovechó para sacar una cantidad de dinero que llevaría su madre, equivalente a dos meses de salario de su padre, José, y además abrió una cuenta a nombre de ella y pidió al abogado que en esa cuenta fueran consignados los dineros que correspondieran al esposo de ella, José Pérez, muerto en el mismo ataque que terminó con la vida de Dionisio Pérez Salgado. Avisó en el banco que dos semanas después vendría con ella para que registrara su firma.

El abogado quedó sorprendido de la madurez del joven heredero y de lo que adivinaba que había sido su vida y juventud. Concluyó para sí mismo que don Dionisio había entregado su hijo recién nacido a la pareja de empleados suyos, José Pérez y Marina López, para que lo criaran y educaran como propio, lo cual había resultado ser una muy acertada decisión.

Juan Dionisio agradeció al abogado Angulo, prometiendo visitarlo pronto. En su corazón agradeció de nuevo a su tío Dionisio por los grandes y sabios consejos que le dio cuando iba para el Servicio Militar. Luego, cansado como estaba, decidió pasar la noche en una posada para madrugar y viajar primero a D, donde revisaría el Libro de Bautismos de la parroquia y pediría una copia de su propia partida. Después seguiría hasta R para llevarle la buena noticia a su madre.

Así, en ese viaje solitario, Juan Dionisio se veía a sí mismo, por muy diferentes razones, como el único Pérez, miembro vivo de las dos familias Pérez con las cuales comienza esta historia.

Su Partida de Bautismo, cuya copia obtuvo en D, le aclaró todo: simplemente el Secretario de la parroquia había escrito los nombres del padre y del padrino en los lugares equivocados y ellos habían firmado sin darse cuenta del error.

Él mismo tampoco se había dado cuenta cuando obtuvo una copia para llevarla al ejército, ni tomó nota de que las autoridades del ejército repetían el mismo error al escribirlos en su libreta. Total: esos datos no los podría eliminar de su identidad porque, salvo su madre, nadie podría dar fe del error cometido, y en cuanto a ella... él prefería evitarle ese asunto difícil. Entonces: ¡Nada qué hacer!...

Guardó su copia y siguió sonriente su camino a R, a contarle a su madre que su padrino lo había nombrado a él, Juan Dionisio, como su heredero único.

Esa noche, después de pedirle a la madre que le contara exactamente cómo había sido para que don Dionisio fuera su padrino, como una curiosidad infantil le preguntó si él se parecía especialmente a su padre.

Cuando ella le dijo que su padre y él eran muy parecidos en el físico, en la fuerza, en el tamaño y forma de las manos y en la manera de trabajar con ellas, y que, además, los dos tenían un lunar igualito en la espalda, del lado izquierdo, entonces, sin dudar ni un instante, él repitió la razón que traía preparada de que su padrino lo había designado voluntariamente a él, su ahijado, como único heredero.

Este tema estaba en total consonancia con los sueños de la madre y la hizo bendecir a Dios y pedir por los muertos cercanos. Luego madre e hijo decidieron no hablar de la herencia ni a la tía ni a nadie. Por la mañana, como resultado del pago recibido, recompensaron generosamente a Elvira todo lo que había hecho por ellos y se despidieron con mucho afecto,

prometiéndole avisarle en dónde se ubicarían para continuar con su vida.

.....

### **Amistad y trabajo**

Oscar se acercó a la puerta para recibir al señor Pérez.

— Buenos días, señor Pérez. Siga por favor!

— Buenos días... —comenzó el recién llegado, y se quedó dudando.

— Oscar Millán, ¡a sus órdenes! —dijo Oscar. Se estrecharon la mano y los dos se miraron y sonrieron a la vez.

— ¡Ah...! Juan. ¡Dígame Juan, por favor!—, expresó el señor Pérez en un tono cordial y de completa igualdad.

— Hola, Juan. Yo soy Oscar—, contestó el aludido. Entonces brotó la confianza y comenzó la amistad. El primero en hablar fue Oscar:

— Ayer vi que llegaron . Quise acercarme pero me dí cuenta de que tu señora había cerrado la puerta con firmeza y me abstuve.

— Sí. Mi mujer está muy desesperada. Esta situación la tiene loca. Lo peor es que yo no pude hacer nada —contestó Juan. Luego, como abandonando toda preocupación, dijo:

— En medio de todo, me alivia que las cosas no puedan ser peores. Así lucharemos limpiamente por sobrevivir.

— Entonces, ¿qué quieres arreglar primero? —preguntó Oscar.

— Pues los asuntos del agua, porque sin ella no se puede vivir: el agua limpia, el agua sucia, el agua de la lluvia,... creo que es lo fundamental.

— Estoy de acuerdo. Pero antes de comenzar quiero proponer un

método de intercambio de ideas que puede servirnos bien...  
—viendo que Juan escuchaba con mucha atención, Oscar continuó:

— Lo cierto es que yo vivo a tres casas de la tuya. Sin embargo, me parece prudente que nos encontremos aquí para buscar los materiales y tomar las decisiones, y después yo llego solo a trabajar, como si me hubieras contratado..., sé algo de eso. He visto señoras que cuando están nerviosas no soportan que sus maridos sean amigos de quienes hacen trabajos en la casa.

— Me parece un gran plan. Gracias por la idea —contestó Juan.

— Comencemos por buscar un recipiente apropiado para almacenar el agua limpia. ¿Te parece? —preguntó Oscar y fue saliendo para dar una primera vuelta por los alrededores, donde trabajaban numerosos técnicos de diferentes ramas y en cuyas dependencias era posible encontrar cosas usadas que, con algunas modificaciones, podrían servir muy bien.

Pronto encontraron el tanque apropiado: una caneca que contenía arena sobrante de alguna obra. Oscar la compró por poco dinero a quien la vendía. Habló de revisarla para sellar posibles escapes, darle una pintura apropiada por el interior para que ayudara a conservar el agua sin óxido, y llevarla al atardecer a la casa y colocarla de modo que se llenara durante la noche con agua del acueducto.

Al mediodía Oscar le preguntó a Juan si tenían algo de mercado. Juan contestó que creía que todavía quedaba algo de lo que pudieron sacar. Que todo había sido muy precipitado.

Ante la cara de interés y preocupación que observó en Oscar, Juan se relajó y resumió su situación:

— Fue el maldito juego de mi suegro el que acabó con la herencia de dos generaciones que yo recibí hace quince años.

La gente piensa que el dilapidador fui yo porque no tuve ninguna idea de cómo luchar contra eso. Y, sí... tal vez por eso fue mi culpa, pero te juro que yo no estaba preparado. Ahora, en cuanto a mí, ni me importa... pero... nuestra hija... ¡sólo tiene nueve años, la pobrecita..!

— Y tú ¿qué puedes hacer para ganarte la vida? —preguntó Oscar.

— Yo soy campesino y sé trabajar el campo. Lo malo es que mi esposa no quiere oír nada de eso. Ella es absolutamente citadina. Necesita tener amigas ciudadinas y vestirse a la moda y lucir a su hija igualmente citadina —fue la respuesta de Juan.

— Yo también tengo una hija de nueve años y fue ella quien primero se interesó por ustedes. Piensa que tendrá una amiga cercana con quien jugar —expresó Oscar sonriendo pensativamente.

— Dile que toca esperar unos días. Que la mamá de Rosita está muy nerviosa y por el momento no quiere conocer a nadie nuevo. —Y terminó afirmando rotundamente Juan:

— Pero ¡tiene que ser posible! ¡Claro que sí!

Oscar se paró para mirar la caneca a trasluz y estar seguro de que no tuviera fugas antes de proceder a pintarla. Mientras batía la pintura, guardó silencio por si Juan quería tocar algún tema especial; pero visto que él también permanecía callado, Oscar habló de la escuela privada a la cual asistía Bety y de que, estando tan cerca, también podría servirles a ellos. Juan se interesó mucho, tomó nota del nombre y la dirección, y acordaron no hablar del asunto como conocido de ambos. Que la señora de Pérez hiciera las diligencias personalmente.

Oscar habló de los costos de la escuela y Juan le contó que para eso él tenía una fuente intocable: su madre, antes de morir, le

había dejado a su nieta todo lo que poseía, haciendo énfasis en el tema de la educación. Los haberes heredados consistían en una casa pequeña con cuyo alquiler se pagaba la escuela básica, y un depósito bancario para la universidad. Antes de que la niña cumpliera los veintiún años no se podían modificar esas condiciones... Se quedó pensativo y una sombra pasó por sus ojos...

—Lo malo es que los arrendatarios se van el próximo mes... y yo no he dejado saber ni a mi mujer ni mucho menos a su padre que esa casa existe. El pago de la escuela sale supuestamente de trabajos extras que yo hago...

Oscar pensaba mientras su amigo hablaba. Al final preguntó:

— Y, ¿dónde queda esa casa?

— Bastante cerca. Creo que son unas tres o cuatro cuadras por el lado sur de la escuela que frecuenta tu hija.

Oscar entonces expresó todo su pensamiento:

— Pues arriéndame a mí la casa de tu madre y pásate a la que yo tengo, que también es de don Ramón. Así las niñas serán libres para ser amigas en su escuela y tu esposa se sentirá tranquila.

Juan se rió por primera vez. Una risa alegre y sincera.

— ¿De veras? —preguntó.

— Claro que de veras. Desde el comienzo de este año nos propusimos buscar una casa en otro barrio. Sobre todo por el tema de amigas para Bety —contestó Oscar.

— Entonces, ¡es un hecho!—, concluyó Juan.

— Vamos a hablar con don Ramón, pero como no nos podemos cambiar ahora mismo, dejemos arreglado el tema del agua en tu casa actual —añadió Oscar.

— Antes de don Ramón, busquemos a mi amigo, el que me consiguió la casa, y le contamos —dijo Juan, y ambos salieron.

Quince días después los Millán se trastearon y una semana más tarde Juan Pérez y su familia hicieron lo propio. Bety y Rosita se reconocieron en la escuela y se convirtieron en muy buenas amigas.

En resumen, los hechos ocurridos durante los dos meses siguientes a la declaración de ruina total del hacendado Juan Dionisio Pérez López, desembocaron para el arruinado en un período de pobreza y tranquilidad. En esos días decidió cambiar oficialmente su nombre de pila y registrarse como 'Juan José Pérez López' para el futuro. Ya no sería más el hijo de un rico hacendado, sino que retomaba su lugar de campesino, hijo de campesinos, aunque un poco perdido en la ciudad. Pero eso también trataría de resolverlo según se fuera haciendo posible.

El abogado Angulo había sido el ángel protector detrás de las variaciones en la vida de Juan Dionisio. Juan le había contado, en cuanto pasaron los días de transición después del asunto de la herencia, todos los detalles del relato que su madre le hizo de cómo se habían dado los hechos en los días de su nacimiento y de su bautismo, y de las conclusiones que él sacó al leer en el Libro de Bautismos y mirar las firmas de la partida correspondiente en el Despacho Parroquial, y también la 'marca' de familia en su espalda. Finalmente le contó la decisión consecuente y realizada de explicar a su madre la herencia de "Los Novillos" como voluntad expresa de su padrino de hacerlo su heredero, sin mencionar nada más.

Cuando comenzaron a aparecer las jóvenes en plan de conquista, y sobre todo ante la fatal atracción de Rosa Gil, el abogado le aconsejó, antes del matrimonio, que comprara para su madre una casa modesta en un buen sitio, y que efectuara depósitos regulares y moderados, como si se tratara de una

pensión, en la cuenta bancaria de ella. El abogado sabía algo de la desmedida afición del señor Gil por el juego , pero nunca imaginó los extremos a los cuales llegaría después de que la hija hubo logrado el premio de ser llevada al altar como la señora del hacendado Pérez López.

En cuanto nació Rosita, el abogado habló de sus temores a Marina, la madre de Juan Dionisio, y le aconsejó escribir un testamento a favor de su nieta. Si llegaban hermanos de Rosita, se cambiaría el texto para incluirlos. Finalmente fue él mismo quien consiguió el arriendo de la casa de Don Ramón.

Cuando Juan llegó con Oscar Millán para hablarle del proyecto relativo a las casas, el abogado aceptó gustoso. Oscar le pareció perfecto como amigo cercano y prudente de su protegido. Él mismo habló con don Ramón y firmó el nuevo contrato de arrendamiento. En cuanto a la casa heredada por Rosita, Oscar pagaría cada mes el arriendo en efectivo, directamente a Juan.

### **Volver a las raíces**

Juan José Pérez, 'El Arruinado', buscaba trabajo en el campo.

Habló claramente con su esposa y con Rosita, explicándoles que él siempre había vivido en el campo y que por años había trabajado con los obreros y empleados en todas las labores. Que fue después, cuando la hacienda ya producía lo suficiente, que él no volvió a trabajar como obrero sino que solamente dirigía todo. Pero que luego, debido a malos negocios, todo se había arruinado y ya no tenía sino su capacidad y conocimientos aprendidos de lo que había hecho en su juventud, y que iba a trabajar donde apareciera la oportunidad de hacerlo. Que ellas seguirían ahí, en la ciudad, y que él vendría a traer el dinero necesario y pasaría con ellas de ser posible todos los fines de semana. La esposa le dijo que hiciera como le pareciera; que

ella diría que él administraba una finca muy importante y bastante alejada.

— Sí —contestó Juan—. Pero no olvides que ya no soy dueño de nada, así que toca conformarse con lo que me paguen. Yo pagaré el arriendo de esta casa y el estudio de Rosita, y te dejaré para el mercado y demás cosas todo lo que me sea posible. Tú tratarás de hacer el mejor uso de los recursos que yo pueda procurarte para las dos.

La señora Pérez contestó con pocos ánimos:

— Pues ahí veremos...

Rosita corrió a abrazar a su papá y a prometerle que estudiaría con mucho juicio. Juan le dio un beso y le dijo que cuando hablara con Dios antes de dormirse le pidiera que los ayudara a todos. Que Él siempre atendía las oraciones de las niñas que trataban de hacer bien las cosas de cada día.

Rosa, la madre, había escuchado con cierto interés el consejo de Juan a la niña. De su cuenta añadió:

— Eso es de verdad importante. No olvides el consejo que tu padre te acaba de dar. Te podrá servir mucho en tu vida.

A Juan no le pasó desapercibida la actitud positiva de Rosa. Era la primera vez después de mucho tiempo.

Eran variados los trabajos temporales que conseguía Juan José Pérez. De todos, los que tenían que ver con siembras fueron ganando su afición especial. Como había visto hacer a su madre en el manejo de las finanzas familiares, él empezó a seguir el mismo modelo en los aspectos de las siembras, anotando cuidadosamente los detalles de cada una: obtención de las semillas, preparación de la tierra, abonos, fechas de siembra, de brotes, de floración y de cosecha. También anotaba la cantidad de plantas y los datos de crecimiento, lluvias y sequías... y

poco a poco se fue convirtiendo en un experto.

Entonces comenzó a detectar e interesarse por los campos baldíos en los que nada se producía. Tomaba nota y preguntaba sobre los dueños. Su interés iba orientado a tomar tierras en arriendo para pagarlo en cuanto vendiera la cosecha. Se hizo un activo agricultor en esas zonas alejadas de los lugares en los cuales se había movido cuando era el ganadero dueño y señor de la hacienda Los Novillos. Los dueños de lotes buscaban a Juan José Pérez para ofrecérselos en arriendo.

Así pasaron dos años. La esposa y la hija del agricultor Pérez estaban mucho mejor. Se habían habituado al barrio obrero y con los recursos que Juan les entregaba vivían cómodamente. Él retornaba los fines de semana, salvo en las épocas claves de siembra y cosecha. En sus días de ciudad, visitaba siempre a Oscar y, de vez en cuando, al abogado Angulo.

### **Un final apenas lógico**

Un martes por la mañana, Oscar Millán llegó hasta la casa de los Pérez poco después de haber visto salir a la señora con la niña hacia la escuela. Entonces se acercó a la puerta y dejó apoyado contra ella un diario con una señal en el margen, al lado de la noticia: *"Encontrado sin vida el cuerpo de Norberto Gil"*. Después de cavilar uno o dos minutos y como resultado de recordar que la señora de Pérez lo había visto a él como un simple obrero que su esposo había contratado cuando llegaron, Oscar decidió alejarse del lugar.

Puesto que esa noticia del diario le concernía solamente a ella, sin duda en el momento de leerla preferiría estar sola a encontrarse con un extraño. De todos modos él consideraba muy importante que ella lo supiera ese mismo día, así que se retiró dejando el periódico.

Acto seguido, Oscar fue a la casa del abogado Angulo y le habló del asunto y de lo que él había hecho. El abogado consideró que fue una forma prudente de dar esa noticia y le prometió estar pendiente. Por la tarde, el abogado fue a buscar a don Ramón para conversar del caso con él.

— Pues esta mañana la señora me dejó un recado con doña Concha y yo fui a verla. Ella tenía el periódico en la mano y me pidió consejo sobre lo que debería hacer, puesto que era la única pariente. Yo me ofrecí a acompañarla. Ella me agradeció pero no aceptó. En lugar de eso me pidió en préstamo, mientras regresaba su esposo, lo necesario para ir hoy y volver mañana después del entierro. Le dí el dinero. Ella me pidió entonces la dirección de Oscar Millán, porque quería pedirle a la esposa el favor de cuidar de su hija, quien es muy amiga de la niña Millán. Las acompañé y pude ver que la señora Lilia las recibió con gran voluntad y que las dos niñas se pusieron muy contentas. Luego la dejé en la estación y ella viajó sola.

Angulo estuvo muy admirado con el relato. Le recomendó a don Ramón que le avisara si tenía alguna noticia nueva al respecto.

Enseguida se sentó a leer el diario de la tarde, que anunciaba el sepelio del señor Gil para el día siguiente a las diez. En conclusión, según el periodista, el conocido jugador había muerto prácticamente de hambre después de una tremenda paliza que algún acreedor furibundo le dio y de la cual el deudor, ya muy débil y desnutrido desde antes, no tuvo fuerzas para levantarse. La paliza no había sido la causa directa de la muerte.

'Ojalá los jóvenes jugadores miren sus rostros en ese espejo y se aparten a tiempo... Mañana iré a esperar a la señora Pérez', se dijo mentalmente el abogado.

El viernes de esa misma semana, por la tarde, Juan José llegó a su casa. Encontró a su esposa con una expresión entre tranquila y cansada, pero triste; y a Rosita, positivamente contenta.

La niña fue la primera en hablar:

— Papi, mi mami tuvo que ir a un pueblo lejos al entierro de mi abuelo y me dejó en la casa de Bety. Lo pasamos muy felices.

Juan reaccionó con un fuerte movimiento de sorpresa y miró a Rosa. Entonces la abrazó. En ese momento recordó su propio regreso a casa de su madre después de la muerte de su padre. Rosa lloró un poco. Lo besó en la frente y le contó brevemente las ayudas que recibió. Desde la persona silenciosa y prudente que dejó el diario en la puerta; luego don Ramón, que le prestó el dinero para el viaje y se ofreció a acompañarla; la señora Millán, que sonriente y encantada aceptó cuidar a Rosita, y finalmente el abogado Angulo, quien la esperaba en la estación a su regreso.

Juan comprendió que su esposa se sentía aliviada de una carga difícil que traía sobre su espalda y de un temor permanente del cual no hablaba. Estaba tranquila de haber podido llegar a tiempo para despedir a su padre, quien finalmente descansaba después de haber agotado y perdido tristemente, en aras de su afición al juego, todos los recursos propios y ajenos que tuvo a su alcance.

Ella había asistido a su entierro, había puesto flores sobre su tumba y finalmente había elevado una oración por él.

Esa noche Juan y Rosa hablaron como nunca lo habían hecho. Ella habló de la gente del barrio como gente amistosa y tratable; la pobreza, a sus ojos, había perdido su absoluta negatividad y tenía algo que ella no comprendía mucho, pero que era una fuerza que encerraba un secreto de libertad en relación con el exceso de compromisos que implica una vida adinerada...

Juan, por su lado, le contó su propia historia, incluida la ruta trazada por su Partida de Bautismo con los datos cruzados, así como la razón de su aceptación completa y serena de la ruina de la hacienda heredada, porque había aprendido que el trabajo era siempre el mejor camino para salir adelante.

Además le confirmó el cambio oficial de su nombre, lo cual le ahorraba hablar de don Dionisio y la riqueza perdida, aunque realmente él le debía a su padrino las enseñanzas más valiosas sobre la vida y sobre enfrentar las situaciones difíciles.

A su padre José le debía el amor al trabajo del campo, la fuerza y la pericia para trabajar la tierra y manejar a los animales y la voluntad de ayudar a los demás.

De su madre aprendió el amor y la fidelidad a la familia, el gusto por el orden y el cuidado de todas las cosas, la observación y el aprendizaje de los procesos y el valor de anotar los hechos y los datos de forma que se puedan recuperar en el futuro.

Luego le habló de lo que andaba haciendo en tierras arrendadas y de los ahorros que iba separando para comprar algún día, con ella, un pedazo en donde pudieran construir una casa y cultivar... cerca de la ciudad para que Rosita pudiera prepararse y vivir, teniendo a su alcance la compañía de sus amigas y compañeros y también los programas de fiestas al aire libre y de paseos y días felices en el campo.

Ese sábado visitaron al abogado, a los Millán y a don Ramón, y los invitaron a todos a comer el domingo al mediodía en su casa.

Fue para todos una tarde inolvidable, marcada por sentimientos muy fuertes de cordialidad expresados a través de conversaciones sobre temas diarios, historias variadas y divertidas, expresiones de amistad y afecto real. Rosita y Bety

estuvieron especialmente felices.

## **Epílogo**

Juan José Pérez vivió una vida larga. Vio crecer tres nietos y cinco bisnietos. En ella se fueron dando, paso a paso, avances y también demoras e incluso retrocesos, pero en total logró el cumplimiento de todas sus expectativas y constituyó un punto de apoyo para su familia, sus amigos, sus vecinos y colaboradores. Los Pérez Gil y sus descendientes no añoraron nunca las riquezas perdidas. Ellos lograron que la ruina económica fuera el punto de partida hacia un mayor crecimiento humano, como seres libres y esforzados.

\*\*\*\*\*Fin de "EL ARRUIADO" \*\*\*\*\*

Fin de la  
SEGUNDA PARTE  
de  
DIEZ HISTORIAS PARA TODA LA FAMILIA

\*\*\*\*\*

